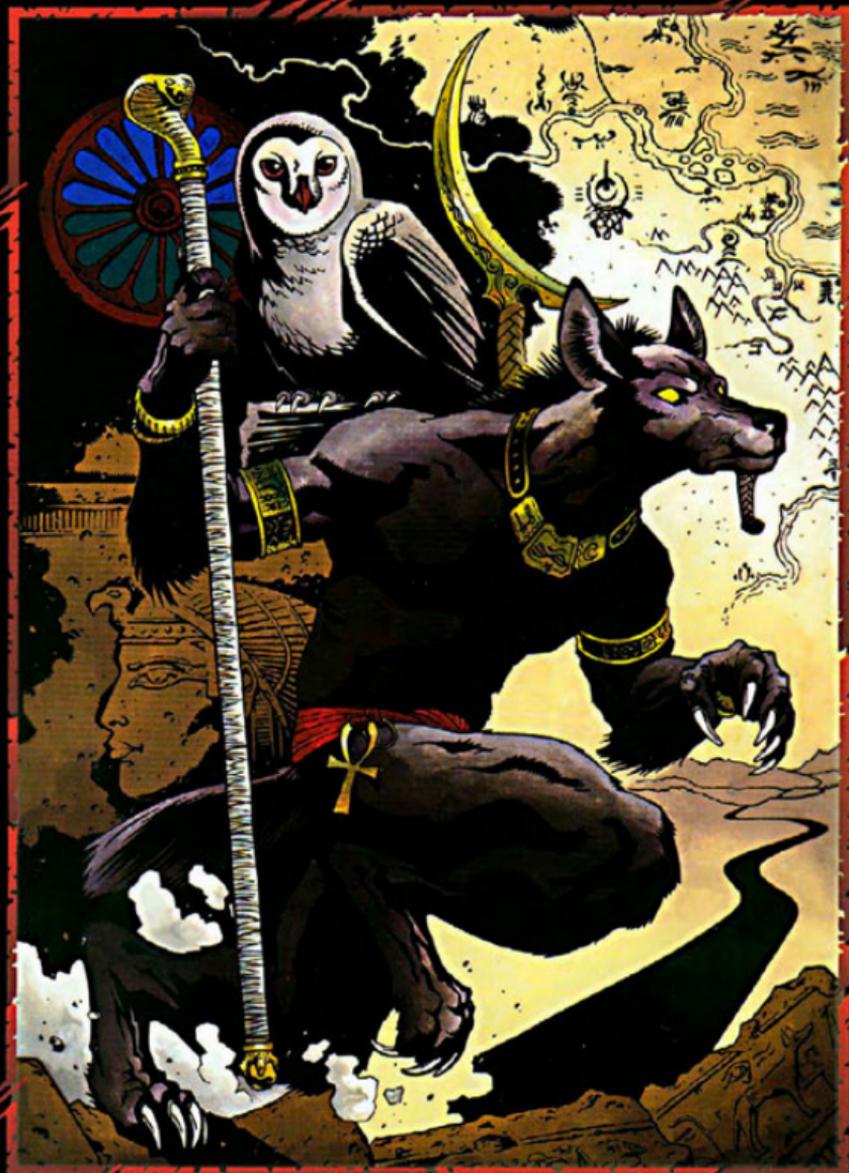


CAMMANGES SILENCIOSOS



En una Asamblea convocada por Karin Jarlsdottir de la Camada de Fenris y otros, los Garou decidieron que había llegado el momento de saber más acerca de una peligrosa bestia del Wyrn que parece estar acumulando poder en el corazón de Serbia. En la parte correspondiente a los Caminantes Silenciosos de este tercer libro de la serie de Novelas de Tribu, se busca al enemigo en el interior de la Umbral.



Carl Bowen

Caminantes Silenciosos

Novelas de tribu - 3

ePub r1.1

TaliZorah 03.06.13

Título original: *Werewolf Tribe Novel 2: Silent Striders & Black Furies*

Carl Bowen, julio de 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0



Agradecimientos

Gracias a Ethan Skemp, que hizo todo lo posible por ayudarme con este libro; entre otras, no echarme de su despacho a escobazos cada vez que me asomaba a hacerle alguna de mis numerosas preguntas. Gracias también a Bill Bridges, aunque él no se dará cuenta de *todo* lo que le estoy agradeciendo hasta que haya terminado de leer esta historia.

Gracias de nuevo a Stewart, por el puñado de oportunidades que me ha brindado.

Capítulo uno



Los monumentos en honor de los difuntos se erguían ante una figura solitaria en la cima de la Colina de las Lamentaciones, proyectando sus sombras alargadas bajo la última luz del crepúsculo. La figura los observaba en silencio, viendo cómo sus sombras reptaban por el suelo hacia él como brazos extendidos. El sol poniente ponía de relieve toscos montones de piedras y pedruscos singulares depositados en memoria de los héroes cuyos restos yacían bajo el duro suelo. Los monumentos se alternaban para recordar a los hombres y a los lobos, esculpidos con minuciosidad o tallados apenas, según se correspondiera a la dignidad y al temperamento de los héroes por los que se alzaban.

Por añadidura, cada uno de los monumentos poseía un atisbo de los espíritus de aquellos que los héroes habían dejado atrás. Donde los símbolos grabados o los epitafios cincelados al detalle daban cuenta de las mayores hazañas de los héroes, el relato ostentaba la impronta del creador de cada monumento. El recuerdo del honor, la gloria y la sabiduría de los caídos quedaba por entero a merced de aquellos a los que se les había encomendado su perpetuación.

La figura erguida ante aquellos monumentos se consideraba uno de estos últimos, pero las historias que narraban las piedras

no le resultaban conocidas. Hablaban de héroes que habían fallecido mucho antes de que él naciera en un lugar alejado de las tierras que consideraba, con reservas, su hogar. Ninguno de los suyos estaba enterrado entre los héroes santificados. Sin duda, muchos de los suyos, los Caminantes Silenciosos, habían visitado aquel lugar en algún momento de su larga historia de enconado sitio, luchas internas y férrea determinación de perseverar. Seguro que algunos habían combatido por defenderlo, o habían sido portadores oportunos de noticias o de peligros a los que habría de enfrentarse. Quizá alguno de sus compañeros de tribu hubiese llegado a derramar su sangre, o incluso a morir en aquel lugar. Sin embargo, ningún Caminante Silencioso había recibido sepultura en la manada de la Forja del Klaive. Aquel cementerio sólo ofrecía reposo a quienes habían podido llamar hogar a la manada, algo que ningún Caminante Silencioso había hecho jamás. Pese a ser bien recibidos en aquella manada, así como en otras muchas diseminadas por todo el mundo, los hombres lobo de la tribu de los Caminantes Silenciosos no llamaban hogar a ningún sitio. La figura solitaria, meditabunda en la linde del campo santo, observaba los monumentos con gesto torvo, sintiendo el peso de la soledad en la que llevaba sumida toda su tribu desde hacía generaciones.

—No debería haber venido —dijo en voz alta Mephi Más Veloz que la Muerte, a nadie en particular. El frío del anochecer escarchaba su aliento. Sus dedos se cerraron con más fuerza en torno al cayado de peregrino, su único compañero de confianza durante más años de los que se atrevía a admitir. La gélida concatenación de palabras onduló por encima de su hombro, arrastrada por un viento constante que azotaba la cima de la colina. Portaba la fragancia del humo y de la piedra pulida, incluso una leve traza de agua que discurría en algún lugar a lo lejos, pero no

acarreaba el olor de ningún hombre o bestia. Mephi estaba a solas con los muertos.

Aun cuando hubieron brotado las palabras, siguió sin estar seguro de si se refería a ese cementerio o a la manada de la Forja del Klaive en sí. Se había servido de un puente lunar para atravesar un océano y ser testigo de un acontecimiento que no había llegado a ocurrir. Al igual que tantos otros visitantes de la manada, había acudido para ver cómo se enfrentaba a la justicia un villano legendario; mas éste no se había presentado para la vista final que le habían preparado. Mephi había desperdiciado un tiempo que debería haber aprovechado en los Estados Unidos, donde era más conocido y más capaz de cumplir con su solemne labor, en vez de presenciar aquel acontecimiento «histórico». Sus escasos aliados incondicionales y sus aún más escasas amistades debían de pensar que había perecido desde la última vez que estuvo con ellos. A su regreso, tendría que aliviar sentimientos heridos y rebatir a quienes lo acusaran de eludir sus responsabilidades locales. Ya se había ausentado sin dar explicaciones en numerosas ocasiones con anterioridad, pero tales ausencias habían obedecido siempre a motivos de peso. En esa ocasión, no era más que un turista que ni siquiera había encontrado lo que había venido a ver.

Para colmo de sus pesares, Mephi tenía que admitir que no iba a poder enseñar gran cosa tras su prolongada e intempestiva estancia en aquel árido e implacable túmulo noruego. No conocía en persona a ninguno de los miembros de la manada, y estaba familiarizado con las reputaciones y las leyendas de muy pocos. Claro que tampoco se había alejado de su camino para trabar amistad con ninguno de los hombres lobo de esa manada, pese a agradecerles su hospitalidad y sus fuertes brebajes. Los únicos hombres lobo con los que había entablado conversación eran forasteros a

su vez. De hecho, le resultaban más familiares las vidas y las hazañas de los héroes santificados de esa manada que cualquiera de los guerreros aún con vida que llamaban hogar a aquel sitio.

Mephi hundió en la tierra el extremo romo de su cayado y supuso que debía ser el hecho de haber pasado demasiado tiempo ocioso en aquel lugar lo que había propiciado la aparición de sus morbosas y solitarias especulaciones. Nunca conseguía asentarse y descansar a gusto, ni siquiera en sitios a los que estaba acostumbrado; sin embargo, no había hecho otra cosa más que remolonear desde su llegada a ese sitio. Nunca le faltaban responsabilidades de las que ocuparse, historias que aprender y almas muertas que apaciguar. Tenía que conservar recuerdos de otros guerreros caídos, bien se tratasen de héroes, cobardes o traidores. Cuando más tiempo permanecía en un lugar, más postergaba esas responsabilidades que le esperaban en el siguiente recodo del camino. Haraganear cuando había trabajo que hacer no era propio de él. Como tampoco lo era creer que había encontrado un hogar, siquiera temporal.

Quizá aquella sombría introspección fuese sólo culpa del cementerio. La mayoría de los hombres lobo de la manada acudían aquí sólo cuando moría alguno de sus hermanos de armas. Aunque honraban a sus difuntos y narraban las historias de las gloriosas gestas de aquellos héroes, no visitaban sus tumbas para acordarse de ellos. Los hombres lobo como Mephi, nacidos bajo el auspicio de los Galliard, tenían la responsabilidad de refrescar la memoria de los demás. Un Galliard tenía la responsabilidad de asegurarse de que aquellos monumentos y las historias que contaban no muriesen con los héroes caídos.

Mephi consideraba que una de sus muchas responsabilidades consistía en visitar estos lugares de los muertos y aprender todo lo que pudiera de ellos a fin de poder transmitir esos conocimientos

a todos aquellos hombres lobo que estuviesen dispuestos a escuchar. Aunque los sitios como aquel les recordaban a otros hombres lobo que era probable que no fuesen a vivir hasta alcanzar una avanzada edad ni a ver la victoria sobre sus omnipresentes enemigos, Mephi los buscaba. Aquellos sitios le recordaban que cualquier vida se merecía perdurar en el recuerdo. A medida que transcurrían las horas y el sol se ponía delante de él, había comenzado a creer que él era uno de los únicos hombres lobo que quedaban sobre la verde faz de Gaia que aún creían eso.

—Demonios, lo más probable es que todo sean imaginaciones mías —murmuró, con una sonrisa autocrítica—. Imaginaciones vanagloriadas e indulgentes, encima. —Con un giro de muñeca, tornó su cayado de peregrino para que la sibilante cabeza de cobra dorada que lo remataba le mirase a los ojos. Le dedicó la misma sonrisa lacónica a la reluciente serpiente labrada a mano—. ¿Quién sabe? A lo mejor sólo los muertos de los que nadie se acuerda consiguen descansar en paz, ¿no?

El ruido de unas pisadas que se arrastraban por la rocosa pendiente que ascendía desde el Aeld Baile sacó a Mephi de sus ensueños, aunque la súbita intrusión no lo azoraba. Ya lo habían descubierto hablando solo en demasiadas ocasiones como para que eso lo avergonzara. Cuando las pisadas dejaron de aproximarse, decidió darse la vuelta.

—Disculpe —dijo un hombre, en un alemán suave—. ¿Es usted Mephi Más Veloz que la Muerte?

Mephi asintió y se enderezó. Reconocía a aquel hombre barbudo, bajo pero fuerte, de cuando había llegado al túmulo, aunque no conocía su nombre. Lo único que sabía era que se trataba de uno de los guardianes de la manada a las órdenes de Brand Garmson. Se protegía del frío con un espeso abrigo ribeteado de lana, resistentes pantalones de faena y botas pesadas

como las que calzaría un leñador o un empleado de la construcción.

Mephi se cubría tan sólo con una fina camisa gris, unos vaqueros descoloridos por el sol y un guardapolvo harapiento color canela, cuyas mangas escondían las pesadas bandas de oro de sus bíceps, pero no los brazaletes dorados de sus muñecas. El frío no le molestaba, no obstante, dado que hacía horas que había adoptado su forma de Glabro, más corpulenta e hirsuta, para resguardarse de las bajas temperaturas. Sentía el frío en la punta de las orejas, y el collar plano de oro que le adornaba el cuello parecía un bloque de hielo, pero lo sentía como si estuviese muy lejos.

—¿Quiere acompañarme? —preguntó el hombre, indicando con un gesto la Casa del Vuelo de Lanza. No mostraba ninguno de los clásicos signos de sentirse intimidado por el aspecto de Mephi. Sin duda, ese hombre estaba acostumbrado a pelear con los lugareños (o junto a ellos), cuya masa muscular medida en sus formas de Homínido casi doblaba la de la alta y esbelta figura de Mephi.

—¿Acaso molesta mi presencia aquí? —preguntó Mephi, sin hacer ademán alguno de obedecer. La ronca cadencia de un reto retumbaba en su voz, debido en parte a los factores propios de su forma como a su irritación por no haberse percatado antes de la llegada del hombre.

—No —repuso el hombre, enervado pero sin perder la compostura.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

El hombre apretó y relajó los músculos de la mandíbula antes de responder.

—Os buscan. La *Greifynya* quiere hablar con usted. Y los demás.

—Ya veo —dijo Mephi, con apenas un matiz más de respetuosidad. Si bien habían venido para llevárselo, lo llevaban ante Karin Jarlsdottir, la líder de los hombres lobo de aquella manada—. ¿Quiénes son «los demás»?

—El margrave Konietzko se cuenta entre ellos —contestó el hombre, cuyos ojos se empañaron por un instante a causa de la admiración. Mephi comprendía su reacción, puesto que él había oído hablar del margrave incluso en la otra orilla del Atlántico. Aunque Konietzko era un Señor de la Sombra, heredero por tanto de la desconfianza que sentían las demás tribus por la suya, el genio táctico del margrave y su inspirador coraje habían conducido a sus seguidores a la victoria por toda Europa, una y otra vez—. Y uno de los que se marcha mañana —añadió el hombre, como si se le acabara de ocurrir—. Del Viento Errante.

Mephi frunció el ceño. Se había extendido el rumor por el clan de que la manada del Viento Errante se había ofrecido voluntaria para partir en una misión relacionada de algún modo con la campaña que estaba llevando a cabo el margrave Konietzko contra las fuerzas del Wyrn en el centro de Europa. Aunque Mephi desconocía los pormenores, había escuchado las murmuraciones igual que todos.

—Ya veo —le dijo al guardián, con un gruñido—. El margrave Konietzko y alguien del Viento Errante. ¿Qué tengo en común con ellos para que la *Greifynya* nos quiera ver reunidos?

El nativo meneó la cabeza con el ceño fruncido cuando Mephi hubo terminado de formular la pregunta. Guardó silencio por unos instantes para ordenar sus ideas.

—No me ha entendido. La *Greifynya* y los demás me han enviado a buscarlo. *Todos* ellos desean hablar con usted.

En esta ocasión, le tocó a Mephi guardar silencio y fruncir el ceño.

—¿Por qué?

—No les he pedido explicaciones.

—Ya veo —bufó Mephi—. Buen chico. Entonces, ¿por qué no me enseñas dónde están?

Los ojos azules del guardián relampaguearon como chispas en una soldadura, pero se mordió la lengua. Al parecer, sabía cuándo zanjar un tema espinoso frente a un hombre lobo susceptible. Eso, o sabía que tenía trabajo por hacer y pretendía terminarlo.

—Por aquí. —Se dio la vuelta cuando Mephi asintió con la cabeza y comenzó a desandar sus pasos.

Mephi miró de soslayo la cabeza de cobra que coronaba su cayado con una mezcla de diversión, poca satisfacción y algo de decepción por el hecho de que la competición de comentarios mordaces no hubiese terminado en puñetazos. Hacía meses que no participaba en una buena pelea en la que lo que estuviese en juego fuese su honor en vez de su vida. Nada de refriegas de bar, nada de concursos de empujones, nada de discusiones a voz en grito con mujeres celosas que no sabían dónde se había metido desde la última vez que lo vieron. Nada. La ira crecía en su interior y buscaba en vano una vía de escape. Le ocurría siempre que permanecía en el mismo sitio durante demasiado tiempo.

Meneó la cabeza y comenzó a caminar. Cuando descubriera para qué lo querían Karin Jarlsdottir y el margrave, tendría que reanudar su camino. Tenía que regresar a los Estados Unidos. Al menos allí podría ser de alguna utilidad.

Capítulo dos



Tajo Infectado no agachó los hombros mientras recorría el pasillo húmedo y malsano. Estaría fuera de lugar, e invitaría al ataque incluso en un lugar como aquel. Los queridos de Arastha que vivían en aquella Colmena acechaban siempre en las esquinas y en las bocas de los túneles vacíos que conectaban con el pasillo principal antes de llegar a la cámara de Arastha. Cuando se corría el rumor de que alguien había sido llamado a presencia de la señora, aquellos cretinos, ilusos y celosos se apiñaban en el pasillo para esperar al sujeto de la convocatoria. Si el Danzante invitado mostraba cualquier signo de debilidad, era probable que lo retaran y se le echaran encima, con independencia de que hubiese provocado o no al retador. La única justificación que podía ofrecer el superviviente de la reyerta por lo que había hecho era decir que la víctima había sido débil, indigna de ofender a Lady Arastha con su presencia.

Tajo Infectado sabía por experiencia personal que proyectar una imagen de fortaleza solía dar al traste con casi todas esas vanas emboscadas, pero también era consciente de que las apariencias sin más no eran suficientes. Si no se mantenía alerta por si llegaba a tener lugar el asalto, le daría igual lo fuerte que pareciese.

La luz oscilante de las antorchas le echaba el techo encima y conseguía que sus ojos no dejaran de saltar de sombra en sombra. No obstante, incluso las sombras culebreaban y se retorcían a la luz de las teas; a Tajo Infectado le recordaban a amantes enfermos que quisieran compartir un último abrazo. No veía a nadie en las inmediaciones, pero no por ello bajó la guardia. Las sombras ondulantes podían ocultar formas inmóviles. El rítmico eco de los tacones de sus botas bien podría encubrir el sonido de una respiración. Su sentido del olfato era casi inexistente en esa forma, por lo que sólo la peste más hedionda conseguiría hacerle arrugar la nariz. Quizá estuviese solo en el pasillo subterráneo, quizá estuviese rodeado.

La vigilancia de Tajo Infectado lo condujo sano y salvo casi todo el camino hasta su destino, pero los problemas le estaban esperando. Una masa desgredada de pelaje naranja moteado y encostrado de sangre aguardaba agazapada ante la puerta de reja de huesos de la cámara de Lady Arastha. Aquel feo corpachón miró a Tajo Infectado y giró sus ojos, amarillos como el pus, presa de la anticipación. Irguió las orejas, tupidas y maltrechas. Tajo Infectado podía escuchar el excitado barrido de la cola del hombre lobo en forma de Crinos. Reconoció al monstruo de inmediato.

—Astillahuesos —gruñó Tajo Infectado, mirando a su adversario a los agitados ojos amarillos—. Apártate.

—Arastha está ocupada —gruñó Astillahuesos a su vez, incorporándose a medias. Sacudió las manos cuando las levantó del suelo; sus largas y descascarilladas garras chirriaron contra la roca.

—Me han llamado —siseó Tajo Infectado, entre dientes. Aunque se encontraba tan sólo en forma homínida, sus ojos miraban sin miedo los del hombre lobo en forma de Crinos. Con Astillahuesos medio agachado, Tajo Infectado no tenía que levantar la

barbilla y exponer la garganta para hacerlo—. Arastha quiere verme.

—Estoy montando guardia —roncó Astillahuesos. Se humedeció los colmillos con su lengua jaspeada—. Vete.

Tajo Infectado le enseñó los dientes.

—Si la señora te ha puesto a ti solo de guardián, será que no le importa que la asesinen.

Astillahuesos desorbitó los ojos, ofendido, y se irguió cuan alto era.

—Estoy de guardia! —aulló, golpeándose el pecho con una mano que podría aplastarle la cabeza a un hombre. Dio un paso al frente y rugió a Tajo Infectado. El aliento sulfuroso de la bestia golpeó el rostro de Tajo Infectado; unas gotas de saliva aceitosa salpicaron el suelo que los separaba. Tajo Infectado apartó la bota para evitar que se la rociaran. Consideró todo un triunfo que Astillahuesos no lo hubiera lanzado de cabeza contra la pared. Astillahuesos era un fanático joven y duro de pelar, pero demasiado estúpido para actuar primero. Resultaba obvio que aquella «astuta» artimaña había agotado sus reservas de ingenio por ese día.

—En ese caso —dijo Tajo Infectado, mientras la rabia comenzaba a agolparse en algún lugar entre su estómago y su corazón—, ve y anúnciale a Lady Arastha que estoy aquí. —Se preocupó de aparentar estar enojado en vez de furioso. La expresión humana no pronosticaba ningún ataque. Conseguía que pareciera dispuesto a someterse a la ridícula autoridad de Astillahuesos.

La inmensa cabeza de éste se estremeció al escuchar las palabras de Tajo Infectado. Sus pupilas se dilataron en sus ojos vidriosos.

—Anunciar...

—Deprisa —espetó Tajo Infectado. La rabia comenzaba a oprimirle el diafragma; tuvo que contenerse para no asumir la forma de Glabro a fin de aliviar la presión—. Entra y dile a Arastha que estoy aquí!

Astillahuesos retrocedió de espaldas hacia la puerta de Arastha, con una expresión de tenue diversión en sus ojos salviajes. El débil brillo de aquellos lóbregos ojos indicaba que creía que se había salido con la suya.

—Que te anuncie. Sí. —Su respiración comenzó a acelerarse, y sus siguientes palabras brotaron pastosas—. Espera.

—Deja de darme largas! —gritó Tajo Infectado, con frustración fingida, mientras la furia lo llenaba hasta rebosar. Apretó los puños con fuerza para detener el temblor de sus dedos—. ¡Ve!

Tajo Infectado ya era un recuerdo en la mente del coloso, que dio otro paso hacia la puerta de Arastha, antes de abrirla con mirada ausente.

En cuanto aquellos ojos dejaron de fijarse en Tajo Infectado, éste permitió que su rabia rompiera por fin su dique. Explotó en forma de Crinos, saltó y hundió las garras en el pelo, la piel y los músculos de la espalda de Astillahuesos. Dos parábolas ensañadas despellejaron a Astillahuesos desde la cola hasta el omoplato. Presa de la agonía y la sorpresa, Astillahuesos se puso de puntillas y soltó un gáñido de cachorro aterrorizado.

Tajo Infectado, a lomos de la ola de su impulso inicial, chocó con su rival y redobló el asalto. Hundió las garras de su pie derecho en la parte posterior de la pierna de Astillahuesos, convirtiendo la zona entre los testículos y la rodilla en una masa sanguinolenta, antes de sujetar a su víctima con un abrazo de hierro. Con los codos sujetando los brazos enemigos, cruzó las muñecas y clavó las garras en los músculos nervudos de ambos lados de la garganta de Astillahuesos. Éste lloriqueó y una baba de color rojo

brotó de la comisura de sus labios para bañar la muñeca de Tajo Infectado.

—¿Cuánto me quieres, imbécil bobalicón? —gruñó Tajo Infectado al oído de Astillahuesos cuando el hombre lobo de mayor tamaño hubo quedado inmovilizado. Le propinó un pellizco en la punta de la oreja para recalcar la pregunta.

Astillahuesos no respondió.

—Te he hecho una pregunta —volvió a gruñir Tajo Infectado, lamiéndole la mejilla—. ¿Me quieres más que a Arastha? En tal caso, vivirás.

La cabeza de Astillahuesos se estremeció en lo que podía ser un leve asentimiento o un intento por tragar más sangre antes de que se le escapara entre los labios y le bañara el rostro.

—Dilo —ordenó Tajo Infectado, flexionando las puntas de los dedos cuando la piel de Astillahuesos intentó curarse a su alrededor—. Di que me quieres.

—Te... quiero... —gorgoteó Astillahuesos, lo mejor que pudo. Los brazos pendían inertes a sus costados, y un gemido débil y lastimero escapó de su garganta.

—Más que a Arastha —exigió Tajo Infectado, arrancándole un trozo de oreja de un bocado. Utilizó la lengua para colocar la triza de carne en la boca de Astillahuesos. Éste ni siquiera intentó morderle.

—Más... —boqueó el bruto—. Más... Arastha...

—Buen chico —gruñó Tajo Infectado. Redujo la presión sobre el cuello de Astillahuesos, pero no lo soltó, sino que se inclinó hacia delante y le propinó un leve empujón con el hocico en la cabeza para que la girara en dirección a la puerta enrejada de huesos de Lady Arastha. Ambos pudieron ver la silueta de una mujer, alta y desnuda, en los amplios espacios en forma de rombo que separaban los barrotes. Los esbeltos dedos de la mujer

asomaron entre los huecos de la reja mientras los observaba. Astillahuesos gimió y comenzó a temblar.

—Deja que viva, mi celoso Tajo Infectado —dijo la mujer. Podría haber utilizado el mismo tono para pedir un beso—. No le hagas más daño a tu nueva mascota. Ven conmigo.

Tajo Infectado asintió, desdeñoso, pero hizo lo que Lady Arastha le ordenaba. Con un giro y un empujón, tiró rodando al suelo a Astillahuesos; éste aterrizó de bruces, antes de trastabillar para incorporarse a cuatro patas. Se llevó una mano al cuello ensangrentado e intentó erguirse, pese a la agonía que laceraba su espalda. Escupió, y un coágulo de flema sanguinolenta golpeó el suelo de piedra con un chasquido.

—Ve y cúrate, mascota de Tajo Infectado —arrulló Arastha—. Le harán falta tus servicios cuando termine su visita. Apresúrate.

Sin mediar palabra, Astillahuesos se incorporó hasta quedar acuclillado y se marchó, arrastrando los pies y la cola. Sólo dedicó un instante para fulminar a Tajo Infectado con la mirada antes de desaparecer por el primer túnel que encontró.

Cuando el cretino se hubo marchado, la rabia de Tajo Infectado comenzó a amainar. Al mismo tiempo, su cuerpo se fundió y replegó hasta recuperar su apariencia humana. Sólo la carne y el pelo adheridos a sus uñas lo relacionaban con las acciones del monstruo que fuera hacía tan sólo un momento.

—Magnífico —celebró Arastha detrás de la puerta—. Muy bien hecho.

Tajo Infectado estaba seguro de que le habría dicho lo mismo a Astillahuesos si el resultado hubiese sido distinto. Lady Arastha fomentaba ese perverso cortejo entre los machos más fuertes de la Colmena.

—Los jóvenes degenerados siempre caen en ésa. Déjame entrar.

—No seas tan vehemente —bromeó Arastha—. ¿Y si Astil-lahuesos hubiese sido mi favorito?

—No lo era —roncó Tajo Infectado. Avanzó hacia Arastha. Colocó la mano en la puerta para que sus dedos se cerraran en torno al mismo barrote que los de ella. Se contuvo para no intentar abrir la puerta sin su consentimiento, o para no descerrarla con independencia de sus deseos. Aunque le hervía la sangre tras el combate, su ansia aún no le había privado del todo del uso de razón. Ni siquiera rozó los dedos de Arastha—. Si hubiese sido tu favorito, habrías mandado que fueran a buscarlo a él.

—Cierto —convino Arastha. Retrocedió para sumergirse en las sombras de su cámara, en dirección a su lecho. Acarició con los dedos la pared más cercana, por encima de un mosaico mural de hueso y cristal que representaba al Wym Profanador; a Mahsstrac, el Impulso del Poder; y a G'louogh, el espíritu tótem patrón de Arastha. El sonido de las uñas de Arastha deslizándose sobre la exquisita obra de arte la acompañó en su inmersión en la penumbra.

—Entra pues, mi impaciente Tajo Infectado —dijo, a medida que desaparecía—. Y cierra la puerta detrás de ti.

Capítulo tres



Mephi siguió al silencioso guardián hasta una cabaña achatada de madera oculta a la sombra de la Casa del Vuelo de Lanza, donde le ordenaron que entrara. Según le dijeron, los demás le esperaban en el interior, y no podían comenzar la reunión hasta que él se hubiese unido a ellos. Sin mediar más palabra con el guardián, asintió y pasó adentro.

En el interior, la casa era todavía más pequeña de lo que aparentaba desde el exterior. Constaba de una sola estancia, con una chimenea de piedra sita en el extremo más alejado de la pared de la derecha y una mesa baja de madera que dominaba el suelo. Un robusto martillo de guerra que debía de tener más años que la suma de las edades de todos los presentes pendía en la pared opuesta a la chimenea. La pared enfrente de la puerta estaba cubierta de pieles de animales y unos cuantos trofeos de caza, tan escasos como impresionantes. Aunque la habitación sólo tenía dos ventanas pequeñas, la luz del fuego y la que emanaba de una lámpara del techo iluminaban de sobra aquel espacio.

Lo que reducía la distancia entre las paredes, no obstante, eran los demás hombres lobo que ya habían ocupado distintos asientos alrededor de la mesa circular. Ésta aparecía cubierta de mapas y lo que parecían ser documentos manuscritos, y los

ocupantes de la estancia concentraban su atención en ellos en vez de en la puerta que había permitido la entrada del frío. Una lugareña de constitución fuerte, con una gruesa trenza dorada, permanecía de pie al otro lado de la habitación, enfrente de él. Sus ojos azules eran encantadores, pese a la sombría y distante mirada que les privaba de calidez. Las líneas marcadas y las duras facciones de su rostro bien pudieran haber sido talladas en madera de roble o en granito. Mephi la reconoció al instante como Karin Jarlsdottir, la *Greifynya* que lo había llamado. Era mucho más hermosa de cerca de lo que le había parecido desde la distancia a la que la había visto por los alrededores del túmulo.

Cuando Mephi carraspeó, menguó a su forma de Homínido y dejó su cayado apoyado cerca de la puerta, los demás hombres lobo de la estancia levantaron la vista para fijarse en él. La primera en hacerlo fue una hembra cimbreña sentada sobre los cuartos traseros en forma de Lupus cerca de Jarlsdottir. El pelaje de la loba era negro calcinado, con tonos bermejos que la luz del fuego resaltaban para mayor efectividad. Sus paletillas eran nervudas y fuertes, como si estuviese acostumbrada a cubrir largas distancias a la carrera. Levantó la cabeza, olfateó una vez y volvió a concentrarse en los mapas que quedaban más cerca de ella encima de la mesa.

El único hombre de la habitación, aparte de él, estaba en cucullas enfrente de la loba. Se incorporó con la agilidad de alguien que tuviese la mitad de sus años. La forma en que se movía exhibía la perfecta sincronía entre la gracia humana y la lupina que algunos hombres lobo tardaban toda una vida en aprender. Aquel no era un lobo haciendo equilibrios sobre dos piernas humanas, ni un simple hombre que pudiera correr a cuatro patas. Era el espíritu de un cazador recubierto de carne cambiante. Su cuerpo musculoso se tensó igual que un muelle, y una melena gris

acerada le cayó sobre los hombros, rozando la capa negra ribeteada de piel que le cubría la espalda. La mirada apreciativa que obtuvo Mephi del hombre relucía con una indeleble expectación imperiosa. Una pesada espada a dos manos pendía del ancho cinturón de cuero. Colocó una mano sobre la empuñadura con un gesto fortuito, sin aparente premeditación. El margrave Konietzko era aún más impresionante de cerca de lo que le había parecido a Mephi la primera vez que lo vio en el Aeld Baile. Mephi se sintió más consciente que nunca de sus manidas bandas doradas y sus ropas raídas.

Mephi se sobrepuso a aquella súbita oleada de asombro y se volvió hacia la mujer rubia enfrente de él, al otro lado de la mesa. Agachó la cabeza y dijo en noruego moderno:

—*Greifynna*, habéis mandado a buscarme.

—Bienvenido a la manada de la Forja del Klaive, Caminante Silencioso —repuso Karin Jarlsdottir, en inglés—. Lamento no haber salido a recibirlos en persona cuando llegasteis. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—Como si hubiese vuelto a casa. —Replicó Mephi. Aunque, en esencia, siempre decía lo mismo cada vez que le daban la bienvenida a un túmulo, la repetición no le confería mayor autenticidad a sus palabras. Miró a Konietzko y dijo—: Margrave Konietzko, incluso en América se habla de vos, señor.

El margrave medieval asintió con la cabeza, sin que sus astutos y evaluadores ojos perdieran de vista ni por un instante a los del recién llegado.

Por último, Mephi se volvió hacia la loba próxima a Jarlsdottir y volvió a inclinar la cabeza.

—Señora —dijo, sin más información que le ayudara a continuar.

—Ésta es Cazadora de Lluvia —explicó Jarlsdottir—. Una Garra Rojas de la manada del Viento Errante. Es huésped aquí, igual que vos.

Mephi volvió a saludar a Cazadora de Lluvia, preguntándose por qué la *Greifynya* no habría mencionado también el clan natal de la loba. Puede que la manada del Viento Errante no tuviese uno. Si bien tales circunstancias eran algo inusuales, no resultaba descabellado. El propio Mephi carecía de hogar protectorado.

—Gracias por acudir tan deprisa, Mephi Más Veloz que la Muerte —prosiguió Jarlsdottir—. Nos gustaría pedirte tu ayuda en un asunto muy importante y oportuno, concerniente a los planes formulados durante nuestra asamblea de camaradas.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Mephi. Había permanecido apoyado contra la pared del fondo cuando el margrave, la Jarlsdottir y Antonine Gota de Lágrima propusieron una serie de excursiones hacia el sur, hacia el centro de Europa, pero no conseguía imaginarse qué tendría que ver aquello con él. O, más bien, no veía de qué modo le afectaba aquello a corto plazo. Quizá aquellos tres querían la opinión de un Galliard para interpretar el extravagante Acertijo de los Treses del Contemplaestrellas. Mephi hubiese accedido sin reservas de haber podido proporcionar alguna pista, pero lo cierto era que no tenía ni idea de lo que había querido decir el anciano.

—Eres consciente de que la influencia del Wyrn y de la Tejedora está aumentando en esta parte del mundo —dijo el margrave Konietzko. Su inglés poseía un fuerte acento—. ¿Lo habréis oído, incluso en los Estados Unidos?

—Estoy al corriente, señor.

—¿Comprendiste lo que quiso decir el Contemplaestrellas cuando enunció su acertijo? —continuó el margrave.

—Lo mejor que pude —respondió Mephi, cauteloso—. Se refería a los peligros que crecen en el corazón de Europa y a una amenaza para el pasado de nuestra nación Garou. No fue muy específico.

Descubrió una senda a seguir, intervino Cazadora de Lluvia, en el idioma de gruñidos y gestos que todos los hombres lobo comprendían. *Advirtió de sus peligros*.

—No te sigo —dijo Mephi. Al percatarse de la mirada que le lanzó Cazadora de Lluvia, se corrigió—. Es decir, que no sé a lo que te refieres.

—Con independencia del significado exacto de las palabras de Antonine Gota de Lágrima —dijo Karin Jarlsdottir—, el margrave Konietzko y los demás líderes guerreros de esta parte del mundo han llegado a la conclusión de que se deben adoptar medidas para sopesar la amenaza real que suponen para nosotros las legiones del Wyrm estacionadas aquí. Por tanto, se han seleccionado dos grupos de Garou que responderán a esta llamada a la acción, si les es posible.

—Vale —dijo Mephi—. Conozco los pormenores. Mari Cabrah y la manada de tu Guardián piensan adentrarse en territorio serbio en una misión de reconocimiento. —Miró a Cazadora de Lluvia y continuó—: Tu manada del Viento Errante afronta una empresa distinta. Eso también lo cogí de pasada pero ¿no dijisteis que iban a ser sólo dos manadas?

—Sí —contestó Jarlsdottir, con aire paciente—. La primera manada va a reunirse para partir hacia Serbia. La Furia Negra estadounidense irá con ellos.

—¿Y los demás? ¿El Viento Errante?

—Los demás parten hacia Hungría mañana al amanecer —respondió el margrave Konietzko—. Se dirigirán al desaparecido

túmulo del recuerdo oculto en el interior del parque nacional de Hortobágy.

—Estás aquí porque esperamos que vayas con ellos —dijo Jarlsdottir, un latido después de que hubiese terminado de hablar el margrave.

Mephi parpadeó, sorprendido, y se enderezó. Aquello le había cogido por sorpresa.

—La gloria y el honor de esta empresa bien merecen la dificultad —dijo Karin Jarlsdottir al ver que Mephi no respondía—. Sabemos los peligros que entraña.

—Eso no es lo que me preocupa —rebatí Mephi. No quería separarse de aquella Carnada y de los otros dos hombres lobos habiéndoles dado la impresión de que se había quedado mudo de miedo—. Es que no lo entiendo. No sé nada acerca de este túmulo desaparecido. Nunca he estado en Hungría. Ni siquiera había venido antes a este túmulo. ¿Por qué habéis pensado en mí para esto?

Conocemos tu talento, contestó Cazadora de Lluvia.

—Eso es muy halagador —dijo Mephi. La curiosidad y el orgullo crecían a la par en su interior—. ¿Conoces a Ojo de Tormenta? ¿Es ella la que os ha hablado de mí?

Mephi se había sorprendido cuando, a su llegada, descubrió a la que fuera camarada suya durante algún tiempo entre los invitados del clan. No esperaba encontrarse con Ojo de Tormenta tan lejos de su protectorado natal. Teniendo en cuenta la feroz territorialidad de Ojo de Tormenta (similar a la de todos los miembros de la manada de los Garras Rojas), debía de haber sido un asunto de singular importancia lo que había conseguido que se alejara de su hogar y recorriera tantos kilómetros.

No, le dijo Cazadora de Lluvia. *Ella no*.

—Se te ha llamado por tu nombre —explicó Jarlsdottir.

Mephi se sintió tentado de mirar al margrave, pero sabía que no había sido el Señor de la Sombra el que había sugerido su implicación en ese asunto. El anciano nunca lo había visto, era probable que nunca hubiese oído hablar de él, y Mephi no era tan vanidoso como para creer que la reputación que se había forjado en los Estados Unidos lo había precedido. Aunque considerara la aseveración de Cazadora de Lluvia de que conocían su talento, a Mephi le costaba imaginarse cómo era posible que su renombre hubiese llegado hasta el este de Europa, si no era en boca de alguno de los norteamericanos que habían asistido a aquella asamblea.

Preguntamos, aclaró Cazadora de Lluvia cuando la confusión ensombreció el semblante de Mephi. *Mi manada*.

Mephi no quiso preguntarle a la loba por qué de buenas a primeras, pero su expresión formuló la pregunta en su lugar.

Mi alfa preguntó. La que siempre encuentra la luz, incluso dormida.

Los ojos de Mephi delataron su sorpresa. El desconcierto se adueñó de su estómago.

—¿Te refieres a Melinda Buscadora de Luz? ¿Está ella al mando del Viento Errante? No sabía que hubiese venido.

—Así es —afirmó Karin Jarlsdottir. Sus ojos adoptaron un brillo suspicaz al ver la expresión de Mephi—. Los miembros del Viento Errante se ofrecieron voluntarios para esta empresa, y te piden que te unas a ellos. Buscadora de Luz te lo habría solicitado en persona, pero al margrave le pareció mejor hablar contigo, dado que no habíamos oído hablar de ti.

—Eso es cierto —añadió el margrave—. Dado que vas a atravesar mi protectorado para llegar a un territorio de vital importancia estratégica que estoy encargado de supervisar, insistí en conocerte. Aquí eres un desconocido.

No para la que siempre encuentra la luz, incluso dormida, dijo Cazadora de Lluvia. Ni para aquellos a los que ella les ha hablado de ti.

—Verás —continuó Konietzko, como si no hubiese intervenido nadie en medio de su discurso—, esta misión es importante, da igual lo que diga el Contemplaestrellas. Tengo que cerciorarme de que los soldados que accedan a llevarla a cabo son merecedores y capaces de conseguirlo.

—Podéis estar seguro de mí —dijo Mephi, sin pensar—. Y del juicio de Buscadora de Luz. Ella y yo hemos colaborado en múltiples ocasiones en los Estados Unidos. Si ella se ha ofrecido voluntaria para esto, yo estaré a su lado. Gustoso.

—Qué brío —musitó Jarlsdottir, con una leve sonrisa—. Ni siquiera sabes para qué te quiere.

—No me hace falta. Si hubiese sabido que ella se había ofrecido voluntaria antes de saber que yo estaba aquí, me hubiese propuesto acompañarla. —*No me preguntes por qué, pensó. Si quieres conservar tu cara bonita, no lo hagas.*

—Conformes —dijo el margrave—. Así pues, presta mucha atención a lo que voy a decirte. Podrás discutir los pormenores con la manada del Viento Errante mañana, antes de partir, aunque el objetivo primordial de esta misión es sencillo. —Su rostro se asemejaba al de un ídolo forjado en hierro cuando hincó una rodilla junto a la mesa. Jarlsdottir lo imitó. Cazadora de Lluvia había permanecido sentada en todo momento.

Cuando Mephi se hubo acuclillado, el margrave señaló un mapa topográfico de Hungría y los países vecinos. Trazó la línea del río Danubio hasta donde se cruzaba con el Tisza, en Yugoslavia, para luego seguir el curso de este último por toda Hungría hacia la frontera rumana, al este.

—Éste es el río Tisza —dijo el anciano. Señaló otra línea que se adentraba en Rumanía y continuó—: y éste es el río Viseu. En marzo de 2000, una rotura en el dique de una mina, aquí —señaló un punto en el Viseu, cerca de su nexo de unión con el Tisza—, derramó sedimentos de metales pesados en el río. Este vertido había sido precedido por otro incidente acaecido en enero, cuando un accidente de similares características ocurrido en el río Somes arrojó cianuro al río. A punto estuvo de desembocar en el Danubio yugoslavo.

—He oído algo —murmuró Mephi—. En la CNN... en Internet...

—Sí —dijo el margrave. Sus ojos entrecerrados puntualizaban su menosprecio—. Lo que no te habrán contado es la catastrófica magnitud de este desastre. Las criaturas que habitaban en el río fueron envenenadas y murieron. Los animales que se alimentaban de esas criaturas resultaron intoxicados. La corrupción de la cadena de cazadores y presas ha extendido el veneno más allá de las orillas del río, incluso más allá de las llanuras sujetas a inundaciones que lo flanquean.

Pasó dos dedos por la extensión central del río Tisza, que discurría por Hungría.

—En la Umbrá, la totalidad de este territorio ha muerto y se ha convertido en una Cloaca. Cada afluente es otra vena por la que corre el veneno, tanto en este plano como en el espiritual. Los soldados del Wyrn se están haciendo fuertes aquí. Más fuertes que nuestros destacamentos posicionados en la zona.

—Terrible —murmuró Mephi.

—Te quedas corto —repuso el margrave. Golpeteó con un dedo una sección del mapa que se extendía cerca del Tisza, si bien no ocupaba mucho terreno—. Éste es el emplazamiento del parque nacional Hortobágy. Sólo mide quinientos veinte kilómetros

cuadrados, pero es una de las escasas reservas naturales de esta parte del país que los humanos se han propuesto proteger. Hace cinco años, la manada del Viento Errante descubrió un túmulo del recuerdo, débil y natural, oculto en el corazón del parque. Los guerreros de la manada del Cielo Nocturno y de un clan menor de Rumanía hace poco que han conseguido desbaratar los artificios de la Tejedora en esa zona y han despertado al espíritu del túmulo. La manada del Viento Errante se propuso además encontrar una piedra del sendero que condujera al túmulo. El lugar se llama Descanso del Búho.

—Se llamaba —corrigió Jarlsdottir. Los músculos de su mandíbula se veían tensos. El odio hervía en sus diáfanos ojos azules.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Mephi.

Los superaron, gruñó Cazadora de Lluvia. Su cola golpeó el suelo sobre el que estaba sentada. *Demasiados, demasiado rápido*.

—Así es —continuó el margrave—. Los soldados del Wyrn se apoderaron del túmulo cuando la devastación propiciada por el desastre del río Tisza alcanzaba su apogeo. El túmulo es pequeño, y sólo un puñado de almas ha acudido en su defensa. Algunos cobardes huyeron. Otros habían partido ya para aliarse con mis fuerzas en otras áreas conflictivas antes de asegurar sus posiciones. El desastre cogió con la guardia baja a los defensores que quedaban, y el túmulo sucumbió.

—¿Era un túmulo pequeño? —preguntó Mephi, aprovechando la pausa del margrave. Cazadora de Lluvia le indicó que así era.

—Muy pequeño —corroboró el margrave—. Pero de importancia estratégica. Verás, su piedra del sendero conectaba con otros dos túmulos de la región, más poderosos. También se habían trazado planes para emplearlo como escala militar contra las

fuerzas desplegadas en Serbia por el Wyrn. De haber sucumbido en ese conflicto, nuestros soldados podrían haberse replegado junto a la manada del Cielo Nocturno para continuar la lucha. Por si fuese poco, pese a su escaso poder, sigue siendo un lugar sagrado de Gaia.

—Así que, ¿la manada del Viento Errante y yo vamos a intentar recuperarlo? —preguntó Mephi, consiguiendo exhibir una razonable cantidad de convicción.

—Otra vez ese brío —dijo Jarlsdottir. En esta ocasión, no obstante, sus palabras destilaban un humor cáustico que pareció que le hubiese dejado mal sabor de boca. La expresión abatida que acompañaba al comentario añadía diez años a la edad real de la Carnada de Fenris. Era demasiado joven para ser *Greifynny*, según sabía Mephi por los rumores que circulaban entre los miembros de la manada. No le sentaba bien que le recordaran lo que podía ocurrirle a su hogar si llegaba a mostrar debilidad en cualquier momento.

—Una manada de mostrencos no va a recuperar lo que perdieron mis soldados, forjados en las llamas de la guerra y que se mantuvieron en sus puestos hasta el final —se burló el margrave—. No, tal empresa escapa a las posibilidades del Viento Errante y las tuyas. Además, tampoco es el momento adecuado. Vuestra responsabilidad es distinta y más inmediata. ¿Sabes lo que es una piedra del sendero?

—Sí —respondió Mephi, procurando que no asomara a su voz la indignación que sentía. Se preguntó si el margrave le hablaría así a todo el mundo, o sólo a quienes no fuesen unos Señores de la Sombra «forjados en las llamas de la guerra».

—Bien. La piedra del sendero del Descanso del Búho es el objeto de vuestra misión. El Viento Errante y tú iréis allí, la cogereis y la traeréis de vuelta antes de que los soldados del Wyrn se

apropien de ella. Esa piedra está vinculada a las piedras del sendero de los túmulos circundantes. Si nuestros enemigos llegaran a adueñarse de ella, nuestros túmulos en esta región se volverían vulnerables a un ataque.

—Os ruego que me perdonéis, margrave —interrumpió Mephi—. Pero, si el túmulo ha caído, ¿no tendrá ya la piedra del sendero el enemigo?

—En tal caso, las legiones del Wyrn ya habrían atacado las posiciones expuestas —respondió Jarlsdottir—, y el margrave estaría en su hogar, defendiendo su territorio.

—Sí —dijo el margrave, con una fugaz mirada de soslayo a la Carnada de Fenris—. El Guardián y el Guarda del Descanso del Búho tenían órdenes de ocultar la piedra si no podía asegurarse el túmulo antes de verse sometido a un asalto concentrado. No hemos sido atacados desde que cayeran los defensores del túmulo, por lo que debemos asumir que tuvieron éxito en su misión.

—Ya veo. Entonces, tenemos que encontrar esta piedra y traerla aquí tan deprisa como podamos.

—Sin un séquito de legiones del Wyrn —especificó Karin Jarlsdottir. Al momento, una sonrisa salvaje asomó a sus labios—. Por lo menos, no sin que sepamos que vosotros venís primero.

Mephi le devolvió la sonrisa. Recordaba lo que le había ocurrido al grupo de engendros del Wyrn que había acudido al Aeld Baile mientras él estaba allí. Por los dientes de Set, aquello había sido una masacre.

—Me llevaréis la piedra al clan del Cielo Nocturno —dijo Koni-etzko, sin que pareciera percatarse de la torva sonrisa de Jarlsdottir—. Ése es vuestro principal objetivo. También queremos que llevéis a cabo una labor de reconocimiento básico. Averigüad lo bien atrincherado que está el enemigo, y comunicádnoslo. Si se os

presenta la oportunidad de eliminar a algún adversario, no dudéis. Si encontráis desertores o supervivientes, ocupaos de ellos. Conducid a los supervivientes que aún puedan valerse por sus propios medios de regreso al clan del Cielo Nocturno. Ejecutad a todos los desertores que veáis. Aun cuando no se hayan enrolado todavía en las filas del Wyrm.

—Entendido.

—Aun cuando esos objetivos secundarios no se consigan, volved con la piedra del sendero.

Y recuerda las palabras del Contemplaestrellas, dijo Cazadora de Lluvia. *Debemos intentar comprender sus palabras.*

—Sí —admitió el margrave, con un dejo de menoscabo—. Eso también.

Dicho lo cual, el margrave permaneció en silencio durante un buen rato. Los únicos sonidos que se escuchaban en la cabaña eran el crepitar y los chasquidos de los troncos que alimentaban el fuego de la chimenea. Todo el mundo miraba a Mephi, pero éste no tenía nada que decir. Ya les había anunciado su compromiso en cuanto escuchó el nombre de Melinda. Iría.

—¿Sigues queriendo acompañar al Viento Errante, Caminante Silencioso? —preguntó el margrave—. Si tienes asuntos pendientes que solventar en tu tierra...

—No he cambiado de opinión —rebatía Mephi—. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana al amanecer —dijo Konietzko—. Estate preparado.

—Lo estaré.

—Bien.

El margrave inclinó la cabeza con un ademán casi imperceptible, miró por última vez a los ojos de Mephi y salió de la pequeña cabaña, sin más adiós que una palabra musitada entre dientes. Su partida dejó entrar una ráfaga de aire frío que avivó las ascuas de

la chimenea. Mephi y Karin Jarlsdottir colocaron las manos encima de la mesa para evitar que los mapas salieran volando. La gélida racha amainó por completo cuando la puerta se hubo cerrado de nuevo, pero la estancia no se caldeó. Incluso el aroma de los troncos quemados parecía atenuado por el de la dura tierra añeja del exterior.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —le preguntó Karin Jarlsdottir a Cazadora de Lluvia.

Lo suficiente. Mi manada estará lista. Nos iremos al salir la luna.

—Muy bien —convino Jarlsdottir. Se puso de pie y cogió el enorme martillo cuajado de runas labradas que colgaba de la pared. Cuando se lo echó al hombro, Mephi admiró el abultamiento y la flexibilidad de sus músculos debajo de la ajustada camisa de franela con la que se cubría. Tampoco los pantalones dejaban a la imaginación la forma de sus poderosas piernas—. Caminante, vuelvo a darte la bienvenida, que es también un adiós. Tengo que hablar una última vez con mi Guardián y su manada antes de que se haga de noche cerrada.

—Lo comprendo, *Greifynya* —repuso Mephi. Se incorporó, consiguiendo que pareciera que se alzaba tras una reverencia honda y galante, y le abrió la puerta a la mujer. Jarlsdottir le dedicó una mirada de complicidad antes de arrebatarle la puerta y cerrarla de golpe detrás de ella. El cayado de Mephi se cayó al suelo. Se agachó para recogerlo, con una media sonrisa. Cuando lo hubo apoyado de nuevo cerca de la jamba de la puerta, se volvió hacia Cazadora de Lluvia.

No te verá esta noche, gruñó la loba, antes de que Mephi pudiera decir nada.

—¿Cómo?

No voy a llevarte ante la que siempre encuentra la luz, incluso dormida.

—¿Por qué no? Seguro que quiere...

No. Mañana podrás verla.

—¿Por eso has venido tú en lugar de ella? —preguntó Mephi, con creciente frustración—. ¿Aunque sea ella la que esté al mando, y no tú? —Si no tenía cuidado, esa frustración iba a convertirse en cólera.

Encontramos el túmulo del recuerdo juntos, respondió Cazadora de Lluvia. *Encontramos la piedra del sendero juntos. Sabemos lo suficiente.*

—¿Por qué quiere Melinda que participe en esto si ni siquiera se digna verme? —insistió Mephi, prestando oídos sordos a la evasiva.

Pregúntaselo, repuso Cazadora de Lluvia, con el equivalente lupino de un encogimiento de hombros. *Mañana.*

Mephi se rindió por fin. Reconocía la futilidad de discutir acerca de una loba testaruda con otra loba testaruda. Sólo tenía que esperar hasta el día siguiente. Quizá para entonces se le hubiese ocurrido la forma de hablar con Melinda Buscadora de Luz acerca de su último encuentro, hacía más de diez años.

Capítulo cuatro



Después de seguir la ondulante espalda de Arastha y sus tres trenzas rizadas hasta los recovecos de sus aposentos privados en la Colmena, Tajo Infectado se sintió más que decepcionado al encontrar a otro macho esperándolos a ambos. El intruso yacía en forma de lobo feroz encima de la cama de Arastha, con la cabeza apoyada en las patas delanteras. Las sábanas, potreadas y salpicadas de fluidos, pendían a un lado del lecho, igual que colgaba la lengua del lobo de su boca. El pelaje negro y gris de sus hombros y el cuello señalaba en todas direcciones; cuatro surcos profundos que cruzaban la sencilla espiral ahusada de su paletilla derecha comenzaban a cerrarse. El fuego que ardía entre el corazón y el estómago de Tajo Infectado se reavivó.

—Tajo Infectado —dijo Arastha, caminando a su lado y acariciándole el hombro—. Quiero que me satisfagas. Que me hagas muy feliz. —Recorrió su columna con una de las largas uñas de su otra mano.

Tajo Infectado entrecerró los ojos y la miró de soslayo. Arastha desprendía la calidez de una brasa cuando se pegó a él. Hedía a los aromas de la cama, pero Tajo Infectado sabía que sólo pretendía manipularlo. Aquellas toscas y torpes palabras bastaban para traicionar las intenciones de Arastha. Los ojos del lobo se

encontraron con los suyos, pero el animal parecía demasiado plácido y exhausto para moverse.

—¿Cómo?

Arastha se colocó detrás de Tajo Infectado. Recorrió su nuca, sus hombros y su torso con las uñas. Al mismo tiempo, avanzó hasta volver a situarse delante de él, obstaculizando la vista del macho tumbado en su cama. Él le sacaba media mano de altura, pero sus ojos estaban atrapados por los de ella, desproporcionados, semejantes a la entrada de una cueva. Ni siquiera conseguía obligarse a mirar de soslayo aquellos senos, arañados y perlados de sudor. El brillo ladino de sus ojos delataba su sonrisa lasa por el artificio escénico que en realidad era.

—¿Ya no te muestras tan vehemente, Tajo Infectado? —ronroneó, dejando que su muslo rozara el del hombre.

Tajo Infectado inhaló hondo por la nariz y observó el cuerpo de Arastha, terso y atlético. Resistió la tentación de volver a mirar su cama. No era tan incauto como para perderla de vista a esa distancia.

—Se diría que ya te han satisfecho. He acudido para saciar cualquier necesidad que aún pudiera quedarte.

—Sí, así es. —Arastha se apartó de él. Entrecerró los ojos. La expresión que le confirió su mirada le otorgó más autenticidad a su falsa sonrisa—. Dime, Tajo Infectado. ¿Eres feliz aquí?

—Sí.

Arastha retrocedió hasta sentarse en el borde de la cama, junto al enorme lobo. La cola del animal batió una vez. Sus ojos, blancos como la plata, se posaron en ella.

—¿Tanta era la tristeza que te invadía en tu antiguo hogar?

—Sí.

—No mientas —ronroneó Arastha—. Allí eras feliz. Tenías un propósito. Gozabas de respeto.

—Estaba confundido —admitió Tajo Infectado, con la cabeza gacha—. Era inocente.

—Orgullosa —continuó Arastha—. Tenías un buen hogar.

—El que tengo ahora es mejor.

Arastha volvió a posar sus ojos en él.

—Pero tenías un buen hogar. Y un puesto de honor.

—No quiero hablar de ello —espetó Tajo Infectado, lo que le ganó un destello divertido en los ojos de Arastha. Divertido, que no conciliador—. Señora.

—Yo sí, mascota —repuso Arastha. Mientras hablaba, rastrillaba con las uñas el pelaje del lobo—. Me interesa mucho tu antiguo hogar. A lo mejor te devuelvo allí.

Tajo Infectado tensó los músculos de la mandíbula. Encogió los dedos de los pies dentro de sus botas.

—No temas, mi leal Tajo Infectado. Ese lugar nos pertenece ahora. No se me ocurriría enviarte a territorio enemigo. Ahora, éste es tu hogar. Quiero que vuelvas.

Los ojos de Tajo Infectado saltaron de Arastha al extenuado lobo tumbado junto a ella. El animal dejaba que Arastha le acariciara el pelaje, y estiraba el cuello cada vez que la mujer le rascaba entre las orejas con las uñas.

—No lo entiendo.

—¿A que soy mala por burlarme de él y confundirlo de este modo? —le dijo Arastha al lobo, al tiempo que jugueteaba con su larga oreja derecha—. Necesito que regreses al túmulo del que viniste, Tajo Infectado. Por un tiempo.

—¿Por qué? —Ni siquiera quería pensar en aquel lugar, mucho menos volver a verlo.

—Como comandante de campo, y como escolta de un guerrero honorable. Y para fortalecer los lazos que te unen a tu nueva manada.

—¿Qué guerrero? ¿Qué manada? No he...

—Lo sé —atajó Arastha—, pero lo harás. Esta noche, antes de tu partida, Espina de Alcaudón realizará el rito.

—¿Quién?

El lobo que yacía junto a Arastha levantó su poderosa cabeza y observó a Tajo Infectado con clínica indiferencia. Mientras ambos machos se sostenían la mirada, el cuerpo del lobo feroz se estiró, se fundió y desapareció hasta que sólo quedó un hombre desnudo tendido al lado de Arastha. Una tupida red de vello negro rizado le cubría el pecho y los hombros, salvo en el claro donde podía apreciarse la espiral sobre su hombro derecho y en izquierdo, sobre el que exhibía una luna creciente. Los intensos ojos plateados continuaron escrutando a Tajo Infectado desde un rostro enmarcado por una sedosa melena negra.

—Ya casi es la hora —dijo el hombre.

—Éste es Espina de Alcaudón —presentó Arastha—. Hace poco que ha llegado, procedente de la Colmena de las Lágrimas del Prisionero. Ayudó en la toma de tu antiguo hogar. Aquella victoria le costó la pérdida de todos los queridos miembros de su manada. Aun así, le queda una labor muy importante por ejecutar allí, y se ha unido a nosotros para asegurar el éxito de su misión, tras renunciar a su Colmena natal en el lejano sur.

Tajo Infectado procuró no torcer el gesto al escuchar la frase «renunciar a su Colmena natal».

—Por tanto, deberás conducirlo a través de nuestros túneles y ocuparte de que llega sano y salvo a tu antiguo hogar —continuó Arastha—. Debe llegar allí sin sufrir ningún percance, para desempeñar su trabajo. Tú te ocuparás de que así sea.

—¿Qué trabajo? —preguntó Tajo Infectado, que intentaba mirar a los ojos a Arastha y a Espina de Alcaudón al mismo tiempo.

Arastha sonrió, con la mentira asomada a sus ojos.

—El astuto Espina de Alcaudón sabe más acerca de tan intrincados asuntos que tú y que yo. Es un visionario, depositario de los más prolijos dones de discernimiento que pueda otorgar el Padre. Te los explicará por el camino en menos tiempo del que me llevaría a mí describirlos ahora.

—Pero antes, ¿tengo que unirme a su manada? —Tajo Infectado se esforzó por no proferir un gruñido. En su hogar, en su hogar *anterior*, nadie tomaba ese tipo de decisiones para un hombre lobo sin el previo conocimiento del hombre lobo en cuestión—. ¿Por qué?

—Unirse no es la palabra adecuada —repuso Arastha, acariciando de arriba abajo la musculosa espalda de Espina de Alcaudón con el dedo corazón—. Os convertiréis en una nueva manada. Vosotros dos y un tercero. Cada uno velará por la seguridad de los demás y os mereceréis el favor del Padre por medio de la consecución de la visión de Espina de Alcaudón. Actuaréis como uno solo. Tú, mi tenaz Tajo Infectado, has sido un solitario entre nosotros durante demasiado tiempo. Otros miembros de la Colmena han comenzado a jugarse a las tabas tu potencial adhesión a sus respectivas manadas. No soporto ver cómo alguien tan valioso se convierte en carne de apuestas.

El rostro de Tajo Infectado ardía con rabia contenida, pero no dijo nada.

—Deberíamos comenzar —intervino Espina de Alcaudón, antes de erguirse sobre sus rodillas y salir de la cama de Arastha. Cuando lo hizo, Tajo Infectado vio que le adornaba el estómago una cicatriz que simbolizaba el cayado de pastor retorcido del Wyrn Profanador. La cabeza del dibujo rodeaba el ombligo del hombre, y el bastón desaparecía en la mata moteada y empapada de vello sobre su pubis—. Será mejor que reúna a los demás antes de que se haga tarde.

Sin hacer ademán de vestirse, el hombre moreno se dirigió hacia Tajo Infectado con una tenue sonrisa ausente. Tajo Infectado se sobrepuso al impulso de asir aquella lustrosa melena y estamparle el rostro contra el suelo. Se limitó a observar el alejamiento del hombre, cuya espalda se adornaba con el producto de una última escarificación. Se trataba del caótico símbolo arremolinado de la tribu de los Danzantes de la Espiral Negra. Tajo Infectado lo conocía bien; le habían tatuado una marca parecida entre el pulgar y el índice de su mano derecha al elegir esa Colmena como hogar.

Antes de que Espina de Alcaudón hubiese salido de la estancia, Tajo Infectado preguntó:

—¿Quién es el otro?

—Uno como tú y como yo, y como ninguno de los dos —respondió Espina de Alcaudón—. Al igual que tú, es un Ahroun. Al igual que yo, perdió al resto de sus compañeros de manada en nuestra guerra. Al contrario que nosotros, nació como miembro de pleno derecho de esta tribu, no es un mero converso.

—¿Qué más sabes acerca de él?

—Que es obediente y leal. En cuanto se lo pedí, accedió a montar guardia frente a la puerta de la cámara mientras Arastha y yo te esperábamos. Le dije que nos anunciara tu llegada.

—Mira que tardaste en llegar aquí —intervino Arastha, con una sonrisa perversa. Sus ojos destellaban a la luz de las antorchas.

—Seguro que lo has visto.

—Así es —respondió Tajo Infectado. Le enseñó los dientes a Espina de Alcaudón—. Tendrás que ir a buscarlo si quieres que venga.

Espina de Alcaudón miró a Arastha de reojo. La mujer se limitó a dedicarle una sonrisa.

—No creo que te cueste seguir su rastro. Anda y tráelo, mi brioso Espina de Alcaudón. Tajo Infectado esperará conmigo a que regreses.

Espina de Alcaudón miró a Tajo Infectado, sonrió, y volvió a fijarse en Arastha.

—Desde luego. Me tomaré mi tiempo.

—No digas tonterías. Apresúrate a traer aquí a tu compañero de manada, ahora que Tajo Infectado sigue estando presentable. —Sus ojos se posaron en Tajo Infectado—. Yo te ayudaré a prepararte para el Rito del Tótem. Vas a necesitar toda la energía y la inspiración que pueda proporcionarte cuando regresen Espina de Alcaudón y Astillahuesos. Cuando dé comienzo el rito, tendréis que decidir cuál de los tres va a ser vuestro alfa. —Se sentó en la cama, se desperezó con indolencia, exponiendo el cuello, y se recostó de modo que las puntas de sus tres trenzas rozaran la almohada. Las aletas de la nariz de Tajo Infectado se dilataron y sus ojos bebieron ávidos de la imagen de aquel cuerpo—. Yo te ayudaré a prepararte, si es que eres capaz, Tajo Infectado.

—Sí. —Sabía qué tipo de ritos de manada eran los predilectos de Arastha, pero aquello no le importaba. Lo que requería toda su atención era lo que tenía delante. Lo que la mujer le estaba ofreciendo en aquellos momentos era mucho más importante que arrebatarle el puesto de alfa a Espina de Alcaudón cuando comenzara el rito.

Capítulo cinco



Cazadora de Lluvia abandonó la cabaña para reunirse con su manada poco después de que Karin Jarlsdottir se hubiese despedido, pero Mephi permaneció allí durante un buen rato. Mientras se consumían los troncos de la chimenea, revisó los mapas topográficos, las toscas cartas estelares y los apuntes manuscritos que se habían quedado encima de la mesa, intentando familiarizarse siquiera de pasada con el lugar al que se dirigiría a la noche siguiente.

Mientras recorría con la mirada las hojas desplegadas ante él, sus pensamientos continuaban anclados en Melinda Buscadora de Luz. ¿Qué hacía ella ahí? ¿Cuándo se había unido a la manada, y cuándo había cruzado el Atlántico? ¿Cuánto hacía que había llegado? Si aún se sentía dispuesta a sincerarse con él igual que cuando habían sido amigos, tendría que hacerle todas esas preguntas y más. Si no, que era lo más probable, tendría que intentar sonsacar a su manada.

Cuando se le hubo ocurrido aquella idea, Mephi se detuvo con el ceño fruncido. Cazadora de Lluvia había dicho que lo conocían porque Melinda les había hablado de él. ¿Qué significaba aquello, exactamente? Si los lazos emocionales y espirituales que vinculaban a Melinda con su manada eran tan fuertes como se suponía

que debían serlo tras el Rito del Tótem, lo más probable era que ella ya les hubiese hablado del tiempo que pasó junto a él tras su Primer Cambio. Si se lo había contado, Mephi iba a tenerlo difícil para ganarse su confianza, no digamos ya para averiguar nada.

Se estremeció, incómodo de repente. Ya se encontraba en desventaja, por el mero hecho de no pertenecer a la manada... a ninguna manada, ya puestos. Era consciente de que los vínculos de una manada de hombres lobo, en principio, unían a los miembros de la misma con más fuerza que los lazos familiares, aunque sus experiencias familiares personales tampoco pusieran muy alto el listón. Si Melinda les había contado toda la verdad acerca de él a los miembros de su manada, se podría considerar afortunado si el trato brusco de Cazadora de Lluvia era la acogida más calurosa que recibía por parte de cualquiera de los componentes del Viento Errante.

—Demonios —masculló por encima del hombro, en dirección a su cayado con cabeza de cobra, sin mirarlo directamente—. Me podría dar por satisfecho si no se limitan a partirme la cara sin más.

—¿Todavía llevas eso auestas? —inquirió una voz conocida desde el umbral de la puerta, detrás del asiento de Mephi. Sobresaltado, se giró y se incorporó al mismo tiempo—. Yo creía que ya lo habrías tirado.

Los ojos de Mephi embebieron la visión de una mujer que le costó reconocer, pero que había llegado a ser como una hermana para él en el pasado. La recordaba dos dedos más baja que él, diferencia compensada ahora por los tacones de sus robustas botas de montaña. La larga pelambreira de apretados rizos por la que antaño hubiese pasado sus dedos era ahora un halo de cabello corto ondulado que conseguía que su rostro enjuto no pareciera tan largo como él lo recordaba. Un par de diminutos pendientes

con forma de luna creciente le adornaban los lóbulos de las orejas, y el símbolo de los dos zarpazos cruzados propio de su tribu, los Señores de la Sombra, le adornaba los dorsos de las manos. La grasa corporal que en el pasado le hiciera parecer débil y necesitada de protección se había evaporado, dejando atrás tan sólo unas tersas curvas femeninas esculpidas en vetas de músculo sólido. Sostenía el cayado de Mephi ante ella con ambas manos, fingiendo examinar con sus ojos de oro anaranjado la cabeza de cobra que lo remataba, evitando cruzar la mirada con Mephi.

—Hola.

—Hola, Caminante —saludó Melinda Buscadora de Luz, con un poso del afecto depositado hacía tanto tiempo. Hablaba con voz cansina, como si aquella brizna de afectividad fuera una cruz con la que hubiese estado cargando hasta ese instante, en el que por fin había podido desembarazarse de ella. La lasitud desapareció cuando sus ojos se encontraron.

—Tienes una pinta estupenda —aventuró Mephi, procurando no sonrojarse.

—Las caminatas —repuso Melinda. Volvió a mirar el cayado—. El segundo mejor ejercicio físico posible.

—Eso he oído —convino Mephi, con una sonrisa compungida—. ¿Qué tal estás, Lin?

Melinda agachó la cabeza y le dedicó una mirada que podría haber fundido el cristal. Volvió a apoyar el cayado contra la pared.

—No me llames así.

—Perdona, Melinda. O Buscadora de Luz, si lo prefieres.

Melinda anduvo hasta colocarse enfrente de Mephi, con la mesa de por medio, y se cruzó de brazos. Observó los mapas desperdigados con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí, Mephi? De todos los lugares del mundo...

—El juicio —comenzó a balbucir Mephi—. Arkady, el Colmillo Plateado. Me enteré de que seguía con vida y de que iban a juzgarlo aquí.

—¿Y? —Los ojos de Melinda seguían clavados en la superficie de la mesa.

—Forma parte de *La saga de la Corona de Plata*, ¿recuerdas? Intentó robar el derecho de nacimiento del rey de los Colmillos Plateados, pero fracasó. Luego, en vez de ser ejecutado, lo enviaron de vuelta a su lugar de origen. Se suponía que ahora iba a ser juzgado por conspirar con el Wyrm. Sólo que no apareció...

—Todo eso ya lo sé —espetó Melinda—. He escuchado la historia de Arkady una docena de veces. Te he preguntado que por qué estás tú aquí.

—Ya me conoces —tartamudeó Mephi—. Quería conocer el final de la historia. Según *La saga de la Corona de Plata*, el villano se esfuma sin más, pero en cualquier historia que se precie debe ocurrir algo para que el villano se lleve su merecido. Tenía la esperanza de que este juicio lo consiguiera. La saga se queda algo coja si Arkady se limita a... desaparecer...

—En eso tienes razón. Ésa no es forma de terminar una buena historia, con uno de los personajes yéndose sin más para que nunca se vuelva a saber de él. Sé a lo que te refieres.

—Melinda, yo...

—Ahórratelo. ¿De veras es ésa la única razón que te ha traído aquí, Mephi?

Mephi pensó durante largo rato, sopesando los contras que implicaría confirmar la verdad. Podía decir que había venido en busca de ella. Podía decirle que sabía que ella había acudido a esta región y que se encontraba en este túmulo, rodeada de tantos y tan importantes hombres lobo. Podía decirle que ella era el único sedal capaz de arrastrarlo tan lejos de sus aguas preferidas. Quizá

una parte de ella quisiera creérselo. No obstante, se decantó por decir la verdad. Ella se daría cuenta si le contaba una mentira.

—Pues sí. Ésa es la única razón.

Una nube de tormenta nubló los sombríos ojos de Melinda. El silencio flotó entre ellos como algo tangible. La mujer alternó el peso de su cuerpo entre ambos pies, antes de acucillarse junto a la mesa baja. Clavó la mirada en los papeles y los nudillos en la madera, y no levantó la vista.

—No sabía que estuvieses aquí —dijo, al cabo.

—Yo tampoco sabía que fuese a venir, hasta el último minuto —repuso Mephi. También miró a la mesa, a falta de contacto visual.

—Me refiero a aquí. —Melinda golpeó los nudillos contra la mesa—. En esta habitación. No había venido para hablar contigo, si eso es lo que piensas.

—No. Esa Garras... Cazadora de Lluvia, me dijo que no querías verme esta noche.

—Sigue siendo verdad —dijo Melinda. Pretendió ordenar los papeles que tenía delante—. He venido para organizar los preparativos para mañana por la noche. Si hubiese sabido que estabas aquí...

—Ya —exhaló Mephi—. Lo mejor será que te deje a solas. —Torció el gesto en cuanto hubo pronunciado aquellas palabras.

—Adelante —invitó Melinda, mirando a la mesa todavía con más intensidad—. Tú sabrás lo que te conviene.

Mephi abrió la boca para replicar, pero no consiguió pronunciar palabra. Apretó los dientes en torno a un suspiro de vergüenza frustrada y se dio la vuelta para marcharse. Recogió el cayado apoyado junto a la puerta, arrastrando su punta, una bola sujeta por una garra, por las tablas y abrió la puerta. Antes de adentrarse en la gélida noche, se giró y volvió a mirar a Melinda.

—Buscadora de Luz —dijo, por encima del ulular del viento—. No voy a fingir que todavía conozco tu forma de pensar, pero sí que sé lo que debes sentir hacia mí. —La cabeza de Melinda se giró hasta revelarle su rostro. Una expresión melliza del odio fruncía sus labios y avellanaba su frente—. Lo que no sé es qué te impulsó a quererme a bordo de esta empresa. De esta «misión», como la llama el margrave.

—Soy una profesional. Cuando me parece que voy a necesitar ayuda, la pido, aunque resultara más sencillo evitar las complicaciones. Eso es lo que se hace cuando algo te importa.

Mephi agachó los hombros, y la cabeza.

—Ve y duerme un poco. Prepárate para partir mañana.

—Estaré listo.

—Bien. Venga, está entrando el frío.

Mephi asintió y salió de espaldas, sin mediar más palabra. Cerró la puerta. Cuando hubo dejado de ver a Melinda, asumió de nuevo su forma de Glabro y regresó al cementerio de la Colina de las Lamentaciones. Los muertos le harían compañía hasta que tuviese que volver a enfrentarse a los fantasmas del pasado.

Capítulo seis



Esa noche, en sueños, Mephi traspasó la osificada Celosía para aterrizar de pies y manos en el suelo del bosque. Los hilachos de gasa prendidos de su ropa, su piel y su cabello se desvanecieron al instante al contacto con el frío aire nocturno, proyectando hacia el cielo volutas blanco azuladas semejantes a las llamas de una ara. Las hebras le calaron los huesos de frío, y se estremeció para asegurarse de que todas ellas se desprendían de su cuerpo. Paseó la mirada por el calvero anochecido para comprobar que había regresado al mundo físico, en vez de volver a la Penumbra. Cuando se hubo convencido, se incorporó.

—Menudo paseo —dijo, dirigiéndose a todos y a nadie—. Otro viajecito como éste y tendré que plantearme comenzar a dormir en hoteles de ahora en adelante.

Se volvió hacia el cadáver del conejo que estaba a punto de convertirse en su cena y añadió:

—En cualquier caso, para mí se acabaron las hamacas. Que sepas que te echo a ti la culpa de esos desagradables vaivenes.

Mephi hizo una mueca y comenzó a desollar al conejo con su navaja. Cuando hubo terminado, se agenció un puñado de sólidos palos y los dispuso a modo de espetón improvisado encima del fuego que acababa de encender. Mientras trabajaba, mantenía los

oídos atentos por si escuchaba a algún espíritu. Había liberado al espíritu del conejo con un rápido agradecimiento por su sacrificio, pero no era ése el que le preocupaba. Se había quedado atascado al cruzar de regreso al plano físico desde el espiritual, y ese tipo de situaciones siempre atraía a otros espíritus. Mientras avivaba las llamas y comenzaba a girar el conejo por encima de la hoguera, aumentaba su tensión. Cada vez que se quedaba atascado en la Celosía, tenía que vérselas con un espíritu de algún tipo. No era cuestión de si viese algo, sino de...

—¿Cuándo? —preguntó en voz alta—. Dime, conejo. No es que haya visto a nadie por aquí, pero seguro que tú sí te cruzaste con alguien antes de que te despachara. No seas tímido, a mí me lo puedes contar.

—Dios santo —musitó una voz débil y atiplada, detrás de él—. Dios santo...

Mephi se incorporó de un salto y giró en redondo. Vio a un hombre agachado, con los brazos estirados hacia el suelo. El hombre estaba completamente calvo, pero una pátina de barba se enfrentaba a varias docenas de muescas por el control de su mejilla, otorgándole a su rostro un aspecto insalubre. Se cubría con unas arrugadas ropas de excursionista y calzaba unas agrietadas botas de cuero. Tenía los puños apretados, separados como si estuviese tensando un cordón o un trozo de tela invisibles. Los ojos del hombre gatearon por el suelo hasta llegar a los pies de Mephi, desde donde treparon hasta que ambas miradas se encontraron. No se detuvo allí, no obstante, sino que siguió alzando la vista hasta fijarla en un punto a un metro por encima de la cabeza de Mephi. Cuando el hombre hubo dejado de moverse, Mephi pudo ver a través de cuatro surcos profundos que le cruzaban la garganta. Si el hombre seguía levantando la cabeza, iba a

golpearse la coronilla entre los omoplatos. Mephi reconoció la forma de la herida casi al instante.

—Tranquilo —dijo Mephi, levantando las manos con las palmas hacia fuera—. No pasa...

—Jesús bendito. —El hombre seguía sin prestar atención a Mephi. Abrió los puños de golpe, y extendió los brazos hacia delante—. ¡Lo siento, lo siento, lo siento!

—Tranquilízate, vamos. —Mephi dio un paso adelante—. Yo no soy el que te hizo eso. Nadie va a...

Sin que pareciera siquiera que pudiese ver a Mephi, el hombre cerró los ojos y volvió la cabeza.

—Dios santo, lo siento... —Cuando hubo pronunciado aquellas palabras, echó la cabeza hacia atrás de golpe, convirtiendo las cuatro heridas de su garganta en líneas rectas. Se enderezó como si una fuerza invisible lo hubiera levantado por los aires. Permaneció allí colgado, retorciéndose igual que un róbalo sacado del agua por la caña de un pescador, hasta que la fuerza invisible que lo mantenía en suspensión lo arrojó contra el suelo. Aterrizó convertido en una maraña de apéndices inertes y comenzó a perder consistencia. Antes de desaparecer, consiguió boquear—: Lo siento...

—Yo también lo siento por ti —musitó Mephi—. Me parece que te metiste con quien...

El sonido de algo que se acercaba detuvo en seco su reflexión. Mephi se giró para ver cómo su muerte cargaba contra él a través del monte bajo igual que un tren de mercancías. Le dio tiempo a distinguir un pelaje negro y unos ojos rojos que se le echaban encima precedidos por un vendaval de garras goteantes, antes de rodar a un lado para salirse de su camino. Un aullido desgarrador hendió la relativa tranquilidad del calvero al tiempo que un torbellino ennegrecido de colmillos, garras y harapos al viento

pasara por encima de él como una exhalación, para sumergirse de cabeza en el manto de hojas y raíces del suelo.

Mephi se puso en pie de un salto, al tiempo que adoptaba su forma de Crinos. Dejó que una oleada de ímpetu guerrero y su instinto de supervivencia lo impulsaran hacia delante y saltó sobre el ser que había estado a punto de destriparlo. Aterrizó de rodillas sobre su espalda y se agachó para sujetarle los codos con las manos. Aquella posición le confería la ventaja del apoyo, y su experiencia le proporcionaba la superioridad táctica. La bestia del suelo, el hombre lobo, estaba fuera de sí, bien fuese a causa del dolor, la rabia o el terror. No advertía la presencia de Mephi más que el fantasma del hombre al que, sin duda, había asesinado.

No se podía combatir con un hombre lobo en ese estado, Mephi lo sabía, pero si conseguía inmovilizarlo y retener la ventaja, podía evitar que el ser se metiera en más problemas de los que ya tenía. Al menos, eso era lo que suponía Mephi. Era la primera vez que se enfrentaba a otro hombre lobo en un mano a mano, y menos a uno que fuese presa del frenesí.

Por suerte, la teoría aventurada por Mephi demostró ser cierta a corto plazo. Mientras sujetaba al frenético hombre lobo debajo de él, sus denuedos amainaron y, por fin, comenzó a encogerse. No tardó en pasar de ser un aullador hombre lobo enloquecido a convertirse en una muchacha de unos quince años de edad con las mejillas surcadas de lágrimas. Tras sofocar su propia ansiedad, Mephi se acuclilló junto a la joven y la sujetó tras recuperar su forma homínida. Lo que quedaba de las ropas de la muchacha colgaba de su cintura y sus hombros. Tenía los brazos bañados en sangre hasta los codos. Sangre que no parecía suya.

—Tranquila —dijo Mephi. Dejó que la joven rodara hasta quedar tendida de espaldas, pero no la soltó. Vio cómo tenía los

ojos en blanco y seguía intentando zafarse para escabullirse a saber dónde—. No pasa nada.

A modo de respuesta, la muchacha dio un brinco e intentó morderle en la mejilla. Mephi se apartó de un salto. La joven se escabulló a rastras. Cuando Mephi quiso darse cuenta, la muchacha se había acuclillado sobre los dedos de los pies y mantenía el equilibrio ayudada por los de las manos. Una cuerda de nilón pendía rota de su tobillo izquierdo. La bruma escarlata comenzaba a escampar en sus ojos, pero la única luz que los alumbraba era la del terror. Mephi se puso de pie y le ofreció las manos, con los dedos extendidos. La joven se limitó a inhalar bocanadas entrecortadas entre dientes y a mirarlo con los ojos desorbitados.

—Tranquilízate, venga —dijo Mephi, con voz profunda y cabal. Dobló la rodilla para dar un paso, y la muchacha retrocedió como si acabase de tocar un cable de alta tensión—. Yo no soy el que te ha hecho eso.

—Dios santo —dijo una voz atenuada, detrás de él.

Sin pensar, Mephi se giró en redondo para ver la misma aparición calva, medio agazapada y con el mismo aspecto pálido de temor. Mephi volvió a girarse a tiempo de ver cómo la joven huía a la carrera. Cuando el fantasma comenzó a repetir sus últimos movimientos de nuevo, Mephi emprendió la persecución, breve y desigual. La chica, aterrorizada, hacía tanto ruido como tres personas mientras surcaba las tinieblas y tropezaba con todas las ramas, piedras y hoyos ocultos del suelo del bosque. Mephi, más acostumbrado a viajar de noche por terrenos abruptos, cogió a la muchacha antes de que ésta pudiera partirse el cuello contra una rama baja o barrera algún terraplén con las posaderas. La envolvió con sus brazos nervudos y la levantó en volandas. La joven forcejeó y pataleó, pero Mephi prefirió dejarse caer al suelo con

ella antes que volver a soltarla. La sujetó hasta que se hubo extenuado, y más, hasta que el agotamiento hubo aplomado sus articulaciones. Cuando se hubo quedado quieta, la levantó y le echó su guardapolvo nuevo por encima. La joven se arrebujó contra su pecho igual que un bebé mientras la ayudaba a incorporarse.

—Nadie va a hacerte daño —le susurró mientras la llevaba de vuelta a su campamento—. Ya no. No tienes por qué tener miedo.

Cuando hubo regresado a su pisoteado espetón y a su cena de conejo rebozado en tierra, depositó a la muchacha a la luz de la luna creciente y se sentó junto a ella. Observó que le había roto el fornido cayado de madera de roble durante su previo asalto en forma de Crinos.

—Mira lo que has hecho, niña —susurró, al tiempo que le apartaba un largo mechón jaspeado de la frente—. Acabo de darme cuenta. Me parece que vamos a tener que saldar cuentas más tarde. Por ahora, duerme, pareces molida. Y desorientada. Muy desorientada.

La joven se agitó en su sueño intermitente y se acercó a Mephi. Éste la envolvió aún más en su abrigo y le atusó el cabello con los dedos para recogerse detrás de una oreja. La muchacha estiró el cuello y abrió sus ojos legañosos, sin ver.

—No te preocupes, cachorra —murmuró Mephi, cerrándole los párpados con un roce de las yemas de sus dedos—. Estaré aquí cuando despiertes. Yo te ayudaré a pasar por esto. Por ahora, descansa. Cierra los ojos y sueña con tu hogar.



Mephi se despertó desorientado sobre el suelo frío y pedregoso, delante del cementerio. Levantó la cabeza de sus patas

delanteras y miró a la derecha, esperando ver a Melinda allí tendida, acurrucada junto a él para calentarse. Sólo la cabeza de cobra de su cayado le devolvió la mirada. Las sombras alargadas ganduleaban a su alrededor. La decepción brotó cogida de la mano de la percepción del presente. Exhaló un suspiro por la nariz. Se levantó, se desperezó al máximo, como si estuviera orando ante las tumbas de los héroes sagrados, y volvió a asentarse sobre sus posaderas.

Cuando el hambre rugió en sus tripas, Mephi se relamió los belfos y se estiró hasta recuperar su forma de Homínido. La ausencia de pelaje y la mayor superficie de su apariencia humana no contribuían a combatir el frío, por lo que no tardó en asumir la forma de Glabro. Aquello estaba algo mejor, aunque no lo suficiente para sentirse cómodo por completo. Acababa de despuntar el alba, a juzgar por la dirección y la longitud de su sombra; puede que el día se caldeara en cuanto el sol ascendiera hasta su cénit. Lo esperaba con fervor.

—Pensaba que los Caminantes eran inmunes a las inclemencias del tiempo —comentó una voz rica en matices, en el preciso instante en que Mephi se percataba del sonido de las pisadas a su espalda—. Creía que era algo propio del territorio.

Mephi se volvió para observar la familiar figura del Guardián de la manada, Brand Garmson, aproximándose a él. El enorme Carnada de Fenris se detuvo cerca de Mephi y miró por encima de él, hacia el cementerio.

—¿Qué territorio?

El Fenris frunció el ceño por un momento, antes de responder.

—Ya... Se me olvidaba que vosotros no tenéis hogar.

Mephi reprimió un gruñido y se recordó que sólo era un huésped allí, así como el hecho de que ese Guardián de la manada probablemente podría pulir hasta la última piedra del poblado

con él, antes de enviarlo al siguiente protectorado de una patada. No hacía daño guardar las formas de vez en cuando.

—Puedes adaptarte a este frío, Caminante —insistió el Guardián, aún sin mirar a Mephi—. ¿Por qué no lo haces?

—Es un regalo de la piadosa Gaia —repuso Mephi, procurando que no le castañetearan los dientes—. Prefiero no hacerlo hasta estar de servicio. Si no, me parecería un desperdicio. Ya sabes. No se aplasta a una mosca con una piedra. Además, tampoco hace tanto frío.

Garmson soltó un bufido risueño, antes de apoyar sus puños carnosos en las caderas. Le dedicó una fugaz mirada de soslayo a Mephi, antes de volver a fijarse en el campo santo. Sus alientos se tornaban bruma, se entremezclaban y se alejaban flotando a lomos de la brisa. Mientras los blancos penachos desaparecían, Mephi se preguntó si estarían cruzando la Celosía para adentrarse en la Umbral Oscura y atormentar a los muertos.

—Los guardas jóvenes dicen que has pasado aquí toda la noche —continuó Garmson, tras una breve pausa—. Antes y después de que la *Greifynya* enviara a buscarte.

—Así es.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Trabajo de campo. Y dormir un poco. No está abarrotado de desconocidos.

—Cualquier lugar al que vayas estará lleno de desconocidos —dijo Garmson, sin asomo de burla ni conmiseración en su voz. Para él, era una verdad constatada.

—Ya —dijo Mephi. Para él también lo era.

—¿Ya has terminado con tu «trabajo de campo» y tu siesta?

—Aja —contestó Mephi. Sus mandíbulas crujieron en torno a un largo bostezo—. Además, ya es hora de saludar al sol.

—Eso pensaba yo. Llevas haciendo lo mismo desde que llegaste. Quizá hoy sea el último día que tengas esa oportunidad.

Aquel comentario desconcertó a Mephi, hasta que se imaginó las palabras que Garmson había omitido. Aunque el Saludo al Sol era un sencillo ritual de alabanza a Helios (o a Ra, como prefería denominarlo él), Mephi procuraba no pasarlo por alto ningún día. Aunque no fuese por otra cosa, mantenía sus cuerdas vocales en plena forma, pero también constituía una rutina reconfortante. Un ancla cuando se perdía todo lo demás. Al parecer, Garmson se había percatado de ello y no había querido que Mephi se perdiera el amanecer del que sería su último día en el clan de la Forja del Klaive.

—Ya, bueno. —Recogió su cayado del suelo. A lo mejor la impresión que había llegado a forjarse el Guardián de él no era tan mala como se había imaginado—. Gracias.

—De nada —repuso Garmson, con un asentimiento imperceptible—. Ahora, vete. Quiero estar solo.

Mephi abrió mucho los ojos, ofendido, pero se mordió la lengua al darse cuenta de lo que había estado mirando Garmson todo el tiempo. El Guardián no perdía de vista una de las lápidas más recientes del cementerio; la que exhibía el nombre y las gloriosas hazañas de su hijo, recientemente fallecido. Mephi, sintiéndose intruso, se dio la vuelta y dejó al anciano a solas con sus recuerdos y su dolor.

Capítulo siete



Un puntapié en las costillas despertó a Tajo Infectado poco antes del amanecer. Profirió un gruñido y lanzó un manotazo lánguido en la dirección de la que había venido el golpe. Falló, por suerte, dado que era Arastha la que se lo había propinado. Se sentó en la cama y se restregó la mano por la cara cuando se dio cuenta de que ella estaba allí.

—Levántate —ordenó Arastha, mientras caminaba hacia el otro lado de la cama para despertar a Astillahuesos y a Espina de Alcaudón—. Toda una vehemente generación de Galliard contiene la respiración, a la espera de que dé comienzo vuestra obra.

Tajo Infectado lanzó un gemido y desenredó las piernas del nudo formado por el musculoso y peludo brazo de Astillahuesos y el cuello de Espina de Alcaudón. La propia Arastha era una Galliard, por lo que Tajo Infectado se abstuvo de decirle dónde podía meterse su vehemencia la generación a la que se había referido. Le dolía la espalda, le dolían las piernas y le dolía la garganta después de toda una noche de aullidos. Le dolían todas las partes del cuerpo que podía palpase con la mano. Mano que también le dolía.

—Arriba, Espina de Alcaudón —dijo Arastha, propinándoles un coscorrón a los otros dos—. Despierta Astillahuesos. Esta

nueva familia tiene que comenzar su viaje. Todos vosotros, revivid enseguida.

Astillahuesos fue el siguiente en despertar. Se frotó una película de mucosa que le cubría los grandes ojos con el dorso de una zarpa de Crinos. Espina de Alcaudón abrió los ojos a continuación. Se incorporó sobre las rodillas y se estiró encima de la cama, igual que un perro. No parecía magullado en absoluto, hasta que se sentó, se enderezó y se desperezó. La mueca que vio Tajo Infectado en el semblante de Espina de Alcaudón consiguió que todo el esfuerzo de la noche anterior hubiese merecido la pena.

—Pero qué muchachos más adorables —dijo Arastha, cuando todo el mundo se hubo despertado. El ajustado traje de cuero que vestía crujió cuando se puso las manos en las caderas—. Mira que sois encantadores. Sería una bendición del Padre si pudiera pasarme toda la mañana embelesada delante de vosotros.

Tajo Infectado cogió la indirecta y fue el primero en salir de la cama de Arastha. Los otros dos se apresuraron a hacer lo propio.

—Espera —dijo Arastha, invitándole a levantarse sujetándole la barbilla con uno de sus largos dedos—. Antes, responde. ¿A quién habéis elegido como alfa?

Tajo Infectado y Espina de Alcaudón miraron a Astillahuesos, que agachó la cabeza y se rascó el hocico de quiróptero.

—A mí —respondieron ambos a la vez, mientras Astillahuesos guardaba silencio. Se lanzaron sendas miradas fulminantes, antes de volver a encararse con Arastha.

—Ya veo. Pasó lo mismo anoche, cuando conseguisteis extenuarme de esa forma tan deliciosa entre los tres. ¿Habéis comulgado con un espíritu tótem durante mi ausencia?

—Hakaken —dijo Astillahuesos—. Dijeron que era Hakaken.

—El Corazón del Miedo —musitó Arastha, rascando a Astillahuesos entre las orejas. Sus ojos mantenían a Tajo Infectado y a Espina de Alcaudón paralizados en el sitio—. De la Bestia de Guerra, aunque su linaje no le priva de nobleza. ¿Conoces la historia de Hakaken? Era un Señor de la Sombra pagado de sí que pretendía bailar la Espiral Negra para destruir el mismísimo corazón del Laberinto Fragmentado. Creyó que podría soportar la verdad acerca de lo que somos y el poder de lo que sabemos. Llegó a bailar incluso hasta la Octava Espiral, la que se conoce como la Danza de la Paradoja. Cuando la Perdición de los Enigmas le preguntó de qué tenía miedo, Hakaken se limitó a responder: «de la verdad». Nuestro Padre se sintió tan satisfecho que convirtió a Hakaken en el Corazón del Miedo cuando la gloriosa bestia hubo superado la prueba del Noveno Círculo de la Espiral.

Espina de Alcaudón asentía a medida que Arastha desgranaba su relato, Astillahuesos escuchaba con los ojos como platos, absorto, mientras que Tajo Infectado se limitaba a esperar. No le importaba tanto quién había sido Hakaken como lo que éste podría hacer por él y cómo esperaba que le devolviera el favor.

—¿Cuál de vosotros, mis abigarradas almas, ha hablado con el terrible Hakaken? —quiso saber Arastha.

—Yo —dijeron Tajo Infectado y Espina de Alcaudón. Astillahuesos permaneció callado.

—¿Los dos? —musitó Arastha—. ¿Ni siquiera él elevó a uno por encima del otro?

—No, señora —respondió Tajo Infectado.

—¿Y ninguno piensa someterse al mando del otro?

—Llevan toda la noche sin querer someterse —rezongó Astillahuesos.

—Así pues, dado que no pensáis ceder ante el otro —dijo Arastha, con el primer atisbo de auténtica irritación en su voz

edulcorada—, ni ante mí, tendréis que acatar la Letanía Oscura. *Servirás al Wyrn en todas sus formas.* Eso incluye las visiones recibidas por Espina de Alcaudón. Se os encomienda a los tres que convirtáis esos presagios en realidad a cualquier coste. Siguiendo, *Respetarás a todos los que sirvan al Wyrn.* Trabajaréis juntos, o el Devorador de Almas dispondrá de todos vosotros. Sabed también que *No desafiarás al líder en tiempo de guerra.* Estamos en guerra. Desde este momento hasta que se derrumbe la red de la Tejedora. Por último, *Respetarás el territorio del prójimo.* Trabajaréis juntos, sin cuestionar los puntos fuertes de los demás. Tajo Infectado, tú te ocuparás de que Espina de Alcaudón viva para ver sus visiones convertidas en realidad. Espina de Alcaudón, acatarás las órdenes de Tajo Infectado relativas a tu supervivencia. Tajo Infectado, cuando Espina de Alcaudón llegue a tu antiguo hogar, obedecerás sus dictados. El Padre le ha hablado, y tú no eres quién para cuestionar la voluntad del Padre. Astillahuesos, harás todo lo que se te ordene. ¿Hace falta que continúe?

Los tres Danzantes de la Espiral Negra negaron con la cabeza.

—¿Ha quedado claro? —insistió Arastha. Sus palabras rezumaban cólera, y el cuero que la constreñía comenzaba a darse de sí frente a la presión ejercida por el abultamiento de sus músculos.

Los tres asintieron.

—[Que responda vuestro alfa! —ladró Arastha.

—Ha quedado claro, señora —dijo Tajo Infectado, en cuanto la mujer hubo pronunciado la palabra «alfa». Espina de Alcaudón no le contradijo, ni siquiera hizo ademán de abrir la boca. Al parecer, el Theurge comenzaba a darse cuenta, al igual que Tajo Infectado, de que la señora no tenía intención de tolerar sus rencillas ahora que había trabajo que hacer.

—Así pues, ¿quiénes sois? —preguntó Arastha, volviéndose hacia él y colocándose justo enfrente de él. Sus ojos eran dos ascuas al rojo. Una de las luces prometía una recompensa mucho más satisfactoria que cualquiera de los divertimentos de la noche anterior, siempre que le diera la respuesta adecuada. La otra le advertía a Tajo Infectado de que Arastha pensaba arrancarle la garganta con sus romos dientes de Homínida si se atrevía a pronunciar la respuesta equivocada.

—Yo soy Tajo Infectado —ladró a su vez, sin asomo de temor ni vacilación.

—¿Quiénes sois? —volvió a exigir Arastha, extendiendo los brazos en un ademán impetuoso que los cogió a todos desprevenidos. Una de las ascuas de sus ojos se apagaba, mientras la luz de la otra arreciaba. A Astillahuesos comenzaron a temblarle las manos, y las garras de sus pies tabletearon contra el duro suelo de piedra. Espina de Alcaudón hizo todo lo posible por no amilanarse.

—[Somos una manada! —respondió Tajo Infectado—. [Somos la Visión de Nuestro Padre!

Espina de Alcaudón esbozó una sonrisa al escuchar aquel improvisado bautismo, y Astillahuesos asintió con tanto fervor que un hilacho de baba escapó de sus labios para rociarle el pelaje que le cubría el pecho. Los vínculos que unían al trío resonaban con armonía.

—¿Quiénes sois? —exclamó Arastha, acercando el rostro a menos de un centímetro de la nariz de Tajo Infectado. Resollaba como un fuelle, sus senos bregaban por fugarse de su celda de cuero, tenía las mejillas teñidas de escarlata, el cuello cuajado de tendones esculpido en alto relieve. Hasta ese momento, había escuchado las respuestas adecuadas. Sólo la luz de un ascua alumbraba sus ojos—. ¿Quiénes?

—¡La Visión de Nuestro Padre! —aulló Astillahuesos, brincando y levantando las manos. Espina de Alcaudón comenzó a gruñir, contagiado de la exultación de Astillahuesos. Las aletas de la nariz de Tajo Infectado se dilataron, y pudo oler la excitación de Arastha.

Arastha miró a la sublimada bestia en forma de Crinos, antes de atravesar con la mirada a Espina de Alcaudón.

—¿Quién? —le gritó al Theurge.

—¡Bastardos de Hakaken! —voceó Espina de Alcaudón, al tiempo que adoptaba la forma de un lobo. El sonido se convirtió en un aullido clamoroso que inundó la cámara de ecos. El calor se deslizaba por la piel de Tajo Infectado igual que un reguero de aceite por un curso de aguas cristalinas.

Arastha se giró hacia Tajo Infectado con los ojos encendidos por el fuego de una Pira de Corrupción alimentada por su pasión. Las imágenes del Wyrn Profanador, G'louogh y Mahsstrac, serpentearon en el mosaico calcificado que colgaba encima de la cama.

—¿QUIÉNES SOIS? —bramó, asiendo los cabellos de Tajo Infectado y levantándolo de su asiento.

—¡Somos el Corazón del Miedo! —respondió Tajo Infectado. Se abalanzó sobre Arastha y la prendió, dispuesto a cubrirla allí mismo—. ¡Somos bastardos del Padre! ¡Somos la Visión de Nuestro Padre!

Arastha se zafó de su presa con una grácil finta, pero sus ojos les prometían a los tres un sin fin de recompensas que estarían esperándolos a su regreso. Cuando la furia y la gloria del momento hubieron alcanzado su cúspide, se vistió con el hermoso manto de su forma de Crinos y dejó escapar un aullido de éxtasis sublime.

—Preparaos, desdichados —prevenía el aullido—. Preparaos, pues la Visión de Nuestro Padre anda cerca. ¶Preparaos y temblad, pues aquí vienen!

Tajo Infectado y Espina de Alcaudón adoptaron sus formas de Crinos, al igual que Astillahuesos, y se sumaron al aullido.

—¶Preparaos y temblad! —le aullaron a cualquiera que se fuese a poner en su camino—. ¶Allá vamos!

Capítulo ocho



Mephi dedicó el resto de la mañana y la mitad de la tarde a deambular de un altar de manada a otro, por el territorio del clan de la Forja del Klaive, antes de regresar a las tumbas de los héroes sagrados. No habló con nadie, ni buscó compañía alguna durante las largas horas que precedían a su partida.

Cuando la luz del día comenzó a atenuarse, dejó de arrastrar los pies y se dirigió a la cúspide yerma de la Colina de las Lamentaciones. Allí era donde la manada del Guarda iba a abrir el puente lunar para el clan del Cielo Nocturno, y era allí donde Mephi iba a reunirse con el resto de la manada de Melinda Buscadora de Luz. Esperaba que, cuando lo hiciera, la reacción de los hombres lobo le proporcionara alguna pista sobre lo que Melinda les había contado acerca de él. Aunque no ardía en deseos de descubrirlo, lo mejor sería pasar por ello cuanto antes.

—Lo que no vas a conseguir nunca —musitó—, si te quedas aquí hasta que salga la luna. Avíate, Caminante.

Tras aquella exhortación poco entusiasta, recogió su cayado y se dirigió al troté hacia el lugar donde estaba seguro de que ya estaría esperando todo el mundo. Sus largas zancadas devoraron la distancia, y los vagabundeos a los que había dedicado casi todo el tiempo desde que llegara, hacía casi una semana, le indicaron el

camino sin sombra de duda ni error. Llegó en un suspiro, para encontrar a un grupo de cinco hombres lobo que lo esperaban.

Sólo reconoció a tres de ellos, pero todos siguieron sus evoluciones con la mirada en cuanto apareció. Los que conocía eran Brand Garmson, Cazadora de Lluvia y el Guarda del clan. Garmson y el Guarda permanecían juntos, conversando y señalando en dirección al lugar por donde no tardaría en asomar la luna. Cazadora de Lluvia y los otros dos hombres lobo se agrupaban enfrente de ellos. Varias bolsas y mochilas de viaje yacían en el suelo entre los Fenris y los «vagabundos» que componían parte del Vi-ento Errante.

De los dos hombres lobo que Mephi no reconoció, uno parecía nativo de la zona, mientras que el otro ofrecía el aspecto de un universitario que se preguntara dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. El cabello del «universitario» era cobrizo oscuro, y lo llevaba muy corto. Se cubría con un traje de esquíador immaculado, negro con una franja diagonal de color blanco. Su bufanda y sus guantes iban a juego, y sus botas apenas exhibían rozaduras en las punteras. No llevaba armas encima, según podía ver Mephi, y el brillo vehemente de sus ojos sugería que era de los que prefería recurrir a las palabras antes que a la fuerza. Mephi se preguntó cuánto llevaría aquel muchacho con la manada, si todavía podía permitirse hacer gala de aquella actitud.

Por el contrario, los abultados músculos y la expresión avinagrada del otro suplían con creces las aparentes carencias del universitario. Aunque le sacaba menos de una cabeza a su compañero, sus espaldas eran el doble de anchas. Un martillo pesado, similar al de Karin Jarlsdottir, descansaba cabeza abajo junto al hombre. Esgrimirlo no debía de suponerle ningún problema, a juzgar por sus antebrazos, casi tan gruesos como los muslos del universitario. Tenía el cabello y la barba de color castaño claro,

con mechas plateadas. Permanecía en pie, de brazos cruzados, atento tan sólo a sus pensamientos. Mephi se acercó con cautela.

—El margrave no ha venido para despediros —dijo Brand Garmson, sin preámbulos, en cuanto Mephi se hubo sumado al grupo—, pero os desea que tengáis éxito. También os garantiza que seréis bien recibidos en el clan del Cielo Nocturno en su ausencia. Os ruega que no prolonguéis vuestra estancia allí cuando lleguéis, y que os apresuréis a regresar cuando hayáis terminado vuestra labor.

El universitario soltó un bufido; fue la única respuesta que recibieron las palabras del Guardián.

—Vais a atravesar su territorio, sin luna —dijo Garmson—. Tenedlo en cuenta.

El universitario asintió, aunque a Mephi no le dio la impresión de que se sintiera particularmente amonestado.

—Ya casi es la hora —dijo el Guarda del túmulo, que se colocó junto a Garmson aprovechando el silencio—. ¿Dónde está Buscadora de Luz?

Mephi, Garmson y el Guarda miraron alrededor, pero los otros tres no parecían inquietos por la prolongada ausencia de Melinda.

Vendrá, dijo Cazadora de Lluvia. Pronto.

—En ese caso, comenzaré los preparativos —dijo el Guarda. Se dio la vuelta y se alejó unos cuantos pasos—. Pero su retraso es un insulto para la gloria y el honor que aún no se ha ganado.

—Viene de camino —dijo el grandullón, al lado del universitario. Ni el Guarda ni Garmson se lo discutieron.

—Está de moda llegar tarde —musitó Mephi, más que nada para sí. Los tres hombres lobo del Viento Errante le dedicaron sendas miradas inescrutables. Ninguno de ellos abrió la boca, pero el universitario esbozó una sonrisa taimada.

—Cuando llegue —dijo Garmson—, podéis comunicarle mis palabras. Y tú, Caminante, dile lo que te advirtió la *Greifynya*.

Mephi ladeó la cabeza y le dedicó una mirada interrogante.

—Que os cuidéis muy mucho de regresar aquí acompañados de visitantes inesperados —aclaró Garmson—. Si los traéis, aseguraos de avisarnos con antelación para que podamos darles la bienvenida que se merezcan.

—Vale —convino Mephi—. Se lo diré.

—Bien. Ahora, preparaos. Corren buenos tiempos para morir.

—Buenos tiempos —repitió el Guarda.

Dicho lo cual, Garmson se alejó en dirección a otra parte del túmulo, dejándolos a todos a la espera de que aparecieran la luna y Melinda. Mephi vio cómo se marchaba Garmson, antes de volverse hacia los tres miembros del Viento Errante. Todos seguían mirándolo.

—Supongo que debería presentarme —dijo, procurando discernir sus sentimientos hacia él fijándose en su lenguaje corporal—. Al parecer, todo el mundo habla inglés. ¿Alguien prefiere otro idioma más típico de la región?

—Hemos viajado mucho —repuso el universitario, con el más puro acento que podía encontrarse en el medio oeste de los Estados Unidos—. Con el inglés vale, aunque hace mucho que algunos de nosotros no lo hablamos.

—Entonces, decidido. —No se le había ocurrido que aquella sencilla piedra de toque pudiera hacerle sentir más cómodo rodeado de extraños.

—Tú debes de ser Más Veloz que la Muerte —repuso el universitario—. Melinda nos ha hablado de ti. Nos describió el collar, el bastón, y todo eso. Hasta la coleta y la perilla.

Mephi pasó las yemas de los dedos por el collar y la placa dorada donde se había grabado el símbolo de su tribu, las olas convergentes.

—Yo me llamo Conrad DeSalle —continuó el muchacho—, pero mi nuevo nombre es Pasea por las Piedras. El caso es que todavía me estoy acostumbrando a él, así que puedes llamarme Conrad, Piedras, o lo que te cueste menos recordar.

—¿Alguna preferencia?

—Me da igual —dijo el joven, encogiéndose de hombros—. Todos son nombres. —Conrad hizo una pausa y señaló al grandullón de su derecha con el pulgar—. Éste tío de ahí es Ivar Odiado del Wyrn, y la señorita bajita que ves a mi izquierda es Cazadora de Lluvia. Camada de Fenris y Garras Rojas, respectivamente.

—Me lo figuraba. —Saludó con la cabeza al impertérrito Fenris, y luego a la loba—. Cazadora de Lluvia y yo nos conocimos anoche. Tú me sueñas de algo —dijo Mephi, volviéndose hacia el Fenris—, aunque no sé exactamente de qué. ¿Eres de por aquí? A lo mejor nos hemos visto en alguna otra parte...

—Soy un pródigo —dijo Ivar—. Y no nos conocemos. Ya no pierdo el tiempo en compañía de Caminantes.

—Tampoco es que haya visto a ninguno desde que estoy con él —intervino Conrad—. Por lo menos, yo no me he dado cuenta. Claro que, en realidad, todavía estoy acostumbrándome a todo esto.

—¿Cuál es tu tribu, Conrad? —preguntó Mephi, cambiando de tema a propósito—. Se te ha olvidado mencionarlo.

—Soy un Hijo de Gaia. —En cuanto lo hubo dicho, levantó las manos y añadió—: Pero no soy un *hippie* ni nada de eso. Ya sé que suena a eso, pero... —Meneó la cabeza.

—No te preocupes. Conozco a algunos Hijos de Gaia que te arrancarían la cola y te obligarían a fumarla si te oyesen llamarles «hippies».

—Qué irascibles —dijo Conrad, con una amplia sonrisa. Mephi asintió.

—¿Qué hace todo el mundo ganduleando cuando está a punto de salir la luna? —intervino Melinda Buscadora de Luz, que aparecía en esos momentos de detrás de una lápida a varios metros de distancia—. Os dije que tendríais que estar preparados a estas alturas.

Melinda siguió ascendiendo mientras la primera arista de la gibosa luna menguante despuntaba en el horizonte y proyectaba su pálida luz sobre la pedregosa llanura. Vestía las mismas ropas de la noche anterior, y había hecho el equipaje tal y como le enseñara Mephi hacía tantos años. No cargaba con más de una bolsa, que llevaba colgada desde el hombro hacia la cadera contraria, de modo que no se interpusiera en su camino al caminar ni al correr con ella a cuestas. Mephi le dedicó una sonrisa, acordándose de los viejos tiempos.

Cuando Melinda se hubo unido a ellos, sus compañeros de manada cobraron vida. Los dos hombres se echaron las mochilas al hombro y se dispusieron a ponerse en marcha a una orden. Conrad sonrió y miró al Guarda, e incluso los ojos de Ivar se ensancharon una fracción, presa de la anticipación. Cazadora de Lluvia se levantó con las orejas enhiestas y pateó el suelo. Todos los miembros de la manada estaban de cara a los otros tres, de modo que pudieran examinarse mutuamente para asegurarse de que estaban listos para emprender la marcha. La expresión de Melinda se suavizó un poco mientras escrutaba a sus camaradas en busca de correas sueltas en las mochilas, zapatos raídos, ojeras causadas por la fatiga y todo lo demás que tuviese por costumbre

supervisar cuando el Viento Errante se aprestaba a partir. Mephi, de pie fuera del círculo, sonreía orgulloso al ver cómo la presencia de Melinda convertía a la manada en una unidad eficiente y organizada. Aún no había dejado de sonreír cuando ella se giró para observarlo.

—Tú también —dijo, sin concederle ni un ápice del sutil buen humor que había mostrado con los demás—. Recoge tus cosas y camina. No quiero que nos retrases.

La sonrisa de Mephi se tornó en rictus, y sus dedos apretaron su presa sobre el cayado, señal de su azoramiento.

—Estoy listo para partir.

—Me lo tendría que haber figurado. —Repuso Melinda. Lanzó una rápida mirada al cayado antes de darle la espalda. Dirigiéndose a sus compañeros de manada, dijo—: Todo el mundo, adelante. Parece que el Guarda ya está listo.

El Viento Errante obedeció la orden de Melinda y Mephi los siguió hasta alcanzar al Guarda que, en efecto, estaba esperándolos. Se erguía de pie ante un disco trémulo de bruma y luz plateada. El disco era la apertura que conducía al puente lunar, y Mephi pudo ver parte del sendero amortajado cuando la luna menguante se elevó aún más por encima de sus cabezas. El aire que rodeaba al portal se estremecía como si éste irradiara calor en medio de la gélida noche. La mitad espiritual de Mephi tiraba de él en dirección al portal y a la Umbra que se extendía al otro lado, del mismo modo que unas virutas de acero se sentirían atraídas hacia un imán.

—Os esperan en el clan del Cielo Nocturno —le dijo el Guarda a Melinda—. Presentad vuestros respetos cuando lleguéis, y luego seguid vuestro camino.

—Eso haremos.

—Cuando hayáis arrebatado la piedra del sendero de la boca del Wyrn, os estarán esperando —continuó el Guarda—, al igual que nosotros, para saber lo que haya ocurrido. Buena suerte, Viento Errante. Vaya con vosotros la gracia de Gaia. Que Luna os guíe y Fenris os guarde las espaldas.

El Viento Errante, tras los pasos de su alfa, traspuso el portal y se adentró en el puente lunar. Mephi los seguía un paso por detrás, pero el Guarda lo detuvo colocándole una mano en el codo.

—Conozco a los de tu especie, Caminante Silencioso, y sé la clase de reinos que te gustaría visitar —dijo el anciano hombre lobo de pelaje pardo—. Cuidado con la Umbrá Oscura. Se ha desatado una tormenta terrible en ese lugar, y sus vientos devoradores soplan más rápido de lo que incluso tú puedas llegar a correr.

—Estoy al corriente, Guarda. Ya he visto esa tormenta en sus momentos más plácidos, y sólo la gracia del Búho me sacó de allí sano y salvo. No tenemos intención de ir allí, pero le comunicaré tu advertencia a los demás. Gracias.

El Guarda asintió en silencio y le soltó el brazo. No obstante, antes de que Mephi pudiera continuar, añadió:

—Caminante, si te ves obligado a adentrarte en la Umbrá Oscura, recuerda que éstos siguen siendo buenos tiempos para morir. Los mejores por venir antes de que todos nosotros viajemos al Campo de Batalla y a la Llanura del Apocalipsis para librar la última batalla.

—Sí que lo son —convino Mephi, con escasa convicción—. Me acordaré. Me encargaré de que los demás también lo recuerden.

—Lo harán, Galliard, y tú nos recitarás los cantares de vuestra odisea cuando regreséis, da igual el camino que os traiga de vuelta.

—Así será. Así lo espero.

Cuando pareció que no quedaba nada más que añadir, Mephi le dio la espalda al Guarda y cruzó el portal al trote para adentrarse en el puente lunar y dar alcance al Viento Errante.

Capítulo nueve



Tras una breve escala en el clan del Cielo Nocturno, Mephi y el Viento Errante emprendieron rumbo al este, a través de las colinas Matra de Hungría, en dirección al río Tisza y al túmulo del Descanso del Búho. Caminaron hacia las colinas en el mundo físico, esquivando cualquier indicio de construcción y población humanas. Transcurridas varias horas desde que se adentraran en las colinas, Melinda decidió acampar en un calvero resguardado por altos árboles, alejado de carreteras, senderos de excursionistas y cualquier otra vía por la que un humano curioso pudiera tropezarse con ellos durante la noche.

Cuando sus compañeros de manada hubieron dispuesto el campamento, Melinda dispuso los turnos de guardia y les informó de que pensaba reanudar la marcha al mediodía del día siguiente. Mephi excavó un agujero poco profundo para encender el fuego, mientras Ivar y Cazadora de Lluvia rastreaban la zona circundante por última vez en busca de intrusos o de indicios de una emboscada inminente. Conrad recogió leña y Melinda anduvo de lado para urdir una protección espiritual. Cuando todo el mundo hubo regresado y comenzaron a acomodarse para pasar la noche, Conrad sacó parte de sus provisiones. Mientras el Hijo de Gaia las repartía, Mephi prendió las ramas secas.

—Escuchad —dijo Melinda, cuando todos hubieron saciado su apetito y hubieron entrado en calor—. Sé que todos os acordáis de cómo eran el río Tisza y el parque cuando encontramos el Descanso del Búho. Rebosaban redes de la Tejedora. Estaba rodeado. Sé que recordáis bien cómo era la noche que los Ancianos despertaron al espíritu del túmulo. Todavía entonan canciones que hablan de cómo las demás manadas y nosotros montamos guardia mientras se acercaban los espíritus.

—Les dimos una buena —farfulló Conrad, con la boca llena de pan duro. Ivar esbozó una sonrisa irónica y soltó un bufido.

—Sí que lo hicimos —convino Melinda—. Pero los tiempos han cambiado. El Wyrn ha acudido a ese lugar y lo ha mancillado.

Manadas de héroes, algunos de los cuales eran más poderosos que todos nosotros juntos, murieron luchando para proteger ese sitio. Todos fracasaron. —Se volvió hacia el Carnada de Fenris, que roía un hueso de conejo, en cuclillas—. Ivar, creo que sólo tú has visto lugares tan sobrecogedores como al que nos dirigimos. Tú y el Caminante.

—Así es —dijo Ivar.

—Cuando llegemos allí —continuó Melinda, sin mirar siquiera en dirección a Mephi—, hay una cosa que quiero que recordéis todos. No vamos allí a combatir. No vamos allí a morir. Cuando veáis en qué se ha convertido el Tisza, cuando veáis la Cloaca por primera vez, acordaos de que tenemos una misión que cumplir. No os dejéis abrumar por vuestra rabia. Podéis creerme, lo intentará.

Mephi sabía de qué hablaba Melinda, por experiencia personal. Durante el tiempo que habían pasado juntos, él la había llevado a ver una Cloaca que se había formado alrededor de un vertedero ilegal de residuos tóxicos. Quería que viera a lo que se enfrentaban ella y todos los hombres lobo, no sólo en el plano físico,

sino también en el espiritual. Aunque ambos se habían enfrentado juntos a Perdiciones y a fomori, la visión de aquel lugar la había afectado más de lo que Mephi había previsto. Se había sumido en un frenesí asesino más extremo incluso que aquel que la poseía la noche en que se habían conocido.

—Oye, Melinda, ¿puedo interrumpirte un segundo? —preguntó Conrad, con la mano levantada y una sonrisa azorada—. Tengo una duda.

—¿Cuál?

—Bueno, esta Cloaca sólo está en la Umbra, ¿no?

—Penumbra —corrigió Ivar. Se agazapó con el martillo boca abajo ante él, y clavó los ojos en el fuego.

—Eso. Pero en el mundo real, digo, en el mundo *físico*, no es tan grave.

—No del todo. Ya sé a lo que te refieres. Será peor allí que aquí, sí.

—Entonces, ¿para qué nos acercamos siquiera a verlo? ¿Por qué no cogemos, nos colamos en el túmulo cuando se haga de noche, pillamos la piedra del sendero y salimos por patas pisando tierra firme? —Pateó el suelo con una bota, para enfatizar su sugerencia—. A mí me parece mucho más seguro.

Mephi también se inclinó hacia adelante al escuchar aquello.

La piedra del sendero, respondió Cazadora de Lluvia.

—Sí —corroboró Melinda, asintiendo a las palabras de la Garra Rojas—. He hablado con algunos de mis... primos... residentes en la zona, después de que cayera el túmulo. Sus Cuervos de la Tormenta informan de que el último superviviente, el Guarda, se llevó la piedra del sendero a la Penumbra y la ocultó allí. Intentó huir con ella del túmulo, pero sus heridas eran demasiado graves. Los Cuervos de la Tormenta no creen que pudiera llegar muy lejos antes de sucumbir a sus heridas.

—¿Hasta dónde fue? —quiso saber Mephi—. ¿Consiguió escon-
der la piedra?

Melinda lo miró con ojos fríos y desprovistos de emoción,
antes de volver a fijarse en Conrad.

—Los cuervos que sobrevivieron para propagar la noticia no
encontraron su rastro hasta que tuvieron que huir de los espíritus
del Wyrn que ahora infestan la región. Creen que no pudo ir más
allá del río, aunque lo que está claro es que se adentró en la
Cloaca en dirección sur.

—¿Qué hay de la piedra del sendero? —preguntó Mephi, pro-
curando mantener la calma pese al desaire anterior.

—Ni una palabra, Caminante —respondió Melinda, sin apartar
los ojos de Conrad—. Para eso hemos venido. Para encontrarla.

Los demás miembros del Viento Errante lanzaron miradas
furtivas a Mephi, pero ninguno de ellos dijo nada.

—Bien —continuó Melinda, volviendo a concentrarse en los
componentes de su manada—. El motivo por el que no vamos a
intentar infiltrarnos en el territorio a este lado de la Celosía es
doble. Por una parte, las redes de la Tejedora son espesas y
abundantes alrededor de nuestro destino, gracias a las pobla-
ciones humanas y a sus evoluciones a orillas del Tisza.

Cazadora de Lluvia profirió un gorgoteo amenazador. El ceño
fruncido de Ivar indicaba que compartía los sentimientos de la
loba.

—Ya lo sé —les dijo Melinda—. Lo que quiere decir eso, Con-
rad, es que podríamos tener problemas para entrar y salir por la
Celosía si nos vemos en la necesidad. Si quedamos atrapados,
nuestra misión habrá fracasado, y daría lo mismo que hubiésemos
muerto. En cuanto al segundo motivo, tenéis que confiar en mí.
No es sano caminar de lado para entrar en una Cloaca. Nos ver-
íamos rodeados y apresados antes de darnos cuenta. Eso, con

suerte. No es lo mismo que lanzarse en paracaídas detrás de las líneas enemigas, como en esas películas de guerra que tanto te gustan.

—Ah —dijo Conrad, con un hilo de voz—. Bueno, entonces, ¿cuál es el plan para entrar y salir?

Entrar sin ser vistos, respondió Cazadora de Lluvia.

—Con cautela —añadió Mephi. Intentó tranquilizar al muchacho con una sonrisa.

—Vamos a entrar a hurtadillas —confirmó Melinda, alzando la voz por encima de la de Mephi—. Ése es el plan que hemos preparado Cazadora de Lluvia y yo con los demás líderes en la Forja del Klaive. Vamos a andar de lado mañana, antes de salir de las Matra. Recorremos la Penumbra hasta el lugar donde los Cuervos de la Tormenta encontraron el rastro del Guarda. —Señaló a Mephi con la cabeza, sin mirarlo—. El Caminante nos ayudará a esquivar las redes tendidas entre las colinas y la cloaca, y nos ayudará a movernos sin llamar la atención. Como ya os he dicho antes, muchachos, ya ha hecho antes este tipo de cosas, y otras peores, así que no pongáis en duda su autoridad. Sabe lo que se hace. Casi todo lo que sé acerca de la Umbra lo aprendí de él.

Mephi buscó alguna traza de afecto, o siquiera de aprecio, en el rostro de Melinda mientras ésta pronunciaba aquellas palabras, pero no encontró ninguna. Lo único que vio fue a la jefa guerrera, arrodilla junto al fuego mientras repartía órdenes a su manada.

—Cuando encontremos el rastro —continuó Melinda—, la operación pasará a ser de búsqueda y rescate. Conrad, quiero que seas el que realice el Rito de la Piedra de Búsqueda centrándote en el Guarda, para que nos hagamos una idea de por dónde empezar. Los demás tenemos más experiencia que tú, por lo que tendremos que estar atentos y disfrutar de movilidad en caso de que se tuerzan las cosas durante la búsqueda.

—Claro —convino Conrad—. No vas a dejar que el experto en armamento pesado cargue con la radio, ni le das la ametralladora al experto en telecomunicaciones. Lo entiendo.

—¿Y cuando la tengamos? —roncó Ivar—. La piedra del sendero.

—Si no nos han detectado, intentaremos caminar de lado allí mismo. Nos tomaremos nuestro tiempo, para no enredarnos. Si nos persiguen, regresaremos por la misma vía de entrada e intentaremos despistar a nuestros rastreadores en las redes, más alejados del río.

—Esas redes no van a estar vacías cuando lleguemos —comentó Ivar.

—Nadie dijo que fuese a ser aburrido, ¿verdad?

Ivar esbozó una torva sonrisa y acomodó su martillo enfrente de él.

—Si las cosas se ponen feas —añadió Melinda—, intentaremos encontrar un sendero lunar que nos saque de la Cloaca y buscaremos una vía de regreso más segura al plano físico.

Volveremos aquí, dijo Cazadora de Lluvia, continuando con la explicación de Melinda. *Luego iremos al Cielo Nocturno*.

—Ah, dicho así, no parece tan complicado —dijo Conrad, desdénando la gravedad de los hechos.

—Muy bien. —Melinda esbozó una sonrisa en medio de la férrea expresión que no llegaba a evaporarse por completo—. ¿Por qué no te adelantas y te cercioras de que así sea, chico listo?

—Oye, se supone que las manadas lo comparten todo, ¿no? —bromeó Conrad—. La gloria, el honor, el peligro. Estoy dispuesto a compartir todo el peligro con vosotros, en serio, no soy nada egoísta. Podéis contar conmigo para eso.

—Tú estás aquí para engordar bajo nuestra protección, pequeñajo —dijo Ivar, clavando un dedo carnosos entre las costillas de Conrad—. Nuestro cachorrillo.

—Estate quieto, gorila. —Conrad le propinó un papirotazo a la mano de Ivar.

Rompes todas las ramas del bosque y consigues que crujan todas las hojas, dijo Cazadora de Lluvia, meneando la cola, risueña. *Pasea por las Piedras*.

—Oye, eso sí que me ha dolido. Sabes que no me refería a eso cuando elegí el nombre.

—¿A qué te referías? —quiso saber Mephi. No quería entrometerse, pero sentía curiosidad.

—Bueno, tiene que ver con la forma de hablar de los lobos —explicó Conrad—. No con el idioma Garou, sino con el lenguaje propio de los lupus. Así es como me consideraban los primeros lobos de verdad con los que pasé algún tiempo. Para ellos era «el lobo que quería pisar todas las piedras del mundo», porque me gusta viajar y ver mundo, y ya no tengo ningún sitio concreto al que llamar hogar. Creo que mi hogar es este planeta verde en su conjunto.

—Bonita idea —dijo Mephi, sin convicción—. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—No mucho —respondió Ivar.

—No, no mucho —convino Conrad—. Desde poco después de llegar a Europa. Fue entonces cuando me pasó por primera vez. Cuando cambié, ya sabes.

—Claro.

—Claro. Bueno, pues estaba en Praga con unos cuantos niños pijos compañeros de facultad cuando ocurrió. Quería alejarme de la peña que había en los Estados Unidos y de la empresa de software de la que se suponía que me iba a encargar en cuanto mi

padre estirara la pata. Después del Cambio, dejé de comunicarme con mi casa por teléfono y por correo electrónico, y salí pitando hacia las colinas, aterrorizado. Por suerte para mí, éstos —señaló a sus compañeros de manada— se enteraron del jaleo que había organizado y fueron a buscarme. Llevo con ellos desde entonces, hará ya cosa de un par de años. Es curioso. Al principio, lo único que quería era ver mundo. Ahora se supone que tengo que salvarlo. ¿A que es la leche?

—Al final te acostumbras a esa sensación —dijo Mephi.

—Ya. En fin, el caso es que estaba intentando meterles el gusanillo del trotamundos a esos lobos, después de que los tíos me enseñaran a comunicarme con ellos, y les dio por empezar con ese rollo acerca de querer pisar todas las piedras. Cuando el concepto se tradujo al idioma de los Garou y de ahí al inglés, se quedó en Pasea por las Piedras. Me gusta.

—Tienes suerte de que tú nos gustes a nosotros, charlatán —intervino Melinda. Empujó a Conrad con la bota—. Tenías que haber sido Galliard, con lo que te gusta darle a la lengua.

—Podría ser peor —musitó Mephi.

—Ahora, si ya has terminado de contar la historia de esta manada según Paseo por las Piedras —le dijo Melinda a Conrad, mientras éste volvía a sentarse y cruzaba las piernas en el suelo—, el Caminante hará el primer turno. —Se volvió en dirección a Mephi y continuó—: Ven. Te enseñaré hasta dónde llega mi protección espiritual. Lo llamaremos perímetro del campamento.

—Claro —convino Mephi.

Ambos se pusieron de pie. Melinda volvió a dirigirse a su manada.

—Todos vosotros, procurad dormir un poco. Ivar, tú serás el siguiente, luego Cazadora de Lluvia, Conrad y yo.

—Otra vez al cementerio —se quejó Conrad.

—Limitate a estar preparado cuando sea tu turno —dijo Melinda—. Enseguida vuelvo. Vamos, Caminante.

Mephi recogió su cayado y partió en pos de Melinda, que ya se alejaba del campamento. Le dio alcance y la siguió, esperando hasta haberse alejado a una distancia prudencial para hablar.

—Buscadora de Luz, espera un segundo. Quiero preguntarte una cosa.

Melinda se detuvo, pero no lo miró.

—¿Qué?

—¿Cuánto llevas aquí? En Europa, quiero decir.

—Siete años.

—¿Tanto? No tenía ni idea. ¿Qué hay de tu manada? ¿Vinieron contigo o los conociste aquí a todos, como a Conrad?

—Aquí y allá. Ivar es oriundo de estas tierras, pero lo conocí en los Estados Unidos. Con Conrad fue al revés. También Cazadora de Lluvia es europea, y la conocí cuando vine aquí con Ivar. Nos fuimos tropezando por casualidad, de algún modo.

—Seguro que formáis un buen equipo.

—Sí, así es. Gracias.

—Sin embargo, no lo entiendo —insistió Mephi—. ¿Qué motivo te impulsó a venir aquí?

Melinda se giró por fin y sorprendió a Mephi con la expresión de furia que distorsionaba sus facciones. No había permitido que asomara a su voz ni el menor atisbo de ese sentimiento. También se sorprendió al ver la lágrima solitaria que surcaba una de sus mejillas. La luz que se filtraba entre los árboles, procedente de la luna menguante, coloreaba de plata brillante aquel rastro sobre su piel.

—Pregúntame algo que no sepas, Caminante —gruñó—. Mejor todavía, ahórrate las preguntas.

—Melinda —suspiró Mephi—, aquello ocurrió hace mucho tiempo.

—No el suficiente —espetó Melinda—. Para mí, no. No para quien tiene que recordarse que tú no estás junto a ella cada vez que se despierta. Aunque me alegre de que así sea, no resulta agradable tener que despertarse de ese modo.

—Sabes que no podía quedarme. No hubiese sido lo correcto, en mi estado. A estas alturas, alguien te lo habrá explicado ya.

—Claro que sí, pero eso da igual. No cambia nada, salvo que ahora me pareces más canalla todavía.

—Lin, yo quería regresar. Todos los días pensaba en volver. Algunas veces, ni siquiera me importaba que hubiese sido un error.

—Entonces, ¿por qué no regresaste? —La lágrima se había evaporado, el filo de su ira comenzaba a embotarse. Sin embargo, lo que quedaba era la hoja roma del rencor, no el perdón.

—Porque habría sido un error, y porque no podía. Cada vez que pensaba en regresar, te imaginaba con una manada, o criando a una familia. Te imaginaba encontrando tu lugar en el clan al que te llevé, y suponía que tú no... No creía que fueses a acceder a marcharte. Peor aún, a lo mejor accedías a irte si yo te lo pedía, pero me temía que me guardaras rencor por obligarte.

Melinda guardó silencio durante algunos minutos, para digerir todo aquello. Al cabo, se cruzó de brazos y exhaló un suspiro.

—Qué estúpido has sido siempre, Mephi. He esperado años antes de formar mi manada, y sigo sin pertenecer a ningún clan. Si te he guardado rencor por algo es por haberme dejado con aquella gente y aquella vida justo cuando comenzaba a acostumbrarme a lo que yo pensaba que iba a ser mi nueva vida junto a ti.

—No habría funcionado. La Letanía...

—La Letanía me la suda! No quería aparearme contigo, por el amor de Gaia, sino trabajar contigo. Nos llevábamos bien, y

quería que siguiera siendo así. Me gustaba viajar y ayudar a que los fantasmas conocieran la paz, y combatir al Wyrm y a la Tejedora. Era feliz. Y tú también.

Mephi no dijo nada.

—Pero ése era el problema, ¿verdad? Tardé mucho en suponérmelo. Estabas demasiado acostumbrado a actuar por tu cuenta. Permitiste que me acercara demasiado, así que te entró miedo y saliste por patas.

Mephi agachó la cabeza y permaneció en silencio. También Melinda enmudeció durante unos minutos eternos, a la espera de una respuesta... de cualquier respuesta. Ambos estaban frente a frente, rodeados por los sonidos y los olores de las colinas Matra que impregnaba la caída de la noche.

—Va, ¿qué más da? —dijo Melinda, al cabo, levantando las manos—. Ya hace mucho de eso, ¿no? No es más que agua pasada, pelillos a la mar. Todo eso.

—Buscadora de Luz, puedo explicártelo. Pero no te va a gustar.

—Déjalo, no te molestes. Me voy, mandaré a Ivar cuando le toque. —La furia desaparecía del rostro de Melinda de forma gradual, sustituida por una máscara de profesionalidad. Sólo la tirantez de su voz traicionaba sus verdaderos sentimientos—. Mantén los ojos abiertos, Caminante, y procura recuperar fuerzas cuando regreses. Tenemos trabajo duro por delante.

Melinda se dio la vuelta, sin esperar contestación, y volvió sobre sus pasos en dirección al campamento. Mephi se quedó solo, viendo cómo se alejaba.

Capítulo diez



Cuando Ivar vino para relevarlo, varias horas después, Mephi se acercó en forma de Lupus al Camada de Fenris. Ivar apoyó su martillo en el suelo, cabeza abajo, y cruzó los brazos sobre la vastedad de su pecho. Mephi desplegó su forma homínida y se irguió para comunicarle su informe.

—Todo en orden, hasta ahora.

—¿No te has quedado dormido? —bramó Ivar, con toda la sutileza de la que parecía capaz—. ¿No te has ido a pasear por ahí?

—Claro que no.

Ivar profirió un gruñido y se dispuso a pasar junto a Mephi sin mediar más palabra. Mephi permaneció firme en su sitio y el hombro de Ivar golpeó contra el suyo cuando el hombretón no se apartó lo suficiente. Mephi le agarró el codo al pasar y le obligó a darse la vuelta hasta que quedaron frente a frente. Los ojos de Ivar flameaban con un fuego recóndito, pero Mephi no se arredró.

—¿Qué?

—Acuéstate, Caminante Silencioso —gruñó Ivar, a su vez—. Vete a dormir.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema conmigo?

—Contigo no. Con los de tu clase.

A Mephi comenzó a hervirle la sangre, y tuvo que controlarse para mantener la forma homínida.

—Si tienes un problema con los de mi «clase», tienes un problema conmigo, Fenris. Escúpelos.

—He conocido a otros Caminantes —tronó el Fenris, ajeno al volumen al que estaba elevando su voz—. Una llegó a ser amiga mía. Era una compañera de manada. Confiaba en ella, al igual que el resto de mi manada.

—¿Y?

—Nos traicionó. Nos había conducido hasta las entrañas de la Umbra, ante las puertas de Malfeas...

—¿Malfeas? ¿Qué estabais haciendo allí?

—Eso no importa —espetó Ivar—. El caso es que estábamos allí, y que teníamos motivos para querer entrar. Antes de encontrar lo que habíamos ido a buscar, la Caminante nos abandonó. Se asustó y no pudo soportar verse rodeada por el Wyrms. Echó a correr, nos dejó tirados allí, sin saber cómo regresar. Todos mis compañeros de manada murieron intentado escapar de aquel lugar. Incluso la propia Divide las Aguas.

—¿Divide las Aguas?

—Así se llamaba la traidora —dijo Ivar, con los ojos encendidos clavados en el suelo—. Encontré su cadáver frente a las puertas del Jardín de las Pesadillas.

—Espera. Divide las Aguas... me suena ese nombre. Y el tuyo. Estabais buscando la última piel que mudó el Wyrms, ¿verdad? Os imaginabais que el Wyrms no había mudado de piel, y que por eso no conseguía escapar de la red de la Tejedora y estaba tan furioso todo el tiempo. Por la lengua bífida de Set, sabía que me sonaba tu nombre! Eras uno de los Pioneros Aulladores.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó Ivar. Avanzó un paso hacia Mephi.

—Formas parte de *La saga de la corona de plata*. Tú, y el resto de la manada. Ayudasteis a la manada de Lord Jonas Albrecht en su intento por recuperar la Corona de Plata. He narrado vuestra historia ante docenas de personas. ¿No sabías que formabas parte de la historia?

—No.

—Bueno, pues ya lo sabes. Siempre me he preguntado qué había sido de vosotros.

Los ojos de Ivar en redujeron a dos rendijas como navajazos.

—Ya te has enterado. Y ahora ya sabes por qué no me gustan los de tu especie. Conseguí salir de Malfeas perdiéndome en el Jardín de las Pesadillas y asistiendo impotente a las muertes de los miembros de una manada, una y otra vez. Salí de aquella pesadilla para adentrarme en la Atrocididad, donde tuve que morir mientras mis hermanos de armas se cruzaban de brazos y se reían de mí. Eso es lo que le ocurrió a los Pioneros Aulladores. Por eso no puedo ni mirar a uno de los tuyos sin acordarme de ella.

—Por el amor de Gaia —musitó Mephi. Apartó la mirada, avergonzado—. Ivar, lo siento. No conocía en persona a Divide las Aguas, pero puedo asegurarte una cosa: no todos somos como ella. La mayoría somos mejores. Todos sabemos más que ella.

—No digas eso —escupió Ivar—. Buscadora de Luz y yo hemos estado hablando acerca de ti. Te conozco mejor de lo que tú te crees. Puede que Cazadora de Lluvia opine que hiciste lo correcto al alejarte de Melinda, dado que, para empezar, no deberías haber pasado tanto tiempo con ella. No estoy de acuerdo. No me digas que eres mejor que Divide las Aguas, cuando sólo tienes la historia de cómo abandonaste a una cachorra desvalida para demostrarlo.

Mephi presentía la inminencia del reto, una neblina roja tiñó la periferia de su visión. Necesitó recurrir hasta a la última mota

de fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre la garganta de Ivar. Sólo el hecho de que el fornido Fenris estaba en lo cierto le impidió sucumbir a sus impulsos. Mephi cerró los ojos y volvió a abrirlos, obligándose a tranquilizarse. Como si estuviese hecho de madera sujeta con alambres, se dio la vuelta, dispuesto a regresar al campamento. Ivar no lo detuvo, ni lo retó.

—Pese a lo que te haya contado Lin, no soy como tú te crees —dijo Mephi, por encima del hombro, mientras se alejaba—. A lo mejor antes lo era, pero ya no. He tenido tiempo para madurar.

El Fenris se limitó a bufar su desdén, y Mephi continuó caminando.

Capítulo once



—No te gusta, ¿a que no? —preguntó Melinda en el sueño de Mephi, mientras arrastraba una bota por el suelo, igual que una niña pequeña. Mephi nunca había visto un despliegue de decepción tan adorable como aquel en toda su vida—. Lo odias.

—No lo... «odio» —repuso Mephi—. Es que es la primera vez que veo algo parecido. Además, no me lo esperaba.

—Bueno, quería darte algo, después de lo que hablamos la semana pasada —dijo la joven—. ¿Te acuerdas? Me dijiste que hoy era el aniversario de tu Primer Cambio. Me imagino que eso es casi como un cumpleaños para nosotros, ¿no?

—Supongo. Es que...

—¿Qué? No habré roto algún tabú raro de los hombres lobo, ¿no?

—No, Lin —repuso Mephi, sofocando una risita—. No somos testigos de Jehová. Podemos hacernos regalos.

—¿Acaso es muy largo? ¿Demasiado llamativo?

Mephi sostuvo en alto el regalo que le había dado Melinda. Se trataba de un cayado de algo más de dos metros de altura, coronado por la cabeza sibilante de una cobra y rematado en el otro extremo con una garra de búho agarrada a una esfera dorada. El cayado era sólido y robusto, ideal para apoyarse en él tras una

buena caminata. Además, estaba recubierto de la cabeza a los pies, de modo que podría romperle el cuello aun fomori sin partirse por la mitad, como le había ocurrido al antiguo.

—No es ni chillón ni demasiado largo. ¿Dónde lo has conseguido?

—En una tienda de artesanía que hay antes de llegar a Bodine. Fui anoche, mientras estabas dormido. Era el mejor que tenían en la tienda. Casi todos los demás acababan en una cabeza de indio, o de tigre, o en cualquier otra tontería. Había uno con un lobo, pero no se parecía a ti. Éste me gustó. Creí que a ti también te gustaría, como tienes todas esas cosas egipcias. —Se encogió de hombros y volvió a arrastrar los pies—. Parecía egipcio, no sé.

—Sí. Así es. De eso no cabe duda.

—Entonces, ¿qué tiene de malo? Menuda cara has puesto.

—Hombre, es estupendo, no te creas. Con eso podría caminar un millón de kilómetros. Es por la cabeza, me recuerda a Set. ¿No te he hablado nunca de Set?

Melinda negó con la cabeza.

—Está bien, entonces, escucha. Hoy en día, se cree que Set era el dios egipcio del mal. Asesinó al dios Osiris en un par de ocasiones y se apoderó de todo Egipto. Lo que no sabe la gente es que Set fue real. Encarnaba a una maldad antigua engendrada por un demonio y por la serpiente del jardín del Edén. Ya era un horror imparable cuando el mundo no era tan grande, y gobernó Egipto durante algún tiempo. Permaneció en el poder durante el tiempo suficiente para exiliar a todo mi pueblo cuando intentaron alzarse contra él. Incluso en la actualidad, nos resulta imposible regresar por culpa de lo que nos hizo Set.

—No lo sabía —dijo Melinda, con un hilo de voz. Con la cabeza gacha, alargó el brazo—. Trae, que me lo llevo. Voy a devolverlo

ahora mismo. Lo cambiaré por el del lobo. Además, sí que se parecía un poco a ti, supongo.

—Bueno, espera, no corras —dijo Mephi. Atrajo el cayado hacia sí—. No tienes por qué hacer eso.

—No. No sabía que pudiera ofenderte. Lo siento, Mephi. Deja que me lo lleve y ya te traeré otro.

—No, mira, Lin, no pasa nada. —A decir verdad, el cayado le molestaba menos que ver a Melinda así de compungida. Tampoco estaba tan mal—. Me gusta. En serio. Ya te lo he dicho, es que no me lo esperaba. Además, es todo un detalle por tu parte que te acordaras de lo que te conté acerca de mi Primer Cambio. A mí ni siquiera se me habría ocurrido hacer algo así.

—Eso lo dices para que no me sienta mal.

—Vale, un poco sí —admitió Mephi. Se rió, exasperado y divertido a partes iguales por el cariz ridículo que había adquirido la conversación—. Pero me gusta el cayado. Es resistente, y largo de sobra. Está equilibrado. Me llevará algún tiempo acostumbrarme a él, pero da igual. Me gusta.

—¿Qué pasa con eso de Set? —preguntó Melinda, que comenzaba a recobrase de su decepción. Incluso volvía a exhibir su sonrisa.

—Supongo que tendremos que acostumbrarnos el uno al otro. —Giró el cayado, de modo que pareciera que la cobra lo miraba. Cuando volvió a hablar, se dirigió a la reluciente serpiente con voz sibilante—. ¿Qué me dices? Yo sacrifico a la pequeña en tu honor y tú no te metes conmigo, ¿hecho? Hecho. —Se volvió hacia Melinda y giró el cayado para que pareciera que hacía lo mismo.

—Qué borde —dijo Melinda, poniendo los ojos en blanco.

—Lo siento, chica —sonrió Mephi—. Según mi última encuesta de cayados, estás en minoría.

Melinda soltó un gañido y le pegó un puñetazo en el hombro. Con fuerza.

—Me alegro de que te guste, borde.

—Me parece que ya le estoy cogiendo cariño. Igual que a la pequeñaja que me lo ha regalado.

Melinda le dedicó una sonrisa y desechó el cumplido con un aspaviento.

—Ya, bueno, a veces lo dudo, con todo lo que me haces correr para seguirte el ritmo. Con eso y con todas esas reglas raras de hombre lobo que no tienen ningún sentido. No te creas que me voy a morder la lengua para no decirte que me parece que hay muchas más que no me cuentas.

—Algunas —admitió Mephi. De repente, sintió que sus ojos se apagaban, y que su sonrisa parecía de mentira—. Nada importante. Nada que te haga falta saber si sólo estamos tú y yo.

—Ya, pues eso es algo que también quería preguntarte. ¿Por qué estamos todo el tiempo solos tú y yo? Me gusta, no te creas, pero me extraña. No dejas de hablar de todas esas reglas de los hombres lobo, y de esa misión que se nos ha encomendado de arreglar lo que le ocurre a la Tierra, pero tú eres el único hombre lobo que conozco. ¿Qué pasa? Es decir, ¿cuántos somos?

—No hace falta que hablemos ahora de eso, ¿verdad? —Mephi se apartó de Melinda y se acercó a la hoguera que la joven había encendido con anterioridad. Se sentó a lo indio y empezó a avivar el fuego con una rama larga que había permanecido en el suelo, al lado del círculo de piedras—. Se hace tarde.

—Bueno, me gustaría saberlo —insistió Melinda. Se giró al paso de Mephi y permaneció de pie, a su lado—. Siempre tengo la impresión de que estás a punto de contarme un montón de cosas importantes acerca de lo que significa ser un hombre lobo, pero nunca lo haces. Igual que antes, cuando hablabas de Egipto.

Dijiste que habían expulsado a tu pueblo. ¿Te refieres a los hombres lobo? ¿Es de ahí de donde procedemos? Si es así, ¿desde cuándo estamos en América?

—Frena un poco. Sí, tienes parte de razón acerca de Egipto. Cuando dije «mi pueblo» me estaba refiriendo a hombres lobo, pero no todos los hombres lobo vienen de allí. Sólo mi tribu... los Caminantes Silenciosos.

—Qué nombre más bonito. Pero ¿a qué te refieres con eso de tribu? ¿Los hombres lobo tienen tribus, como los indios?

—En cierto modo. Lo cierto es que eso se ajusta bastante a la realidad, por lo menos en lo que respecta a mi tribu.

—Entonces, si tú eres un Caminante Silencioso —continuó Melinda—, ¿significa eso que yo también lo soy?

—No —contestó Mephi, meneando la cabeza—. No del todo. Podrías serlo si quisieras, pero no tienes por qué. Tiene que ver más con tu linaje y con quiénes son tus padres.

—Eran —corrigió Melinda.

—Eso. En cualquier caso, los cachorros suelen elegir la tribu de sus padres. O la de sus abuelos, si es que se han saltado una generación. Nadie te obliga, pero así es como suele hacerse.

—Sí, pero ¿quién lo hace? Lo dices como si se tratara de una tradición muy antigua. ¿Hay sitios donde se reúnen los miembros de una misma tribu? ¿Los de las demás tribus se reúnen en otros lugares?

—Sí —dijo Mephi, sin apartar la vista del fuego—. Hay sitios de esos por ahí.

—¿Son como nosotros? —La ilusión se había asomado a sus ojos. Se dejó caer al suelo, al lado de Mephi—. ¿Los demás hombres lobo tienen la misma misión que nosotros?

—Sí.

—¿Cuántos hay?

—Formamos toda una cultura. No hay tantos como debería, pero sí que somos muchos. Los suficientes, a lo mejor, para sobrevivir a lo que se avecina.

—Oye, pero eso es genial! —exclamó Melinda, transportada más allá de las sombrías palabras de Mephi por su creciente entusiasmo—. Toda una cultura. ¿No puedes presentarme a otros hombres lobo que conozcas?

El palo que estaba utilizando Mephi para revolver las ascuas se partió por la mitad en su puño. Ni siquiera se había percatado de que estuviese apretándolo.

—¿Qué me dices, Mephi? Llévame a conocer a algunos de los nuestros. Por favor.

—Sí, claro. —Mephi se sacudió las manos y tiró el palo roto al fuego, todo ello sin mirar a Melinda a los ojos—. Sé que hay un clan a menos de una semana de camino, en la frontera con Nuevo México. Te llevaré a visitar a otros hombres lobo temerosos de Dios que conozco. Me imagino que es algo que ya debería haber hecho.

—Entonces, ¿a qué estabas esperando?

Mephi agachó la mirada, con la esperanza de que el fulgor de la hoguera camuflara el rubor de sus mejillas. Clavó los ojos en el cayado con cabeza de cobra que le había regalado Melinda.

—Iba a ser una sorpresa —dijo, logrando esbozar una sonrisa que casara con sus palabras—. Quería esperar a que me regalaras algo por mi Primer Cambio antes de presentarte en sociedad al resto de la nación Garou.

—Bueno, como sean todos como tú —dijo Melinda, con una sonrisa maliciosa—, ya veo que voy a estar rodeada de bordes que se creen muy graciosos. —Tiró a Mephi al suelo de una patada y se abalanzó sobre él.

—¡Brra! —rió Mephi, mientras intentaba zafarse e incorporarse, pese a su falta de apoyo—. Te voy a llevar a la manada echada al hombro dentro de un saco si, ¡ay!, si no dejas de comportarte como un animal salvaje.

—Un animal medio salvaje. —Melinda atrapó las piernas de Mephi entre sus tobillos y comenzó a pegarle puñetazos en las costillas—. ¡La otra mitad es una adolescente americana! —Recalcó la frase con otro puñetazo, esta vez justo debajo del costillar.

—Es lo mismo! —dijo Mephi, aullando de risa y esforzándose por rodar para escapar de ella, en vano. Estaba a punto de liberarse, pero Melinda se le había echado encima igual que una manta y no dejaba de pegarle cada vez que se burlaba o intentaba sacudírsela. Las carcajadas anulaban sus fuerzas. No quería alejarse de ella, igual que no quería que ella se alejara de él.

Claro que, ahora que había comenzado a hablarle de la nación Garou, ella seguiría haciendo más preguntas. Puede que consiguiera seguir dándole largas, pero no durante mucho más tiempo. Se la había quedado para él solo, cuando lo que tendría que haber hecho era llevarla al clan más próximo a su antiguo hogar y presentársela a esos hombres lobo. Aunque había conseguido postergarlo, tendría que hacerlo enseguida. Melinda insistiría, y no cejaría en su empeño hasta que él se diera por vencido. Y, como un idiota, él la llevaría allí. Cuando lo hiciera, a ella le gustaría lo que iba a ver y querría quedarse, aunque él necesitara proseguir su camino. Entonces, al igual que tantas personas que le habían importado antes, Melinda saldría de su vida y no volvería verla, salvo en las raras ocasiones en las que él regresara al protectorado de su clan. Era una cuestión de cuándo decidiría insistir...



Una tosca sacudida despertó a Mephi a la luz de sol y al canto de los pájaros. Abrió los ojos y levantó la cabeza para encontrar a Ivar acucillado junto a él. El martillo de guerra del Fenris descansaba en el suelo, cabeza abajo. Ivar mantenía el equilibrio con una mano apoyada en el extremo del mango.

—Arriba, lobo —instó Ivar, con voz rasposa a causa del sueño. Un légamo blanquecino le adornaba los bordes de los párpados, y su aliento era como un soplo de aire escapado del infierno—. Ya es de día. Nos vamos enseguida.

Mephi se incorporó a cuatro patas y se estiró. Cuando hubo desentumecido las articulaciones, se irguió en forma de Homínido y se frotó los ojos.

—¿Me he perdido el amanecer?

—Por un par de horas —contestó Ivar, levantándose a su vez—. Buscadora de Luz sigue de guardia, y Cazadora de Lluvia ha ido a buscar el desayuno. Ve y prepara un fuego para cocinar.

—Claro —convino Mephi, con el ceño fruncido. Pasó junto a Ivar, en dirección al centro del campamento. A unos cuantos metros de distancia, un risueño y exuberante Conrad se afanaba ya en amontonar una pequeña brazada de leña recién recogida. El muchacho le saludó con la mano. Mephi asintió con escaso entusiasmo y se rascó el sobaco.

—Caminante —llamó Ivar, antes de que Mephi se alejara del alcance de su voz grave—. Respóndeme a esto.

Mephi volvió la mirada hacia él.

—¿La encontraron? —preguntó el Fenris—. Albrecht y los dos que iban con él. ¿Encontraron la Corona de Plata? No te lo pregunté anoche.

—Sí. Supuse que lo habrías oído antes de salir de los Estados Unidos. —Ivar zangoloteó la cabeza—. La encontraron. Ése es el motivo por el que Arkady volvió a casa caído en desgracia. La asamblea de la Forja del Klaive se debió en parte a ese motivo. Creía que ya habrías establecido la conexión por ti mismo.

—No se me ocurrió. Qué pequeño es el mundo.

Mephi asintió.

—A lo mejor, cuando hayamos acabado con esto y volvamos, te cuento el resto de la historia. Le relataré *La saga de la Corona de Plata* a todo el Viento Errante.

—No hagas planes. Podrías morir hoy.

—La muerte no me dará alcance antes de que hayamos terminado esta empresa —repuso Mephi, con una media sonrisa. Ivar se limitó a encogerse de hombros. Mephi comenzó a girarse hacia las cenizas del fuego, antes de volver a mirar a Ivar cuando una idea acudió a su mente—. Oye, Ivar, dime una cosa. Los Pioneros Aulladores y tú, ¿encontrasteis lo que estabais buscando? ¿La última piel que mudara el Wyrn?

—No estaba en la Umbrá —respondió Ivar, apartando la mirada para no mirar a Mephi a los ojos—. Creíamos que habíamos descubierto su paradero, pero no estaba allí.

—Entonces, ¿dónde? Si se me permite la pregunta.

—La estoy mirando. Igual que tú. Eso es lo que dijo mi fallecido camarada Jack Pulgar Mojado antes de que nos fuésemos de Malfeas.

—No lo pillo.

—A ver si pillas esto. Todos nosotros, cada uno de los Garou sabe que Gaia nos creó. Nos hizo de carne y de alma, de furia y de sabiduría, de hombre y de lobo... todo en armonía. Lo que a nadie se le ha ocurrido preguntarse es exactamente de qué nos hizo Gaia.

El hombretón volvió a encogerse de hombros, dejando que la mente de Mephi hiciera el trabajo.

Aquella desquiciada posibilidad sobrecogió a Mephi.

—¿En serio crees eso?

Ivar entrecerró los ojos. Se plantó a un palmo del rostro de Mephi antes de que éste pudiera reaccionar.

—Mi mejor amigo descerrajó las puertas de Malfeas porque lo creía. Yo lo seguí, y él se dejó la vida allí. No vuelvas a preguntarme eso.

—Lo siento —se disculpó Mephi, ladeando la cabeza e irguiendo el mentón. Retrocedió un paso y permaneció a la espera del siguiente movimiento de Ivar. Cuando el Fenris hubo recuperado la compostura, Mephi se dirigió hacia Conrad y el círculo de piedras—. Voy a encender el fuego para el desayuno.

Capítulo doce



—Te sentirás como si hubieses vuelto al hogar, hermano Tajo Infectado —dijo Espina de Alcaudón, mientras ambos se erguían en el corazón de lo que antaño fuese el túmulo del recuerdo conocido como el Descanso del Búho—. ¿Por qué no me enseñas los lugares de interés?

—No estoy en casa —espetó Tajo Infectado—. Puedes echar un vistazo tú sólo.

—Sí. Es impresionante. La Colmena estará encantada al conocer los avances realizados en este lugar.

Tajo Infectado se mostró de acuerdo y echó un paseo la mirada por los alrededores, despacio. Las autoridades del parque que habían marcado ese territorio como «protegido» siempre habían procurado evitar la mitad física de la zona. Allí, las ciénagas que limitaban con el río Tisza habían dado lugar a llanuras cubiertas de hierba y bosque poco denso. Los cantos de las aves se sucedían en las copas de los árboles, perdiéndose en la distancia, interrumpidas tan sólo por el ruido de los vehículos que transitaban la carretera más próxima. El lugar olía a tierra, a agua y al humo de los tubos de escape. El hedor de la sangre y la putrefacción yacía soterrado, pero sin el cariz penetrante que recordaba Tajo Infectado de su última visita. Los cuerpos de los hombres lobo que

habían pugnado por aquel túmulo habían sido recogidos y preparados para lo que se avecindaba, y la tierra se había apresurado a reclamar las exiguas pruebas de su breve reinado. Desde un punto de vista físico, el lugar estaba listo para ser consagrado en el nombre del Padre.

El reflejo espiritual de la zona era harina de otro costal. Allí, en el corazón del túmulo, a Tajo Infectado no le costaba nada ver la Penumbra a través de la Celosía. Le enfurecía lo que veía. Se había adelantado muy poco desde la conquista del túmulo. Tupidas Urdimbres seguían envolviendo los límites del túmulo en tres de sus costados, y su enloquecido y complejo diseño se amontonaba en el perímetro. Aunque las Perdiciones y los espíritus de la Tejedora corruptos habían trabajado sin descanso, y los túneles del Wyrn socavaban el firme de la Penumbra por debajo de las telarañas más densas, la densidad de las Urdimbres continuaba aumentando y amenazaba con adueñarse del lugar en cualquier momento.

Sólo el estado del cuarto y expuesto lateral del túmulo le proporcionaba alguna esperanza a Tajo Infectado. Aquella cara daba a la gloriosa Cloaca del Tisza, creada por otros valerosos soldados en el nombre del Padre. Las Telarañas extendidas en aquella dirección estaban raídas y deshilachadas, y la vista de Tajo Infectado alcanzaba casi hasta el río. Según podía asegurar, la lenta marea del corrupto terreno pantanoso había avanzado desde su última visita. Por lo menos, aquello ya era algo. Tajo Infectado devolvió su percepción al plano físico y descubrió que Espina de Alcaudón estaba hablando con él.

—... fin la he encontrado —decía el Theurge.

—¿El qué?

—La piedra del sendero. La razón de que estemos aquí. Te lo acabo de explicar, Tajo Infectado.

—Estaba mirando al otro lado de la Celosía. ¿Qué ocurre con la piedra?

—Digo que la hemos encontrado. Un Vidente de una de nuestras manadas de Ooralath la ha descubierto en algún punto entre el río y el lugar donde nos encontramos. El antiguo Guarda del túmulo no la ocultó demasiado bien.

—¿Por eso hemos venido? ¿Tus visiones te conducían a la piedra del sendero? Todos pensábamos que se había perdido o que la habían puesto a salvo en otro clan.

—No se había perdido —dijo Espina de Alcaudón—. Encontrar la piedra del sendero sólo forma parte de lo que se me ha ordenado hacer en mis visiones.

—Exacto. Cuando la devolvamos aquí, la activarás para renovar sus conexiones con los demás túmulos de la zona. Yo enviaré a Astillahuesos de regreso por los túneles para que Lady Arastha prepare a nuestros efectivos...

—No harás nada de eso. —Espina de Alcaudón miraba en dirección al Tisza, sin que pareciera que estuviese viendo nada—. Eso no forma parte de la visión de nuestro Padre. Para eso no nos necesitaría.

—Pero tenemos los guerreros! Están preparados y dispuestos a lanzar un ataque por sorpresa. ¿Qué ocurre, no puedes hacerlo? ¿Ni siquiera puedes utilizar la piedra del sendero para lo que fue creada?

—No me ladres, Ahroun —gruñó Espina de Alcaudón. Fulminó a Tajo Infectado con la mirada, retándole a cometer alguna imprudencia—. Cuando el alfa actúa, el beta aprende, y ahora yo soy el alfa.

—Pero la ventaja estaría de nuestra parte —insistió Tajo Infectado—. Con las fuerzas suficientes, podríamos abrírnos paso por la fuerza a través de toda la región, igual que el Tisza.

—Las fuerzas destacadas no están ahí para saltar a una orden impetuosa. Hasta la última manada, hasta la última Colmena está ocupada enfrentándose a clanes nativos o desgarrando la Urdimbre. Si azuzamos a esas fuerzas antes de tiempo, perderíamos lo que están a punto de conseguir.

—Es muy sencillo, *Theurge* —masculló Tajo Infectado, golpeando un puño contra la palma de la otra mano, presa de la frustración—. Retiramos a nuestros guerreros para que el enemigo los persiga, dispuesto a rematarnos. En ese momento, todos acudimos aquí, profanando la tierra a nuestro paso, provocando a nuestros adversarios. Nos reunimos aquí y ellos nos rodearán esperando una confrontación definitiva. Mientras nuestro enemigo se encuentre lejos de sus territorios, utilizaremos las conexiones de tu piedra del sendero para atacar sus túmulos, indefensos. Es una estrategia sencilla.

—Mis visiones y las órdenes del Padre no están ahí para someterse a tus delirios de estrategia —repuso Espina de Alcaudón, sin cólera—. No hemos venido para satisfacer tus enfervorizados sueños de gloria en el campo de batalla. Nuestro Padre nos ha confiado una misión cuya importancia excede a la de un único conflicto. Puede que sea más importante que cualquier otra batalla antes de la llegada del Apocalipsis.

—Chorradas —espató Tajo Infectado—. ¿Una manada de tres para algo tan importante? Me parece que eres tú el que tiene enfervorizados sueños de gloria.

—Quizá, pero buscaré su consecución, como ordena el Padre, y tu obedecerás a tu alfa. Estamos en guerra y mi autoridad es incontestable.

—Vale —escupió Tajo Infectado—. Ya que vamos a dejar que se nos escape una estrategia tan genial como esta, será mejor que la razón sea tan importante como tú dices.

—Lo es —dijo Espina de Alcaudón, con una sonrisa distante—. Según lo que he visto, lo es de verdad. Es algo que triturará el espíritu de nuestros enemigos y lo devorará mientras aúllan aterrorizados. Si tenemos éxito aquí, habremos ganado la guerra para nuestro Padre.

—¿Todo gracias a una piedra del sendero?

—Todos los torbellinos comienzan con un soplo. —Espina de Alcaudón aferró los hombros de Tajo Infectado y apretó—. Ya lo verás.

Tajo Infectado miró a Espina de Alcaudón a los ojos, blancos como la plata, y vio un remolino de ardor y locura en su interior. Las palabras del Theurge no eran mera retórica para él, Espina de Alcaudón creía en lo que decía. Tajo Infectado nunca había conocido tal convicción, ni en su vida actual ni en la anterior. Aquella fortaleza de fe resultaba reconfortante.

—Si tú lo dices, te creo.

—Excelente. —Espina de Alcaudón soltó a Tajo Infectado y se dio la vuelta—. Entonces, en marcha. Tenemos que preparar los cuerpos de los fallecidos del túmulo y llevarlos al lugar donde los Ooralath descubrieron la piedra del sendero. Astillahuesos ya se encuentra allí, esperándonos y comprobando la seguridad de la zona.

Tajo Infectado asintió y partió tras los pasos de su alfa, preguntándose qué sería lo que estaba a punto de afrontar su manada.

Capítulo trece



Al borde del anochecer, Mephi y el Viento Errante se deslizaron por un ralo entramado de Urdimbres para coronar una elevación de la Penumbra. Desde la cima, atisbaron por primera vez la Cloaca en la que se había convertido el río Tisza. Una única nota unificadora resonó en el interior de todos ellos, y una oleada de rabia intentó ahogarlos en las aguas del frenesí. Todos ellos se vieron imbuidos de un impulso irracional que los incitaba a bajar corriendo la colina y descuartizar a los responsables de la profanación de uno de los ríos de Gaia. Querían destruir a los insignificantes servidores del Wyrn desperdigados por la cuenca del río. Querían degollar con las garras a los humanos que habían provocado aquel accidente. Querían triturar, asesinar y rugir hasta que aquel lugar recuperara su aspecto natural. Eran Garou; por tanto, querían vengar las torturas que le habían infligido a Gaia.

Sólo a fuerza de voluntad y pensamiento racional consiguieron aplacar aquel impulso letal y, en potencia, suicida. Melinda fue la primera en recuperar el control de sí misma y comenzó a apartarse de la loma. Los demás miembros de la manada la imitaron y le volvieron la espalda a la horrenda y monstruosa panorámica. Sólo Mephi permaneció en la cima, e incluso él tuvo que retroceder unos cuantos pasos.

—Cristo bendito —musitó Conrad, cuyo control de las riendas de sus emociones no era tan férreo como el de sus compañeros—. ¿Eso lo han hecho ellos? ¿Eso lo ha hecho el Wyrn?

—Sí —respondió Melinda. Hablaba con voz calma, pero sus ojos de oro rojizo eran dos ascuas encendidas—. Ya te dije que sería así.

—No, qué va. —Mientras hablaba, la voz de Conrad se volvía más pastosa y profunda. Sus músculos se abultaban, y el vello que le cubría el cuerpo se tornaba oscuro y áspero. Su forma había comenzado a inflarse en la de Glabro—. Tú me dijiste que iba a tener mala pinta. ¡Eso de ahí abajo no tiene mala pinta! ¡Es el puto final del mundo! ¡Todo se va a convertir en eso si no hacemos algo *ahora mismo!*

Chis, previno Cazadora de Lluvia. *Serénate*. Sus orejas enhietas, sus ojos desorbitados y los barridos de su cola le conferían un dejo hipócrita a sus palabras. Pateó el suelo y miró por encima del hombro en dirección a la Cloaca.

—¡No me digas que me tranquilice! —tronó Conrad—. ¿Has visto lo mismo que yo allí abajo? ¡Alguien va a tener que pagar por eso! ¡Voy a hacerles pagar con éstas a esas cosas de ahí abajo! —Levantó la mano, con las garras hacia arriba. Sus garras de Glabro no eran tan largas ni tan fuertes como las de su forma de Crinos, pero sí eran lo bastante robustas y afiladas como para que su mensaje quedara bien claro.

—Pagarán —le aseguró Melinda—. Todos ellos, antes del Apocalipsis. Pero no esta noche.

—¿Estás asustada? —chilló Conrad, volviendo hacia ella sus ojos, casi inhumanos. Ya había comenzado a agrandarse, a cambiar sin pensar en la forma de guerrero, medio hombre y medio lobo—. ¿Por qué tienes miedo? ¿Porque sólo somos cuatro?

—Mephi entrecerró los ojos ante aquel desliz involuntario—. ¡Me das asco, zorra cobarde! ¡No asumiré el mando!

—Chaval —llamó Ivar—. Mira aquí.

Cuando Conrad volvió la cabeza a la izquierda para mirar a Ivar, el fornido Carnada de Fenris le propinó un puñetazo en el mentón. El Fenris era igual de alto que Conrad en forma de Glabro, y las espaldas de ambos eran casi igual de anchas, pero el puñetazo levantó del suelo al Hijo de Gaia como si de un saco vacío se tratara. Melinda cerró los ojos por un instante. Cazadora de Lluvia se limitó a ladear la cabeza y a mirar a Conrad, tendido en el suelo. También Mephi parpadeó. Se alegró de no haber enfurecido al Fenris la primera vez que habían hablado.

Conrad, sentado en el suelo, reasumió su forma homínida y se llevó una mano a la mejilla enrojecida e hinchada. Sus ojos adquirieron un tinte vidrioso y fulminó a Ivar con la mirada.

—Mierda, tío —musitó, con un hilo de voz—. ¿A qué ha venido eso?

—Tenía que asegurarme. No sabía si la rabia estaba a punto de apoderarse de ti o si se trataba tan sólo de una reacción.

Lo segundo, respondió Cazadora de Lluvia. Batió la cola a ras del suelo, decepcionada.

—Lo necesitabas, muchacho —dijo Melinda. Tiró de Conrad para ayudarlo a incorporarse—. Ivar ha hecho lo correcto, tendrías que darle las gracias.

—Se las daría, si no me hubiera puesto la boca del revés —dijo Conrad, tras una larga pausa meditativa. Se sacudió el polvo de encima y se enderezó. Había recuperado el control, pero tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a mirar hacia la Cloaca—. Tío, Ivar, ¿estabas en forma de Homínido?

Dale las gracias también por eso, dijo Cazadora de Lluvia.

—Creí que me habías pegado con una bolsa llena de pelotas de golf. —Conrad movió la mandíbula arriba y abajo, y de lado a lado. La hinchazón había desaparecido, y no parecía que tuviese ningún diente suelto. Lo única que permanecía era un ligero rubor abochornado—. Supongo que se me estaba yendo de las manos, ¿eh?

—Es natural —dijo Melinda—. Tienes derecho a sentirte así. Es como somos. Luna nos dio nuestra rabia, Gaia la bendijo, y el Wyrm la teme. —Mientras hablaba, Mephi recitaba en silencio las mismas palabras. Había tenido que pronunciar aquel mismo discurso delante de ella en más de una ocasión—. Forma parte de lo que somos, y no debemos negarle su vía de escape. Lo único que tienes que evitar es que te domine. Utilízala, pero sólo como quieras utilizarla. De lo contrario, conseguirás que te maten.

—Igual que ahí abajo —dijo Ivar. Señalaba a la Cloaca con un pulgar.

—Creo que ya lo capto pero, dime una cosa, Ivar. Si me hubiese echado encima de ti hace un minuto, ¿tú también te habrías dejado llevar por eso, como yo?

—Sí. Todos lo habríamos hecho, si hubiese ocurrido.

—Bueno, visto lo visto, supongo que me alegro de que no ocurriera. De todos modos, la próxima vez podíamos echarlo a cara o cruz.

Ivar le dedicó una sonrisa al muchacho y se encogió de hombros.

Melinda palmeó la espalda de Conrad y dijo:

—Qué va. Tienes la cabeza perfecta para encajar puñetazos, chaval.

Para aprender la lección, corrigió Cazadora de Lluvia.

—No la olvidaré —garantizó Conrad, meneando la mandíbula una vez más—. ¿Podemos hacer una promesa? ¿Todos?

Mephi ni siquiera se volvió para ver si aquello lo incluía a él. Nadie mencionó su nombre.

—Claro —dijo Melinda—. ¿Cuál?

—Vamos a hacer algo acerca de esto. Cuando le hayamos devuelto la piedra del sendero a Konietzko, vamos a dejar de merodear por ahí y vamos a convertir este sitio en nuestro protectorado. Aunque me lleve toda la vida, quiero que arreglemos este desastre. Quiero que recuperemos el túmulo y que reconstruyamos el clan del Descanso del Búho.

Ivar, Cazadora de Lluvia y Conrad fijaron los ojos en Melinda, que miraba de soslayo al joven. Cruzó la mirada con él, y luego con los demás miembros de su manada.

—¿Os quedaríais? —les preguntó a los tres.

No se debe errar sin territorio.

—Llevamos mucho tiempo dando tumbos, Buscadora de Luz —dijo Ivar—. Sobre todo tú y yo. Regresaremos y plantaremos aquí nuestro estandarte.

—Me da igual cuánto tiempo y esfuerzo nos cueste —dijo Conrad—. Si no puedo morir de viejo aquí, tras devolverle a este sitio la apariencia que le confirió Gaia, moriré en el intento.

—Somos uno, en mente, cuerpo y alma —dijo Melinda—. Somos una manada, y hemos tomado una decisión. Regresaremos y reclamaremos este lugar. Nos une nuestro honor.

Los demás se hicieron eco de la última frase, antes de permanecer de pie, juntos, para compartir un solemne momento de silencio. Mephi, solo al borde de la loma que dominaba la Cloaca del Tisza, levó los ojos a la luna y meditó acerca de lo que acababa de escuchar. Las palabras habían sonado sinceras, pero le costaba creer que pudieran convertirse en realidad. Sabía que los cinco tendrían suerte si conseguían regresar al clan del Cielo Nocturno con vida y con la piedra del sendero del Descanso del Búho.

Además, según podía ver Mephi, la tierra había sufrido un daño irreparable por una sola manada. El lugar se encontraba obstruido en dos frentes por los dementes excesos de la Tejedora y el Wym. Antes de que el río hubiese sido contaminado, la Tejedora había sido fuerte en aquel lugar. El hombre había excavado canales de riego y había construido diques para controlar y sanear al río. El hombre había tendido carreteras paralelas a las márgenes del río y puentes por encima de él. El hombre había levantado postes de teléfono y torres de alta tensión por toda la zona, en precisa formación. El hombre había impuesto su orden a aquella tierra virgen, y la Tejedora se había hecho fuerte. Podían verse Urdimbres por todas partes, justo debajo de la superficie de la Penumbra. La luna se reflejaba en hilachos de aquellas telarañas, aquí y allá, por toda la región, en todos los lugares que el hombre había tocado, reclamado y construido. La telaraña perseveraba incluso en la llanura mancillada y expoliada que se extendía a sus pies.

Mas donde antes había sido fuerte la Tejedora, ahora imperaba el Wym. El cieno contaminado que había discurrido por el lecho físico del río hacía meses había envenenado y corrompido a su contrapartida espiritual, al parecer más allá de toda posible salvación. Las llanuras sujetas a inundaciones que rodeaban las orillas del río también habían resultado afectadas, así como los pantanos que se alimentaban de sus aguas a lo lejos. Pese a los desnudos de las omnipresentes Urdimbres de aquella región, el paisaje de la Penumbra se había convertido en un yermo dantesco cuajado de porquería y putrefacción.

La tierra que permanecía impoluta y verde en el mundo físico era un légamo fétido en la Penumbra, y las toxinas burbujeaban hasta la superficie. Algunas burbujas eructaban sus excrecencias al aire que lo devolvía en forma de lluvias nocivas, mientras que

otras se limitaban a estallar y a filtrar su pútrido cargamento por el suelo, donde se formaban humeantes charcos viscosos. Lo que otrora fuesen los espíritus de árboles que levaban sus ramas al cielo se habían derrumbado, o bien se habían deformado hasta tornarse irreconocibles. Los espíritus arbóreos que quedaban se habían transformado en burlas nudosas y retorcidas. Se asemejaban a las garras crispadas de gigantes muertos tiempo ha, hundidos hacía eones en aquel nauseabundo tremedal. Los obesos nubarrones intentaban ocultar la luna y amenazaban con vomitar lluvia ácida de un momento a otro. Los lóbregos senderos lunares conducían a la Cicatriz, la Atrociidad, y puede que incluso a Malfeas. Los verdugones infectados que cuajaban el suelo señalaban la presencia de túneles del Wyrn a escasa profundidad. A lo lejos, en el interior de la Penumbra, los bordes de aquel territorio se replegaban sobre sí mismos, aislando aquella parcela profanada del resto del mundo espiritual.

El propio río era el corazón de la Cloaca. El viscoso fluido salobre reptaba mucho más despacio de lo que debería correr el agua, produciendo un sonido similar al de un cadáver amortajado con plástico que fuese arrastrado por un valle de cieno pegajoso. Algunas de sus secciones rezumaban y segregaban como si se tratara de una serpiente leprosa que se alejara reptando en busca de su lecho de muerte. Unas tiras indescriptibles de heces sólidas y grumos coloidales, relucientes como el aceite, flotaban y se hundían en el agua, avanzando hacia el reflejo del Danubio en la Penumbra Nacían y morían remolinos a lo largo del curso, y algunas contracorrientes conseguían avanzar varios metros río arriba antes de desmoronarse y encauzarse. Las espinas y los cadáveres de los peces muertos se amontonaban en las márgenes del río, al igual que los cuerpos de varias aves que habían comido demasiado pescado envenenado. Ningún espíritu de Gaia ni del

Kaos podría sobrevivir en un lugar así a partir de los frutos que ofrecía.

Los espíritus servidores del Wyrn, no obstante, eran legión, y en ellos concentró Mephi su atención. Espíritus de pájaros deformes, víctimas de mutaciones, aleteaban espasmódicamente sus extremidades asimétricas y picoteaban los detritos que cuajaban las orillas del río. Los retorcidos espíritus de los árboles que aún salpicaban el paisaje atrapaban a aquellos espíritus pájaro en nidos de pobre manufactura, tejidos con hilachos de Urdimbre. Arañas Tejedoras retorcidas, dotadas de demasiados ojos y de patas impares de múltiples articulaciones reparaban aquellos nidos improvisados, antes de dar cuenta de las aves capturadas según el enloquecido antojo del que hubieran sido imbuidas. Algunas transportaban a los espíritus maniatados a otros nidos en otros árboles, algunas arrojaban sus fardos al río, y algunas se limitaban a devorar la Esencia de los espíritus en el acto.

En otros lugares, espíritus más peligrosos o más horribles se afanaban en sus sobrecogedores quehaceres. Mephi vio cómo unas nauseabundas Perdiciones del limo H'ruggling salían a ras-tras del río, dejando rastros de baba a su paso. Vio cómo unas tumefactas Perdiciones de la toxina Wakshaani se extendían por el suelo como sábanas llenas de manchas y venas hinchadas. Manadas de Ooralath con armadura caminaban penosamente por el fango como si estuvieran patrullando. Enormes Scraggs dotados de garras como cuchillos se bañaban en el pestilente río y volvían a emerger, bautizados por la escoria.

Los espíritus de la Tejedora que aún permanecían ilesos remendaban las Urdimbres que bordeaban la Cloaca, pero todos sus intentos por reparar el daño eran en vano. El río estaba infestado de Perdiciones, según podía ver Mephi, que se encargaban de desbaratar cualquier incursión de la Tejedora. Los espíritus de la

Tejedora procuraban ribetear la corrupción para que no se extendiera aún más, pero el territorio que había reclamado el Wyrm no sería fácil de recuperar. Empero, eso era justo lo que acababa de prometer el Viento Errante. Con un zangoloteo de cabeza, Mephi les deseó buena suerte y que la gracia de Gaia estuviera con ellos.

El sonido de unas pisadas detrás de él le llamó la atención. Se volvió para ver a Melinda acercándose a él, mientras el resto de la manada permanecía reunida a varios metros de distancia, ocupándose de sus propios asuntos. A juzgar por la intensidad con la que se esforzaban por no mirar hacia allí, Mephi supuso que Melinda les había pedido que los dejaran a solas por unos instantes. La mujer se detuvo a su lado y miró colina abajo, hacia la Cloaca. Su rostro carecía de arrugas y de expresión, pero Mephi podía leer la tensión de sus hombros. Veía sus puños apretados. Las aletas de su nariz se dilataban como si estuviese cogiendo aire para soltar un aullido furioso. Mephi se preparó para lo peor.

—No estaríamos aquí de no ser por ti, Caminante —dijo Melinda, mientras paseaba la mirada por el paisaje expoliado—. No tendría que exponer a los míos a eso de ahí abajo.

—¿Qué? —Volvió la vista hacia los demás componentes del Viento Errante. Estaban sacando provisiones para la que sería su última comida más o menos relajada. Conrad levantó la cabeza, antes de apresurarse a agacharla de nuevo y recontar el contenido de su mochila.

—No había nada de esto cuando encontramos el Descanso del Búho. Sólo Urdimbres y espíritus del Kaos. Míralo ahora. Mira lo que ha hecho el Wyrm.

—Lo sé.

—Ivar ha visto cosas peores. Yo he visto cosas parecidas. Pero Cazadora de Lluvia y Conrad no consiguen asimilarlo. No saben cómo enfrentarse a algo así, y yo carezco de la experiencia

suficiente para liderarlos con garantías. Quizá si estuviese en los Estados Unidos lo intentaría, pero no estoy lo bastante familiarizada con estas tierras. Si no te hubiese visto en la Forja del Klaive, nos habríamos marchado sin más. Hay otros lugares que necesitan nuestra ayuda. Ivar tiene un hermano al que no ve desde antes de la caída del Telón de Sombras. Cazadora de Lluvia teme por los cachorros que dejó atrás al unirse a nosotros. Tenemos un montón de responsabilidades...

—Melinda, te ofreciste voluntaria para esto. Suena como si quisieras echármelo en cara.

—Así es. —Melinda se volvió por fin hacia él. Mantuvo la voz baja, a fin de que sus compañeros de manada no pudieran oírla—. Si no te hubiese visto... si no hubieses estado allí... no me habría ofrecido voluntaria. Conocía la gravedad de la situación aquí, y sé que los míos no están preparados para ella. Igual que sé que no sé lo suficiente como para adentrarme ahí con ellos y garantizar su seguridad. En un sitio así, no.

—Pero yo sí —dijo Mephi, completando el pensamiento de Melinda antes de que ella pudiera expresarlo con palabras—. ¿Cierto?

—Cierto —admitió Melinda, aunque la confesión sólo consiguió enervarla aún más—. Todo lo que sé acerca de la supervivencia en la Umbra lo aprendí de ti.

—Pero, a estas alturas, ya habrás aprendido lo suficiente para...

—En la Umbra, tú eres capaz de salir del infierno y llegar a tiempo para desayunar sin romper ni una rama y sin que ninguna Perdición arrugue la nariz siquiera. Contigo, incluso tenemos una oportunidad de terminar esto y volver sanos y salvos. Yo lo sabía, por eso tuve que ofrecer a mi manada como voluntaria y reclutararte después. De lo contrario, habríamos tenido que movilizar a

un contingente mucho mayor y privar a otro clan de sus guerreros para que nos abrieran camino por este tinglado. Ahora que estás aquí, a lo mejor conseguimos entrar y salir sin que se nos echen encima todos esos monstruos.

—¿Eso es lo que me echas en cara? No es propio de ti mostrarte tan irracional, Melinda. ¿Qué es lo que te molesta de verdad?

—Tú me molestas. El que estés aquí. Supongo que no puedo echarte la culpa. No eres el responsable de que coincidiéramos en la misma asamblea. Es sólo que me gustaría que no hubieses elegido este preciso instante para volver a aparecer como por arte de magia. Todo habría resultado mucho más sencillo. Pero así ha sido, y no pude dejar escapar la oportunidad de enderezar esta misión. No lo hiciste a propósito, pero me obligaste a ofrecermela voluntaria para esta empresa.

—¿Y si me hubiese negado a venir contigo? Te podría haber dicho que no cuando me lo pediste.

Melinda soltó un bufido.

—Seguro. Me sigo acordando de todo lo que sabía acerca de ti, Caminante, y dudo que hayas cambiado mucho. No te gusta ir a ninguna parte sin motivo. Después de una semana zanganeando por la Forja del Klaive, apostarías a que ya estabas dispuesto a implicarte en algún acontecimiento importante aquí o a regresar a los Estados Unidos, donde podrías realizar algo de valía. Sabía que te quedarías en cuanto supieses que yo iba a implicarme en algo importante y peligroso. Te sientes demasiado culpable como para negarme tu ayuda.

Melinda había apostado la seguridad y el buen nombre de su manada basándose en la impresión que tenía de él de un iluso que acudiría a rescatarla del peligro sin pensar en las consecuencias.

—Ya veo que me conoces muy bien —bufó Mephi.

—Y tanto —espetó Melinda. La antigua cólera desbancó a su naciente preocupación—. Pero que muy bien, a pesar del tiempo transcurrido. ¿Cuánto hace ya, diez años? ¿O es que ya ni te acuerdas?

—Mira, Melinda, ya basta —ladró Mephi—, no vas a conseguir que me sienta culpable de eso eternamente. Deja de echármelo en cara!

—O si no, ¿qué? —escupió Melinda—. ¿Saldrás corriendo y me dejarás tirada de nuevo? Venga, ahora tienes la oportunidad. Ya debería resultarte tan natural como el respirar.

Mephi tiró su cayado al suelo y asió a Melinda por los hombros.

—Déjalo, Buscadora de Luz, si no quieres que me marche de verdad. Os podéis ir al infierno, vuestra piedra del sendero, vuestra misión y vosotros. Me marcharé!

La emoción que se había estado acumulando en los ojos de Melinda aumentó en un parpadeo. Sus hombros se envararon bajo las manos de Mephi. Dio un paso atrás, con brusquedad, alejándose de él, y se quedó mirando al cayado que dividía el mundo entre ellos. La amargura la había abandonado por completo, lo único que brillaba en sus ojos era el dolor. El dolor de una niña pequeña que había perdido a su mejor amigo, a su hermano mayor y a su padre adoptivo, todo al mismo tiempo. Mephi, pálido ante su arrebato, hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y agachó la cabeza a su vez. Durante largo rato, ambos permanecieron en silencio.

—Melinda, escucha —dijo Mephi al cabo, sin levantar la vista—. Sigo conociéndote bien, creo, y sé qué es lo que está ocurriendo. Estás asustada. Estás en tu derecho si me guardas rencor, y podría llegar a entender que no me perdonaras jamás por haberte abandonado cuando seguías siendo una cachorra, pero

así no vas a solucionar nada. Y menos si eso no es lo único que te irrita. Salta a la vista lo mucho que te preocupas por tu manada, y tienes miedo de perderlos cuando bajemos a esa Cloaca. Si todavía conservas tus dos dedos de frente, lo más probable es que temas no regresar tú tampoco. Te esfuerzas por mostrar tu faceta de líder que no se arredra ante nada, pero es mucho el peso que te has cargado a la espalda. Si no te deshaces de ese peso añadido, te distraerás y no podrás ser una líder de ningún tipo.

—Ya lo sé. Sé que me va a abandonar la concentración cuando los demás me necesiten. Eso es lo que te echo en cara, más que nada. Hace unos cuantos años, cuando dejé de sentirme constantemente ofendida por ti, me di cuenta de que necesitaba hablar contigo. Pero tú no aparecías por ningún sitio. No podía gritarte, ni hablar contigo, ni perdonarte, ni decirte que te odiaba ni nada de nada, porque tú no estabas.

—Ahora me tienes aquí. Ya sé que no es gran cosa, pero aquí estoy. Si quieres hacerte con las riendas de tus temores y dejar esto atrás de una vez, tenemos que hacer las paces.

—Sí. Lo único que espero es que no sea demasiado tarde.

—Igual que yo. ¿Por dónde empezamos? Tenía un discurso en mente por si nos volvíamos a ver, pero nunca terminó de convencerme.

—Hablemos de por qué me asusta que el Viento Errante se disponga a afrontar una situación tan importante como peligrosa, Mephi. Te guste o no, ése ha sido el principal legado que me dejaste.

—Está bien. —Le costaba mantener la vergüenza lejos de su voz, pero una parte de él se alegraba de que por fin hubiese dado comienzo aquel debate.

—No me asusté la primera vez que me enseñaste el aspecto de una Plaga. La primera vez que tuvimos que bordear una Cloaca,

tampoco tuve miedo. La primera vez que me quedé atascada en la Urdimbre mientras intentaba cruzar la Celosía y me vi cara a cara con aquella Araña Tejedora, no me asusté. Todo gracias a que sabía que tú estabas allí, junto a mí. De repente, una noche, dejaste de estar allí. Te habías ido, y yo tuve que erigirme en mi propia líder y valerme por mí misma. Aunque sabía que podía conseguirlo, siempre tenía que tragarme mi miedo antes de hacer lo que tuviese que hacer. Ahora sigue siendo así, aun cuando tú has vuelto. ¿Por qué? ¿Por qué no consigo ser fuerte y convertirme en una líder que no se asuste ante nada? Pese a sentir temor, sé que soy fuerte, pero luego... no lo soy.

Mephi meneó la cabeza y miró a Melinda con ojos abatidos.

—Siempre lo has sido, Lin. Desde que yo te conozco, siempre has sido valiente y arrojada. No sé de qué rincón de tu mente emana esa sensación de la que hablas, pero hice bien en abandonarte cuando lo hice. Un hombre lobo tiene que ser indómito y capaz de valerse por sí mismo, o no podrá sobrevivir al mundo que nos rodea. Desde tu Primer Cambio, nunca estuviste sola. Nunca aprendiste a cuidar de ti misma porque yo siempre estuve allí, ocupándome de ti. Incluso después de aprender todo lo que podía enseñarte, te habrías quedado desvalida si me hubiese ocurrido cualquier cosa. Dependías demasiado de mí.

Cuando Melinda alzó el rostro por fin, el dolor seguía nublándole los ojos, pero exhibía una sonrisa desabrida.

—¿Me estás diciendo que era una plasta?

—No, Lin, te estoy diciendo que eras blanda. El tiempo que pasamos juntos te estaba ablandando para la tarea que nos ha sido encomendada. Tu rabia no tenía dónde arraigar. Te lo estabas pasando demasiado bien conmigo, y ésa no es la actitud propia de un hombre lobo. Hice lo que era mejor para ti, antes de que fuese demasiado tarde.

—No me digas.

—Verás, ese miedo que tienes que tragarte, si hubiésemos permanecido juntos y me hubiese ocurrido algo, ese miedo sería ahora aún mayor y más difícil de tragar. Eso, o tu pesar te habría dejado paralizada o te habría empujado al Harano.

—Bueno, aquí hay alguien que está un poquitín pagado de sí mismo.

—Es cierto. Le ocurre siempre a los cachorros de Caminantes Silenciosos que permanecen apegados a sus mentores durante demasiado tiempo tras el Cambio. Cuando vi que también a ti te estaba sucediendo, hice lo único que se me ocurría.

Melinda frunció el ceño, apartó la mirada, juntó las cejas un poco más y, por último, volvió a mirar a Mephi.

—¿No me lo podías haber dicho antes, Mephi? Era una chica lista, lo habría entendido.

—Ojalá hubiese podido pero, si te lo explicaba y te dejaba en un túmulo, no habrías dejado de esperar que volviera. Una parte de tu mente habría pensado siempre en mi vuelta. Elegí la mejor opción. Quería que fueses fuerte, y nadie es más fuerte que aquel que ha sido abandonado.

—¿Eso es lo que te enseñó el hombre lobo que te crió?

—No. Lo aprendí de uno de mis padres. Pero es verdad. Mira lo que has hecho desde entonces. Mírate ahora, por el amor de Gaia. Te has forjado un hogar a medio mundo de distancia del lugar donde comenzaste. Quizá tengas razón al decir que no estarías aquí esta noche si yo no me hubiese presentado en la Forja del Klaive, pero no serías ni la mitad de Garou de lo que eres ahora si yo no te hubiese dejado sola cuando lo hice.

Melinda dedicó mucho tiempo a rumiar aquellas palabras, posando los ojos en todas partes, salvo en Mephi. Miró a sus compañeros de manada, que seguían ocupándose de sus propios

asuntos, educadamente, lejos del alcance de sus voces. Cuando volvió a mirar por fin a Mephi a los ojos, el dolor comenzaba a mitigarse, ya ni siquiera parecía enfadada. Ahora, sólo parecía mayor y más triste. La última hebra tenaz de su inocencia infantil se había soltado, dejando tan sólo a la adulta endurecida. Mephi supuso que lo único que había buscado Melinda durante todo aquel tiempo era una explicación de por qué la había abandonado. Quería zanjar el asunto. Tanto si comprendía su razonamiento como si aún quedaba ver que estuviese de acuerdo con él, lo aceptaba.

—¿No pensaste nunca en formar una manada, Mephi? Todos los componentes del Viento Errante somos más fuertes gracias al lazo que nos une. En nuestra manada no cabe eso de depender demasiado los unos de los otros.

—Ya. Así es como funciona una manada. Sin embargo, eso no era lo que compartíamos tú y yo.

—Entonces, ¿por qué no pudimos habernos convertido en una manada? Cuando estábamos juntos, siempre me pareció extraño que los lobos naturales corrieran en manada, mientras que parecía que era distinto para los hombres lobo.

—No habría dado resultado. No va conmigo.

—¿Cosas de Caminante?

—En parte. Cosas mías, sobre todo. No sé explicarlo.

Melinda se encogió de hombros y se volvió hacia la loma y la Cloaca. Un cambio gradual comenzaba a operarse en su semblante, tensando su mentón, levantando su barbilla y endureciendo el brillo de sus ojos. Mephi permaneció en silencio y dejó que el proceso siguiera su curso. Se agachó para recoger su cayado del suelo. No presentaba ninguna grieta, ni parecía más desgastado que antes de emprender viaje con el Viento Errante.

—Me alegro de que lo conservaras —dijo Melinda, mientras Mephi plantaba el cayado entre los dos y se colocaba junto a ella—. Tras tu desaparición, creí de veras que te desharías de él.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. No quería olvidarme de ti, Lin. Eso sería peor que dejarte atrás. Las personas siempre siguen ahí, esperando a que vuelvas a encontrarte con ellas pero, si te olvidas de ellas, se van para siempre. Es lo último que hubiese querido.

—Bien. Porque si lo hicieras, me temo que tendría que buscarte allá donde estuvieras para partirte la cara.

—«¿Quién es ésta que me está partiendo la cara?», diría yo —bromeó Mephi, con una tentativa de sonrisa—. «¿A qué viene esto señora? ¿La conozco de algo?».

Una tenue sonrisa iluminó el rostro de Melinda, y Mephi se regocijó en secreto al verla. No era la misma sonrisa que recordaba de años atrás, pero era genuina. Era la primera sonrisa sincera que veía en ella desde hacía diez años.

—Mira eso de allí abajo, Caminante —dijo Melinda, tras un momento de paz entre ellos—. ¿De verdad podremos salir de ahí?

—Claro que sí, Lin. Entre los dos, lo conseguiremos.

—Más nos vale. Mephi, antes de irnos, déjame pedirte un favor.

—¿Cuál?

—No me llames Lin. Ya no soy esa persona. Ahora soy Buscadora de Luz.

—De acuerdo, Buscadora de Luz. Me parece bien. Ahora, hablemos de cómo vamos a sacar esta piedra del sendero de ese follón de ahí abajo y regresar a casa sanos y salvos.

Capítulo catorce



—¿Amigo tuyo? —le preguntó Espina de Alcaudón a Tajo Infectado cuando se hubieron reunido con Astillahuesos.

—Un antiguo compañero de manada. Ahora me cuesta reconocerle.

—¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo —mintió Tajo Infectado.

En el suelo, entre ellos, yacía el que otrora fuese el cuerpo del Guarda del Descanso del Búho. Ahora no era sino un cascarón con forma homínida, abierto en canal y profanado por los Ooralath y los Scrag, y probablemente también por Astillahuesos. La herida menos grave que presentaba el cadáver del hombre era el agujero irregular de su estómago, que permitía la visión de la oquedad de su abdomen. En el fondo de aquel pozo abierto descansaba lo que parecía ser una perla aplanada con la diminuta marca de la huella de un lobo en un lateral. Al parecer, el Guarda se la había tragado mientras huía del Descanso del Búho, víctima de la desesperación.

—Los Ooralath lo encontraron esta mañana —dijo Astillahuesos, acucillado junto al cuerpo. Tiró del inerte labio inferior del cadáver con una garra—. Todavía la tiene.

—Sí, así es —repuso Espina de Alcaudón, al tiempo que se arrodillaba junto a Astillahuesos en el fango de la Penumbra y metía la mano en la apertura del estómago del Guarda. Sacó la pequeña piedra del sendero y limpió la sangre que cubría sus caras achata-das. Refulgó con una tenue luz roja.

—Bien —dijo Tajo Infectado—. Ahora, ¿qué hacemos con ella?

—¿La llevamos a casa? —sugirió Astillahuesos. Terminó de ar-rancarle el labio al Guarda y sostuvo el trozo de carne, semejante a una sanguijuela, en la palma de su mano—. Se la damos a Arastha.

—No —dijo Espina de Alcaudón—. Tengo una visión que con-vertir en realidad en este sitio tocado por el Padre.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —quiso saber Tajo Infectado.

—Un ritual —repuso Espina de Alcaudón, con la mirada per-dida en el vacío—. Un ritual especial que el Padre me ha confiado. Ha llegado la hora.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó Astillahuesos—. ¿Cómo podemos ayudar?

—Los cuerpos de los guerreros. ¿Cuántos se han rescatado del túmulo?

—Cuatro enteros —contestó Tajo Infectado—. Los demás se re-partieron entre las manadas que ayudaron a conquistar el túmulo después de la contaminación del Tisza. Y ahora tenemos a éste.

—Cuatro enteros son suficientes. Traedlos aquí, vosotros dos, y colocadlos como yo os diga.

Tajo Infectado y Astillahuesos se apresuraron a alejarse al un-ísono para recoger los cadáveres de los guerreros Garou, como les había pedido Espina de Alcaudón.

Capítulo quince



—Padre nuestro, prisionero —entonó el alto Danzante de la Espiral Negra, tras su improvisado altar de cadáveres de Garou—, santificado sea su nombre. Venga a nosotros su libertad, hágase su voluntad, así en la Tierra como en la Umbra, y en el resto de la Creación.

—Esto tiene mala pinta —murmuró Conrad, sin dirigirse a nadie en concreto.

Tanto él como Mephi y el resto del Viento Errante yacían tendidos tras el parapeto de una elevación erosionada, a escasas decenas de metros del pulpito del Danzante. Cuando el Hijo de Gaia hubo realizado el rito de la Piedra de Búsqueda al borde de la Cloaca del Tisza, no tardaron en encontrar el cuerpo del Guarda del Descanso del Búho. Con Mephi a la cabeza, la manada se había movido por la Cloaca sin llamar la atención, e incluso habían descubierto un lugar razonablemente seguro para cruzar el reflejo del Tisza en la Umbra. Ahora, no obstante, podía decirse que se habían metido en un atolladero.

—Concédenos tu gracia y tu poder —continuó el Danzante de la Espiral Negra—, y castiga nuestros pecados así como nosotros castigamos los de nuestros semejantes.

El objeto de la atención del Viento Errante era uno de los tres Danzantes de la Espiral Negra que se arracimaban alrededor de un ara impía, rodeados a su vez por una hueste de Ooralath y Scrag. El altar erigido en el centro de aquella horrenda congregación consistía en cuatro cadáveres sentados en el suelo espalda contra espalda, unidos entre sí por sus propios intestinos entrelazados. La cabeza de cada fallecido pendía sobre su pecho; un quinto cuerpo se había tendido sobre sus hombros, a modo de superficie de una mesa. Las heridas de ese cadáver se abrían al desigual firmamento cuajado de nubarrones, y una luz enfermiza refulgía en algún lugar de su estómago descuartizado.

—¿Qué está haciendo? —susurró Conrad, que luchaba por mantener el control de sí mismo—. Ésos son el Guardián y el Guarda del Descanso del Búho. ¿Qué les está haciendo ese hijo de puta?

Todo el mundo miró a Melinda, que se limitó a menear la cabeza.

—No lo sé. Un rito de alguna clase, pero no lo conozco.

—¿Tiene la piedra del sendero? —murmuró Ivar.

—Ese cuerpo... encima de esa... cosa, es el del Guarda —dijo Conrad. Tragó saliva y apartó la vista del altar de los Danzantes—. Si lo tienen, se habrán hecho también con la piedra.

—No nos dejes caer en la debilidad —continuó el Danzante—, para que podamos librarte de todo mal.

—Debe de estar intentando conectar con los demás túmulos —dijo Mephi—. Tal y como predijo el margrave.

Hemos llegado demasiado tarde, se lamentó Cazadora de Lluvia. Su rabo pendía lacio, agachó la cabeza.

—No —dijo Melinda—. Eso lo haría en el Descanso del Búho. Allí es a donde conducen los puentes lunares, no aquí. Además,

esto no parece un rito normal. Es una invocación, de eso estoy segura.

—Tuya sea la sabiduría, el honor y la gloria, por los tiempos de los tiempos —concluyó el Danzante—. *In nomine vermiis*. —Los otros dos que lo acompañaban levantaron la cabeza de lo que parecía ser una actitud de oración reverente y miraron alrededor. El hombre lobo anaranjado en forma de Crinos se volvió hacia el orador. El otro Danzante permaneció en forma homínida, y escrutó los alrededores con más atención. No vio al Viento Errante, pero parecía tenso y suspicaz.

—No me lo puedo creer —musitó Melinda. Su súbito arranque de rabia apenas le dejaba pronunciar las palabras—. Sigue con vida.

—Traidor —escupió Ivar.

—¿Quién? —preguntó Mephi.

—El de la derecha —explicó Conrad—. Se llama Eric Roba el Fuego. Es uno de los Guardianes del clan del Descanso del Búho. Era. Ahora, parece que esté...

—Muerto —masculló Ivar. Apretó el mango de su martillo de guerra con tanta fuerza que la madera crujió—. Murió el día en que consintió la violación de su túmulo.

No es lo primero, roncó Cazadora de Lluvia. *La piedra del sendero*.

—Exacto —convino Melinda, clavando puñales con los ojos en la espalda del traidor—. Sea lo que sea lo que estén haciendo con ella esos tres, tenemos que evitarlo.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Conrad—. ¿Y cómo vamos a llegar hasta allí con todas esas Perdiciones de por medio?

—Padre —dijo el alto Danzante, con los brazos tendidos hacia el cielo. Sostenía en la mano derecha un trozo ennegrecido de algo que los silenciosos testigos no pudieron distinguir recortado

contra el firmamento nocturno. Podría tratarse de la escama de un dragón, o del diente del tiburón más viejo y de mayor tamaño del océano. Se había practicado un agujero en su cara roma, de modo que el Danzante pudiera esgrimirlo como si de una puntilla se tratara—. Tu Hijo Olvidado yace prisionero y aletargado en la lejana tierra del sur. Pese a todo tu poder y a tu presencia en este lugar, tu Hijo Olvidado no puede despertar.

Mephi miró a Melinda con ceño interrogante, pero ella se limitó a componer un rictus de confusión y se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí sentados? —susurró Conrad, con voz ronca—. Buscadora de Luz, vamos...

Chis, instó Cazadora de Lluvia.

—No —dijo Melinda, estudiando el terreno que los separaba de los Danzantes y de la piedra del sendero que habían venido a recuperar—. Tiene razón.

—Pero ahora —continuó el Danzante— nos has mostrado el camino. Nos has concedido tu visión, y ésta nos ha abierto los ojos. Calcina nuestra ignorancia, oh Padre, y permítenos recordar a tu Hijo Olvidado. Ofrendamos estas almas sin santificar. Las encomendamos a tu servicio.

Mientras hablaba el Danzante, el esperpéntico altar dispuesto a sus pies comenzó a estremecerse. Los ojos de los cadáveres que componían la base se abrieron de golpe, y un aullido de ultratumba brotó de sus gargantas. Las piernas de los hombres lobo fallecidos comenzaron a golpear el suelo, y sus brazos se elevaron como las articulaciones de unas marionetas sujetas a hilos enredados. Cada uno de los cadáveres se aferró a una de las extremidades del Guarda, lo tensaron y lo levantaron en volandas. El cuerpo osciló estirado entre sus brazos extendidos, a punto de rasgarse bajo su propio peso, tal era la gravedad de sus heridas. La enfermiza luz roja emanó de él con mayor intensidad, y el

fantasmagórico aullido seguía emanando, ininterrumpido, de las bocas de los difuntos Garou. Los dos Danzantes que no estaban hablando hincaron una rodilla en el suelo, y todas las Perdiciones de las inmediaciones comenzaron a bambolearse en su sitio.

—Ayúdanos a recordar, Padre —dijo el Danzante, sosteniendo la daga por encima de su cabeza, con ambas manos—. **¶** Concédete a tu Hijo Olvidado la fuerza para derribar los muros de su prisión! **¶** Muéstranos las cadenas que lo atan, para que podamos liberarlo!

Mientras hablaba, un fulgor verde emanó de la punta de su puñal; su fea luz lo bañó junto a sus dos compañeros de manada. El brillo aumentaba a la par que el volumen de su voz.

—¿Cuál es tu plan, Buscadora de Luz? —preguntó Mephi, procurando que su desesperación no asomara a su voz.

—Allí. —Melinda señaló a un punto más allá de los tres Danzantes de la Espiral Negra—. ¿Veis esa línea elevada que discurre desde aquí hasta detrás de ellos?

—Sí —afirmó Conrad.

También Mephi la veía. Parecía una mera banda de frenado, salvo por el hecho de que recorría casi doscientos metros por terreno descubierto antes de desaparecer. Otras líneas similares ampollaban el resto de la piel de la Cloaca. Desde la cima que le había otorgado al Viento Errante su primera vista de la Cloaca, Mephi había reconocido aquellos verdugones. Señalaban las bóvedas de los túneles del Wyrn. La protuberancia a la que se refería Melinda pasaba a tres metros escasos del altar, y discurría en línea recta hasta un punto próximo al borde de la elevación tras la que se ocultaba el Viento Errante en esos momentos.

—Bien —le dijo Melinda a Conrad—. Tú vienes conmigo. Adopta tu forma de Lupus y sujeta ese hilo.

—Buscadora de Luz, ¿has perdido la cabeza? —dijo Mephi.

—Ivar, Cazadora de Lluvia, sabéis en qué estoy pensando —continuó Melinda, haciendo caso omiso de la protesta de Mephi—. Igual que sabéis lo que necesito.

—Una distracción —dijo Ivar, impertérrito.

—Una distracción de la hostia —puntualizó Conrad. Todavía no había cambiado de forma, y su piel se veía mucho más pálida que hacía un instante—. Jesús, Melinda...

—Los ojos a distraer son demasiados —dijo Mephi—. Tu idea es suicida.

—A mi no me hables —dijo Melinda. Señaló a Ivar y a Cazadora de Lluvia—. Ayúdales a pensar en cómo conseguir que todos esos ojos miren hacia otro lado.

—Veinte alientos largos para cubrir esa distancia. Luego crece y sal del suelo. No te pares.

Melinda asintió y miró a Conrad.

—¿Ha quedado claro?

Conrad asintió con la cabeza.

—Bien. Ahora, que no cunda el pánico. Es un trecho corto, y parece que todas las Perdiciones están en la superficie. No tendremos motivos para asustarnos hasta que salgamos por la otra punta. ¿Preparado?

Conrad se enderezó, inhaló una honda bocanada, agarró el cordón con su colgante de cristal entre los dientes y asumió su forma de Lupus.

—Morid bien —les dijo Ivar a los dos—, o no muráis.

Melinda asintió con gesto solemne, antes de volverse hacia Mephi. Le dio un apretón en el hombro y lo miró a los ojos.

—No es tanto lo que te pedimos. Tan sólo danos una distracción, y que sea buena. Contamos contigo.

Mephi se mordió la lengua, a sabiendas de que las protestas no conducirían a nada. Se limitó a asentir, con gesto contrito, y a decir:

—No te decepcionaré.

Melinda esbozó una sonrisa impávida y se volvió hacia Conrad.

—Por aquí, Piedras. —Señaló el borde de la elevación más próximo al extremo del túnel del Wyrn—. Vamos a cavar aquí.

Capítulo dieciséis



Espina de Alcaudón sostuvo el puñal por encima de su cabeza, con ambas manos, mientras crecía la bola radiante de energía de su punta. Sus compañeros de manada permanecieron paralizados por el asombro, y las Perdiciones sirvientes que los atendían se encontraban al borde de un paroxismo reverente. Los sacrificios que conformaban el altar chillaron. Había llegado la hora.

—¡Ahora, Padre! —aulló, asumiendo su forma de Glabro, movido por la exultación—. ¡Ahora, concédele fuerza a tu Hijo Olvidado! ¡Arrójalo contra los barrotes de su prisión! ¡Ótorgale tu tormento! ¡Embúyelo de tu poder!

Aquel poder fluyó a través de Espina de Alcaudón, enalteciéndolo aún más, hasta su forma de Crinos, para converger en un cegador sol de Pira de Corrupción por encima de su daga. Oleadas de energía invisible emanaron de ella, aniquilando a las Perdiciones menores, revolcando por el suelo a los espíritus más poderosos, y llegando a obligar a arrodillarse a sus compañeros de manada. Empero, Espina de Alcaudón permanecía de pie. Era el ojo de la tormenta. Era la voz del torbellino. Por un glorioso y atroz momento, fue el Wyrn, el Descreador, el Equilibrio. Con un aullido torturado y extasiado, clavó el flamante puñal que sujetaba en

la piedra del sendero, empapada de sangre, que descansaba en el centro de su ara.

Cuando el poder del Wyrm se estrelló contra la piedra del sendero, se produjo una única nota, estridente y discordante, que resonó entre las Urdimbres y sobre la mismísima superficie de la Celosía, ondulando sobre el mundo espiritual igual que una película de agua estancada. Ni la piedra ni el puñal se rompieron, pero el altar impío bajo ellos se desmoronó y quedó destruido. Incluso las Perdiciones más estólicas de las inmediaciones resultaron aniquiladas, donde sólo permanecieron ilesos los Ooralath y los Scraggs más resistentes. Astillahuesos y Tajo Infectado se desplomaron, y el más próximo de los túneles del Wyrm se derumbó. Los chillidos y los gañidos del poder acumulado se desvanecieron, dejando a la Cloaca y a la Penumbra circundante sumidos en un silencio sobrecogedor en kilómetros a la redonda. De Espina de Alcaudón, no quedaba ni rastro.

Capítulo diecisiete



En algún lugar muy lejano, hacia el sur, algo se agitó. Era un ser aprisionado durante mucho tiempo, al igual que la entidad más antigua que lo había engendrado, pero dotado de una malevolencia mucho más activa. Ese ser vio unos ojos plateados como cabezas de alfileres y escuchó una voz apagada y reverente que lo instaba a levantarse. La diminuta voz le pedía que despertara y que cumpliera con la voluntad de su padre, al igual que hiciera en un tiempo ya olvidado. Alababa, insistía y ordenaba, aquella voz diminuta. Enfurecido porque aquel ser insignificante le exigiera lo imposible, la entidad lo devoró. Sin embargo, cuando la voz se hubo callado, la entidad no pudo recuperar el sueño. Volvía a ser consciente de su encarcelamiento, de que hacía tiempo que había sido olvidado.

Aquellas revelaciones enfervorizaron a la entidad, que comenzó a flexionar sus articulaciones, entumecidas por el letargo. Cuando aquellos denuedos se hubieron demostrado vanos, la entidad se debatió con todas sus fuerzas y bregó con sus ataduras. Los grilletes se tensaron y amenazaron con ceder, pero al final resistieron. Cegada por la frustración, la entidad se arrojó contra los barrotes de su prisión, decidida a ganarse su libertad o a

perecer en el intento. Ni siquiera aquel esfuerzo dio resultado, no obstante, y la entidad se desplomó.

Llegada a aquel punto, la entidad hubiera devorado su propia cola y se hubiese concedido la bendición del olvido, de no ser porque la repentina sacudida de una de sus cadenas, a lo lejos, en el norte, había renovado sus esperanzas.

Capítulo dieciocho



Mucho después de la explosión de energía, Mephi se incorporó por fin, parpadeó para combatir las motas de luz que le nublaban la vista y sacudió la cabeza para despejarse. El fango maloliente se adhería a él; la cabeza de cobra de su cayado tenía la boca llena de limo. Aferrado al bastón, se apresuró a escudriñar la zona en busca de supervivientes de... lo que fuese que había ocurrido. Ivar se erguía tan orgulloso y firme como una montaña a algunos metros de distancia, y Cazadora de Lluvia volvía a incorporarse a escasa distancia de él. Ambos miraron a Mephi, y los tres volvieron la cabeza en dirección al trío de Danzantes de la Espiral Negra.

Casi todas las Perdiciones que se habían encontrado en un radio de cincuenta metros de los Danzantes se estaban desintegrando para reformarse en alguna otra parte, y las que permanecían allí estaban dispersas y aturcidas. Dos de los Danzantes parecían ilesos, pero el tercero yacía de bruces en forma homínida. Los otros dos se miraron entre sí como si cada uno esperara una orden del otro. Al parecer, no sabían mejor que Mephi qué era lo que había ocurrido. Habían estado de pie, se había producido una explosión y luego... nada.

Mientras la mente de Mephi trabajaba a toda máquina, se percató de que Ivar y Cazadora de Lluvia habían vuelto la vista atrás,

hacia el río Tisza. Mephi siguió la dirección de sus miradas, y lo que vio sólo logró confundirlo aún más. Un brillante rayo de luz manaba de alguna parte hacia el sur y se extendía por la tierra de la Penumbra hasta un punto situado a varios cientos de metros hacia el norte; presumiblemente, debía de tratarse del resultado del rito que habían llevado a cabo los Danzantes. Mephi hizo visera sobre sus ojos con una mano y vio que el rayo parecía estar compuesto por una intrincada trenza de hebras de Urdimbre. Se perdía en la lejanía, pero zumbaba a causa de la tensión, como si lo que hubiera en el extremo sur estuviera tirando de él con todas sus fuerzas.

Mephi se dio cuenta de que lo que estaban mirando Ivar y Cazadora de Lluvia era el punto en el que el rayo tirante disecionaba el reflejo del río Tisza en la Penumbra. Las aguas tóxicas chisporroteaban y salpicaban a su paso bajo el haz, y algo en lo hondo del lecho comenzaba a agitarse. El agua se ennegreció y salpicó, y una enorme cola rayada y jaspeada lanzó una rociada de líquido hediondo varias docenas de metros por los aires. Cuando la cola del ser volvió a golpear las aguas, su cabeza se alzó rozando casi el rayo que atravesaba su hogar.

La bestia no se parecía a nada que Mephi hubiese visto antes. Sintió que debería apartar la mirada si no quería que el terror y la furia lo enloquecieran. El ser era la encarnación de la toxina, el légame y la contaminación, y execraba H´rugglings y Wakshaani por las docenas de orificios porosos que moteaban su pellejo aceitoso. Mephi supuso que aquel ser deforme era lo que quedaba del otrora orgulloso y hermoso espíritu del río Tisza, tras la polución y el envenenamiento de sus aguas. Giró sus agusanados ojos blancos y su boca expelió una oleada de vómito líquido prensil. Cuando aquel tentáculo explorador encontró el haz trenzado de luz, se enroscó varias veces a su alrededor, impulsando hacia

adelante a la repugnante bestia. El espíritu corrupto, impulsado por el hambre, el designio o un antojo enloquecido, comenzó a roer el rayo de energía del Patrón.

Cuando Mephi logró por fin apartar la vista de aquel espectáculo desquiciado, vio que los dos Danzantes restantes se contraban tan absortos como él mismo se había sentido. Observaban, transfigurados, cómo el antiguo espíritu del río Tisza se afanaba en su labor. Lo que no vieron fue un par de largos brazos velludos que sobresalían del suelo a escasos metros por detrás de ellos. Unas manos dotadas de largas garras excavaron frenéticas en el cieno hasta que Melinda emergió en su desgredada y jaspeada forma de Crinos. No fue hasta que la hubo visto que Mephi se dio cuenta de que el túnel por el que habían viajado ella y Conrad se había venido abajo. Donde el suelo se mostrara cóncavo y relativamente liso, se extendía ahora una trinchera poco profunda. Aunque Melinda había conseguido abrirse camino hasta el exterior, Conrad no aparecía por ninguna parte.

Mephi volvió a mirar a Ivar y a Cazadora de Lluvia, pero los descubrió embelesados, presa de una fascinación horrorizada, ante los acontecimientos que tenían lugar en el río. Ninguno de ellos se daba cuenta de que Melinda seguía con vida, ni de que el Viento Errante tenía una misión que cumplir. Era un milagro que Melinda disfrutara aún de una distracción y de la oportunidad de encontrar la piedra del sendero. La ascensión de la criatura del río había supuesto un entretenimiento temporal, pero los Danzantes comenzaban ya a salir de su estupor, como hiciera antes Mephi.

Teniendo todos aquellos factores en cuenta, con su vida y la de los miembros del Viento Errante en la cuerda floja y sin tiempo para planes ni estrategias, Mephi hizo lo primero que se le ocurrió. Se plantó de un salto a la vista del Viento Errante y de los Danzantes, asumió su forma de Crinos, echó la cabeza hacia atrás

y aulló con todas sus fuerzas. Mephi, cuya figura recordaba a la del legendario Anubis, con su cayado plantado a un costado, profirió un Grito de Júbilo y rezó para que no fuese el último.

—**¡Miradme!** —retó a los Danzantes—. **¡Soy Mephi Más Veloz que la Muerte! ¡Venid a mí si estáis dispuestos a morir! ¡Os ensartaré a ambos en este bastón y serviréis de alimento para los chacales del desierto! ¡Si corréis, os alcanzaré! ¡Soy más rápido que la muerte, pero ésta es mi compañera!**

El aullido sacó a los Danzantes de su estupor. Le miraron como si se hubiese vuelto loco. Incluso Melinda se quedó paralizada, detrás de ellos. El Danzante que seguía en forma de Homínido se convirtió en un ojeroso Crinos con rayas blancas. Antes de que su compañero o él pudieran correr a responder con sus garras al grito de Mephi, no obstante, otro aullido se dejó oír a unos cuantos metros a la izquierda de Mephi.

—**¡Cobardes!** —exclamó Ivar, saltando por encima de la elevación y cambiando a su forma de Crinos con el mismo movimiento fluido—. **¡Soy Ivar Odiado del Wyrn! ¡He asesinado a vuestros hermanos en vuestra propia casa! ¡He visto las peores pesadillas con las que es capaz de soñar vuestro señor y he vivido para contarlas! —Ondeó su enorme martillo de guerra por encima de su cabeza, con una sola mano—. ¡La cabeza de este martillo pondrá punto y final a vuestra historia!**

Antes de que Ivar hubiera terminado su declamación, Cazadora de Lluvia ya había acudido a su lado en forma de Crinos. Terminado el discurso de su compañero, dio comienzo el suyo, enunciado en la lengua Garou tradicional en vez de su acostumbrado dialecto lobuno.

—**¡Soy la que dio caza durante tres días seguidos a un hombre bajo la lluvia torrencial porque había delinquido! —aulló—. ¡Ahora no llueve! ¡Sois fáciles de encontrar!**

Los dos Danzantes intercambiaron sendas miradas antes de llevar las cabezas al unísono.

—**S**omos la Visión de Nuestro Padre! **A**delante! **R**audos, hijos de nuestro Padre! **A** la guerra!

Al aullido de los Danzantes, los esqueléticos Scraggs de garras aceradas, los acorazados Ooralath de cuatro patas y los desgarradas y estridentes Psicomaquias que quedaban aún con vida comenzaron a agruparse. Al unísono, cargaron contra los tres Garou que se habían atrevido a retarlos.

Aullando de furia, los Garou se abalanzaron contra el torrente que se les venía encima.

Capítulo diecinueve



Melinda Buscadora de Luz salió del suelo expulsando limo por la nariz y escupiéndolo por la boca. Frotarse los ojos era inútil, dado que tenía las manos y los antebrazos tan embadurnados como los párpados. Esperaba que fuesen a destriparla de un momento a otro, incapaz de ver, oír u oler como estaba, expectativa que no le disgustaba. Un final rápido y doloroso conseguiría apartar al pobre Conrad de su mente. Cuando el túnel del Wyrn había comenzado a derrumbarse, su primer instinto le había dictado cambiar de forma y empezar a cavar antes de verse enterrada por completo. Conrad, sin embargo, había sucumbido al pánico y había echado a correr en dirección contraria. Lo último que había escuchado Melinda era el lastimoso grito de ayuda antes de que las paredes se vinieran abajo. Tras lo que le había parecido una hora de esfuerzo, había conseguido liberarse, pero ahora no tenía ni idea de cuál podía ser el paradero de Conrad. No podía regresar para rescatarlo.

Tras un momento interminable durante el que deseó que cualquiera de los tres Danzantes de la Espiral Negra cercanos le desgarrara la garganta, Melinda consiguió quitarse el suficiente barro de los ojos como para ver. Se sintió algo más que sorprendida al descubrir que se encontraba relativamente sola, casi en el lugar

que había sido su objetivo original, y con una batalla de la que no formaba parte a punto de comenzar. Dos Danzantes Crinos y una veintena aproximada de Perdicionos se alejaban de ella en dirección a Ivar, Cazadora de Lluvia y Mephi. Al parecer, el tercer Danzante había fallecido. Yacía boca abajo, en el fango, frente al círculo ennegrecido que marcaba en el suelo dónde se había erigido su altar infame. La siniestra cicatriz que le cubría casi toda la espalda había comenzado a desdibujarse y a descascarillarse como si de una costra se tratara.

También se percató del haz de energía entrelazada y lo reconoció de inmediato como una única hebra perteneciente a un gigantesco patrón que conectaba al túmulo del Descanso del Búho con los túmulos circundantes. No se acordaba de ninguna historia antigua acerca de bestias o espíritus aprisionados en esa parte del mundo, pero la evidencia saltaba a la vista. Con aquella cosa en el Tisza de la Penumbra royendo incansable la hebra, lo que hubiese escuchado o dejado de escuchar importaba bien poco. Tenía que transmitir a otro clan la noticia de lo que allí acontecía, a fin de que alguien tuviera ocasión de encargarse de ello. También tenía que encontrar la piedra del sendero y devolverla a lugar seguro, tal y como le había encomendado el margrave Konietzko.

Tras establecer un orden de prioridades, se encogió a su forma homínida y rastreó el arrasado altar en busca de la piedra perdida. Encontró la tosca y siniestra daga ritual que había blandido el Danzante, clavada en el barro, y la utilizó para escarbar. Hundió el puñal en el centro del lugar donde se había alzado el altar del Danzante, y encontró de inmediato un bulto en forma de perla achatada. Lo limpió lo mejor que pudo con un pulgar embadurnado. Al hacerlo, vio la huella de un lobo impresa en una piedra blanca, y supo que había encontrado lo que su manada y ella

habían venido a buscar. Metió la piedra en su bolsa, la cerró de un tirón y comenzó a incorporarse.

Aún algo ensordecida por el limo que le taponaba las orejas, no oyó cómo comenzaba a estremecerse la figura que había yacido inconsciente hasta ese momento. No oyó cómo el Danzante se incorporaba, se limpiaba el barro de los ojos y asumía su desaseada forma de Crinos. No oyó las lentas pisadas de la bestia que se acercaba a ella pisando el barro adhesivo. Hasta que se hubo levantado y se hubo dado la vuelta, no vio que su muerte se cernía sobre ella.

Sin más preámbulo ni atisbo de emoción, el Danzante hundió las cinco garras de su mano izquierda en el abdomen de Melinda y las dejó allí clavadas. Sus ojos eran dos orbes blancos vacuos, desprovistos por completo de inteligencia. Pese a la herida mortal que le había infligido a Melinda, apenas parecía consciente de la presencia de la mujer.

—¿Qué ha ocurrido? —gimió, mirando en dirección a Melinda, pero no directamente—. ¿Dónde está mi Padre? ¿Puedes ayudarme?

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Melinda. Escupió una bocanada de sangre y bilis. Vio cómo las escarificaciones de los hombros del Danzante refulgían y se alteraban como si una Pira de la Corrupción ardiera bajo su piel, y sintió hasta el último milímetro de sus garras mientras la comían viva de dentro afuera. No conseguía soltarse.

—¡Ayúdame! —gimió el Danzante, flexionando la mano—. Me he perdido.

Mientras hablaba, Melinda podía sentir la irradiación insalubre que ardía en sus cicatrices y viajaba por su brazo hasta el interior de ella. Lo cogió por el hombro y gritó cuando las candentes líneas negras comenzaron a entrelazarse y a dibujar un horrendo

símbolo del Wyrn en su piel malherida y ampollada. Abrumada por una oleada de dolor como jamás había experimentado, Melinda se acordó del puñal del Danzante que seguía aferrando entre las yemas de sus dedos. Cerró un puño feble e intentó levantar el brazo.

—Por favor —suplicó el Danzante, acercando su sucio semblante al de ella—. No sé dónde estoy.

Melinda esputó otro torrente de sangre ennegrecida y jadeó:

—Muy pronto... estarás... en casa.

El Danzante ladeó la cabeza y Melinda apretó el puño alrededor de la empuñadura de la daga. Con un desgarrador alarido de desafío, se lo clavó en el ojo con todas sus fuerzas. Con un aullido de furia y agonía, el Danzante trastabilló de espaldas y la dejó caer de rodillas en el fango.

Capítulo veinte



Mephi e Ivar escucharon el grito de Melinda al mismo tiempo, así como los dos Danzantes de la Espiral Negra que corrían a paso largo tras las primeras filas de Perdiciones. Los Danzantes se volvieron a tiempo de ver cómo Melinda apuñalaba en el ojo a su recién alzado camarada y de oír cómo gañía una lastimera Llamada de Auxilio. Mientras Melinda se desplomaba lejos del Danzante, Mephi e Ivar vieron la enrojecida masa nudosa que resbalaba de su mano. Los Danzantes se detuvieron de inmediato y comenzaron a ascender la colina a toda prisa, en dirección a su compañero de manada herido. Mephi e Ivar se miraron por un breve instante, pero aquel rápido vistazo bastó para que intercambiaran sus intenciones. Ambos se fijaron en Cazadora de Lluvia, afanada en desgajar la pierna de un Ooralath que se había acercado demasiado. La Garras Rojas les dedicó un gesto de asentimiento, que le sirvió para trazar en el aire un arco de sangre y tendones.

Con un feroz golpe de refilón, Ivar machacó el cráneo del primer Ooralath que se puso a su alcance y estrelló a la bestia contra la más próxima de sus compañeras. Mephi empleó la bola de su cayado para levantarle los pies del suelo al primer Scrag que se le acercó, antes de dar una voltereta por encima de los tres

Ooralath que se le echaban encima plantando el bastón en la nuca del Scrag para conseguir apoyo. Cuando el cuello del Scrag se quebró por la repentina presión, Mephi invocó un Don que le enseñara una liebre espíritu. En lugar de limitarse a saltar por encima de los Ooralath, *planeó* sobre sus cabezas y cubrió una distancia de varias decenas de metros por los aires antes de aterrizar y emprender la carrera. Cazadora de Lluvia, rodeada por otra manada de Ooralath, se abalanzó de cabeza contra el grueso de la pared de carne que le bloqueaba el paso.

Ivar, que ya había abierto mucho camino, acertaba distancias. Corría tan rápido como le resultaba posible tras los dos Danzantes que se habían batido en retirada, sin prestar atención a las Perdiciones que intentaban cerrarle el paso. Su martillo de guerra derribaba los obstáculos más tenaces cuando no bastaba con un brazo rígido o un revés cuajado de garras. Las zarpas de los Scrag y los dientes de las Psicomaquias le arrancaban jirones de carne, pero aquellas heridas superficiales no lo detuvieron. Tenía los ojos clavados en Melinda y en los Danzantes de la Espiral Negra.

También Mephi se había fijado un objetivo, puesto que el Danzante que había herido Melinda volvía a cargar contra ella, tembloroso. Melinda se tiró al suelo de espaldas e intentaba alejarse a rastras, pero sus lesiones imposibilitaban una huida rápida. El Danzante que se cernía sobre ella intentaba desclavar el puñal de su cavidad ocular con la mano diestra, mientras su zurda ensangrentada tanteaba en busca de Melinda.

Cazadora de Lluvia se zafó de los tres primeros Ooralath que le bloqueaban el paso. Desgajó el brazo derecho del tronco del que acechaba a su diestra, y sus colmillos se hundieron en la rodilla izquierda del otro, pero resbaló en el limo traicionero. Se quedó rezagada, rodeada.

Mephi recitó una rápida plegaria muda a Gaia e invocó el Don que le enseñara un grácil guepardo espíritu, antes de lanzarse a la carrera a la velocidad del pensamiento. El tiempo pareció desdibujarse a su alrededor y se abrió paso como una exhalación en medio de una manada de beligerantes Ooralath, antes de que éstos acertaran siquiera a localizar su trayectoria. Se dirigió hacia Melinda, como una flecha, rezando para que pudiera llegar a tiempo de salvarla.

Al mismo tiempo, Ivar pegó un acelerón nacido de su rabia y adelantó a los dos Danzantes que seguían arrastrando los pies por el cieno, hombro con hombro, para responder a la Llamada de Auxilio de su compañero de manada. Sin embargo, en lugar de atacarlos, los derribó al suelo de sendos empellones con los hombros y atajó por en medio de ellos. Su torva mirada no se despegaba del Danzante de la Espiral Negra cuya mano se había alzado para rematar a Melinda Buscadora de Luz.

Cazadora de Lluvia destripó al Scrag de su izquierda, pero el que tenía a su derecha la inmovilizó en el suelo con una larga garra. El Ooralath que había esquivado hacía un momento acertaba distancias a su espalda.

Mephi e Ivar llegaron al mismo punto del campo de batalla con un margen de diferencia de una fracción de segundo. Mephi, cuya velocidad proyectaba una estela de barro a su paso, se agachó e izó a Melinda en un resbaladizo picado que se convirtió en un resbaladizo bloqueo que, a su vez, concluyó con un desgarrado batiburrillo de piernas y brazos entrelazados que alejó a la pareja del peligro. Mientras rodaban, Ivar saltó hacia delante y estrelló su martillo de guerra contra la cabeza del Danzante herido, con todas sus fuerzas. El puñal ritual clavado en el ojo del Danzante salió disparado por la parte posterior de su cráneo, para clavarse en el fango como una flecha. El cuerpo del Danzante

menguó hasta convertirse en un destrozado cascarón homínido, que se desplomó encima del cuchillo. Ivar volvió a golpear la deforme cabeza con su martillo de guerra, para no correr riesgos. Con la barbilla y el pecho salpicados de sangre y astillas de hueso, se giró para ver dónde se habían detenido Mephi y Melinda. Mephi, todavía en forma de Crinos, se puso de pie sujetando en sus brazos a Melinda y su cayado.

—¿Vive? —gruñó Ivar. Sus ojos repararon en los dos Danzantes restantes, que salían ya de la zona fangosa. También miró más allá de ellos, hacia el lugar donde esperaba encontrar a su compañera de manada.

Mephi se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Dónde está Cazadora de Lluvia?

Sin perder de vista a la pareja de Danzantes, Ivar zangoloteó la cabeza.

—La abrumaron. Eran demasiados, ha sido muy rápido.

Cerca de la elevación donde había estado Ivar, Mephi vio un contingente de al menos tres Scrag y toda una manada de Ooralath, apiñados igual que una bandada de cuervos famélicos. Uno de los Ooralath salió disparado del montón y se desplomó de espaldas, pero los demás cerraron filas. A menos distancia, los dos Danzantes y las Perdiciones restantes comenzaban a acortar distancias con paso lento pero seguro. Lo único que podían hacer Mephi e Ivar por Cazadora de Lluvia era llorar su muerte. Y vengarla.

—¿Ahora qué?

—Fracasamos —dijo Ivar, con los hombros abatidos por la resignación—. Plantaremos cara aquí.

Mephi calculó el despliegue de fuerzas al que se enfrentaban y se mostró de acuerdo. Cuando se disponía a tender el cuerpo de

Melinda en el suelo para unirse a Ivar, la mujer se aferró a la banda de oro que le rodeaba el bíceps y se obligó a abrir los ojos.

—La tengo —susurró—. La piedra.

—Por los dientes de Set —boqueó Mephi. Levantó la cabeza y dijo—: Ivar, está viva. Tiene la piedra del sendero.

Ivar les lanzó a sus compañeros una rápida mirada esperanzada y exhaló un suspiro. Se giró para enfrentarse a la horda de engendros del Wyrm.

—Marchaos —dijo, por encima del hombro—, antes de que os acorralen. Llévala a casa.

—Tú también puedes escapar. Esto no...

—Yo me quedo —gruñó Ivar—. Mientras me quede aliento, no os perseguirán. ¡Marchaos!

Mephi se mordió la lengua para acallar otra protesta y se dio la vuelta, con Melinda entre sus brazos. Sabía que discutir no conduciría a nada.

—Te recordarán —murmuró. Dicho lo cual, invocó de nuevo el Don del guepardo y se abalanzó sobre un hueco en medio del grupo de Psicomaquias y Scrags que se le acercaban por la espalda.

Cuando se hubieron ido, Ivar invocó el terrible semblante de Fenris y profirió un feroz rugido, tal y como le habían enseñado los lobos espíritu de su tierra natal. El alarido era una promesa de agonía visceral y muerte lenta para cualquiera que se pusiera a su alcance. Los dos Danzantes se detuvieron por un instante, arrembrados ante la ferocidad del porte del guerrero solitario, pero la superioridad de su número y la presencia del toque de su Padre en aquel páramo les infundieron valor. Con un singular aullido para rivalizar con el rugido de desafío de Ivar, cargaron contra él, a la cabeza de una falange de Perdicionés.

Capítulo veintiuno



La senda lunar que alejaba a Mephi de la Cloaca del Tisza era estrecha y traicionera, rota y obscurecida en parte por un manto de nubes, pero Mephi no aminoró mientras corría por ella. Con Melinda a cuestas como si de una muñeca inerte se tratara, pasó por delante de Lúnulas como si estuviesen inmóviles, y se adentró en la Umbra con Ooralath furibundos e infatigables pisándole los talones. En un suspiro, las márgenes del sendero se cubrieron de densas volutas arremolinadas, y la obscenidad de la Cloaca se quedó atrás.

Algunos de sus Ooralath perseguidores se salieron del sinuoso sendero y desaparecieron en la niebla, atrapados quizá por las feroces criaturas que acechaban ocultas a la vista. Otros se vieron interceptados por las Lúnulas que vigilaban el camino. Las Lúnulas, todavía excitables y sulfuradas por el reciente paso de la luna llena, se abalanzaban enloquecidas sobre aquellos intrusos. La única que consiguió acercarse a Mephi se encontró con la hoja de su *d'siah* clavada en un ojo antes de salirse del sendero entre alaridos de dolor.

El subconsciente de Mephi registraba aquella información, pero él no le prestaba atención. Corría con abandono, sujetando a Melinda con fuerza y sin salirse de la senda más por la fuerza de la

costumbre y gracias a la suerte que por habérselo propuesto. Sus largas zancadas lo acercaron a escasos kilómetros de la Cicatriz, un caprichoso infierno industrial de Urdimbres, humo de Piras de la Corrupción y aplastantes ingenios metálicos. Sus largas zancadas lo condujeron a las proximidades del desolado y ensangrentado Campo de Batalla, donde el crujido de los huesos de cachorros se mezclaba con el eco de los cañonazos. Sus largas zancadas lo llevaron incluso a bordear el perímetro de seguridad del Ciberreino, donde la información era la moneda de cambio y los sueños de los Incarna de la Máquina zumbaban en el aire igual que impulsos eléctricos. Mephi esquivó todos aquellos lugares, a sabiendas de que Melinda y él quizá no regresaran con vida si buscaban asilo en el interior de alguno.

Corrió entre largas hebras de Urdimbres, coronó colinas compuestas de sombras y atravesó vaporosos velos de gasa espiritual que desaparecían como la música de un sueño al despertar. Ascendió una escalera cuyos peldaños eran los lomos de Arañas Tejedoras y vadeó una corriente de ruido helado. La tierra que lo rodeaba se desdibujaba y se plegaba a lo largo de múltiples ejes, para congelarse perfectamente geométrica durante un instante sublime con cada una de sus pisadas. Corrió sin concederse un respiro, perdiendo a sus perseguidores uno a uno, hasta que se hubo perdido sin remedio en el reino sin cartografiar de sueño, espíritu y creación que era la Umbra. Sólo el sendero permanecía constante.

Pero no podía correr eternamente. Al cabo, incluso su prodigiosa resistencia se agotó, y trastabilló. El agotamiento le obligó a caer de rodillas, y se desplomó en un extraño cruce del sendero que parecía estar compuesto por entero de esquinas. Apoyó a Melinda en el suelo, con delicadeza, antes de dejarse caer a cuatro patas junto a ella e intentar recuperar el aliento. Había corrido

más y más rápido en otras ocasiones, pero nunca con una carga tan importante a costas. Sus jadeos y sus resoplidos arremolinaban la bruma que bordeaba el sendero.

Cuando la sensación de desmayo le hubo abandonado, asumió su forma de Homínido y se sentó sobre sus talones. Miró a Melinda, que estaba parpadeando, intentando enfocarle.

—Lin —dijo, con el corazón en un puño—. Buscadora de Luz. ¿Puedes oírme?

—Mephi. —La voz de Melinda era la sombra de un susurro—. La cogí. Lo hice bien, ¿a que sí?

Mephi abrió la bolsa de la mujer y encontró la piedra del sendero del Descanso del Búho en su interior, pegada a causa de la sangre y el barro a un mapa topográfico doblado de cualquier manera.

—Sí —respondió, en voz baja—. Lo has hecho muy bien, Buscadora de Luz.

Melinda asintió sin fuerzas, torció el gesto y esputó una flema negruzca.

—Algo va mal —gorjeó, tragándose la mitad de lo que le había subido por la garganta—. No puedo curarme.

Mephi levantó el faldón de la destrozada camisa de Melinda y vio lo que le había hecho el Danzante de la Espiral Negra. Melinda soltó un grito entre dientes cuando la tela se adhirió a la herida pegajosa, antes de desprenderse con dificultad. Cinco agujeros irregulares le habían destrozado el estómago. Los bordes presentaban un gangrenoso tono negro azulado. Una cicatriz negra y antinatural bordeaba y atravesaba la lesión, reluciendo como las encías de un leproso.

—Mala pinta.

Mephi asintió, sin mirar a Melinda a los ojos.

—Muy mala.

—Entonces, toma. —Empujó su bolsa hacia él—. Coge la piedra. Sigue adelante.

—No digas eso —gruñó Mephi, desesperado, plantando el puño en lo alto de la bolsa—. Tú la llevas y yo te llevo a ti.

—No. —Melinda levantó la cabeza y se obligó a abrir más los ojos—. Ya no puedes cargar más conmigo.

Pese a su agotamiento, Mephi cerró los ojos y meneó la cabeza. Melinda asió uno de sus brazaletes y dijo:

—No discutas. Cuando la luna se oculte, no estarás a salvo aquí por mucho tiempo. Te quedarás atrapado. Tienes que irte.

—No, Lin. No voy a...

—La gente... —comenzó Melinda, antes de que otra flema asfixiante estrangulara su voz—. La gente cuenta con que les lleves esta piedra del sendero. Cuentan contigo.

—Tengo que ponerte a salvo.

—Moriremos los dos. Si esas Perdiciones no nos encuentran, lo harán otras. U otros seres aún peores, procedentes del interior. No seas estúpido.

—No sería la primera vez. —Mephi le apartó el cabello del rostro a Melinda con una mano. Con la otra arañaba el suelo, presa de la frustración y la impotencia—. Melinda, lo que te dije antes acerca de por qué te abandoné era mentira.

—Mephi...

—No me fui porque me temiera que dependías demasiado de mí, Lin —continuó Mephi, acallando las protestas de Melinda, cada vez más débiles—. Me fui porque era yo el que dependía demasiado de ti. Sabía que enloquecería si me quedaba y llegaba a ocurrirte algo. Tenía razón, Lin.

—No te creo —gimió Melinda—. Mephi, vete.

Mephi cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—No, Buscadora de Luz. No puedo. Pero no te preocupes, estaré aquí cuando despiertes. Yo te sacaré de ésta. Ahora, descansa. Cierra los ojos y sueña con tu hogar.

Mephi Más Veloz que la Muerte, ajeno a lo que pudiera ser de ellos, se tumbó en el suelo junto a Melinda y dejó que el agotamiento lo abrumara. Antes de rendirse a la inconsciencia, oyó que Melinda profería un último quejido, y sintió cómo lo rodeaba con un brazo.

Capítulo veintidós



Mephi cerró los ojos y soñó con un infierno de su propia invención que había visitado en numerosas ocasiones a lo largo de los últimos diez años. Se encontraba solo, de pie en una tira vacía de asfalto en algún lugar del centro de Nuevo México. La luna menguante pendía casi al alcance de la mano, y un millón de estrellas titilaban en el firmamento. A dieciocho kilómetros a su espalda estaban el túmulo del Coyote Pintado y Melinda, a quien los lugareños habían bautizado como Buscadora de Luz porque siempre se despertaba con la nariz señalando al sol naciente, daba igual la postura que hubiese adoptado al acostarse.

Muchas veces desde que estuviera de cuerpo presente en aquel lugar, Mephi había soñado que regresaba para revivir el mismo momento fatídico y tomar la misma decisión dolorosa, una y otra vez. No se encontraba lejos del lugar donde había dejado roncando a Melinda. Si se diese ahora la vuelta, todavía podría regresar junto a ella antes del amanecer. Por la mañana, podría unirse a ella en su primer Rito del Tótem, el primero también para él, que los uniría como manada. Si regresaba ahora, Buscadora de Luz y él abandonarían juntos el túmulo y continuarían con la misma vida que habían llevado hasta ese momento. Empero, en todos los sueños que había tenido hasta la fecha, Mephi

se limitaba a exhalar un suspiro y a seguir caminando, convencido de que lo que hacía era lo mejor para ambos.

En esta ocasión, no obstante, el sueño era distinto. Su yo onírico tenía la misma edad y el mismo porte que su yo en el mundo de la vigilia. Los detritos de la Cloaca del Tisza le ensuciaban la ropa, y le dolía el costado derecho, donde alguna Perdición al parecer había conseguido arrancarle un trozo de carne al acercarse demasiado. Su cayado estaba cubierto de porquería, y la bolsa de viaje de Melinda (que ahora colgaba de su hombro) estaba empapada de sangre y excrecencias. No le hacía falta mirar para saber que la piedra del sendero del túmulo del Descanso del Búho seguía dentro. Tiraba de la mochila hacia abajo con el peso de cuatro lápidas.

—A ver, ¿qué demonios ocurre aquí? —dijo Mephi, volviendo la cabeza para mirar a la cabeza de cobra que coronaba su cayado.

—Éste es tu hogar —dijo una voz a su espalda. Se volvió para ver un enorme búho de níveo plumaje, posado en una piedra junto a la carretera. El búho lo miró con unos ojos tan antiguos como sagaces—. Tu recuerdo.

—¿Cómo he llegado aquí? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Tuviste un sueño. Un sueño poderoso que te trajo aquí desde el lugar donde te encontrabas.

Mephi se dio cuenta de lo que estaba diciendo el búho, y no le gustó cómo sonaba aquello. De alguna manera, se había salido del sendero lunar que recordaba para adentrarse en la Zona Onírica, que limitaba con todas las capas de la Umbra.

—No quiero estar aquí —espetó.

—Claro que sí. De lo contrario, no habrías venido. Eres un viajero más ducho de lo que tú te crees.

Mephi respondió al cumplido con un gruñido.

—¿Dónde está Melinda? Buscadora de Luz. ¿Dónde está?

El búho giró la cabeza, despacio, en dirección al Coyote Pintado.

—En esa dirección. Moribunda. Muerta ya, probablemente.

Mephi siguió la carretera con la mirada y vio que el sendero desaparecía en medio de un banco de niebla. Dio un paso decidido en aquella dirección.

—Tienes algo que te dio ella —dijo el búho. Mephi se detuvo.

—Eso es, y pienso devolvérselo. —Sus ojos no se apartaban de la carretera.

—Ése no es el motivo por el que te lo dio. Quería que se lo entregaras a alguien. A alguien que encontrarás en esa dirección. —El búho miró al otro extremo de la carretera. Mephi vio la trémula boca de un puente lunar que conducía al clan del Cielo Nocturno.

—No. Voy a regresar.

—No es propio de ti finalizar un viaje en el punto de partida. De ser así, no habrías encontrado este sitio.

—¿Qué sabrás tú? —espetó Mephi. Se giró para enfrentarse al búho.

—Sé que prefieres recordar antes que volver a visitar.

—Recordaré todo lo que me dé la gana con el tiempo que me quede junto a Buscadora de Luz. —Mephi avanzó medio paso hacia el túmulo del Coyote Pintado.

—Cuando se te acabe el tiempo, ¿quién se acordará de ti? ¿Quién se acordará de Melinda Buscadora de Luz, de Ivar Odiado del Wym, de Conrad Pasea por las Piedras y de Cazadora de Lluvia cuando mueras en los brazos de la primera? ¿Te llevarás su recuerdo contigo cuando arrojes tu vida por la borda?

Mephi sabía que el búho estaba en lo cierto. Golpeó el suelo con su cayado, con tanta fuerza que el asfalto onírico se agrietó.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Acabo de encontrarla! ¿Por qué tengo que volver a abandonarla? ¿Por qué?

—Porque tienes que recordarla. Tienes que acordarte de todos ellos. Tu destino no es sencillo, Mephi Más Veloz que la Muerte, cuando la Batalla Final dé comienzo y la Serpiente despierte de su letargo, deberás acordarte de todos los héroes caídos cuyas historias oyeras alguna vez. Si fracasas, si te olvidas siquiera de uno solo, el Wyrn entraría en tu cuerpo y sería tu mano la que destruyera al mundo.

Mephi rechinó los dientes y volvió a mirar en dirección al túmulo del Coyote Pintado.

—¿Ni siquiera puedo despedirme? Esta vez me gustaría hacer algo bien, por lo menos.

—Lo harás. Todos los días, desde éste hasta el último. Pero no aquí. Ese camino conduce al final de los días. Sólo si continúas adelante permanecerá el futuro siempre enfrente de ti.

Mephi permaneció inmóvil, sin hacer nada más que mirar en dirección al lecho de muerte de Melinda. Si corría una vez más, conseguiría llegar hasta ella antes de que muriese. Era más veloz que la muerte; podría llegar a su lado y asegurarle que no la había abandonado antes de que se adentrara en el otro mundo. Sólo se abandonaría a sí mismo. Pensó en ello durante mucho tiempo, antes de mirar de nuevo la cabeza de cobra que remataba su cayado. Melinda podría morir en paz si lo viese en sus manos por última vez. Se daría cuenta de por qué lo había conservado durante todos aquellos años, aun cuando la había abandonado. Sabría que jamás había dejado de pensar en ella.

—¿De qué serviría? —le preguntó a la serpiente—. De nada, que yo sepa. De nada en absoluto. No son más que ilusiones.

La serpiente guardó silencio. Cuando Mephi se volvió hacia la roca donde había estado posado el búho, descubrió que el espíritu

había desaparecido. Mephi se encaminó hacia el clan del Cielo Nocturno. Si se apresuraba, podría entregar la piedra del sendero y coger otro puente lunar de regreso al clan de la Forja del Klaive esa misma noche. Si se apresuraba, quizá llegase a tiempo de prevenir a Mari Cabrah y a Brand Garmson antes de que partieran hacia el sur, rumbo a Serbia, y advertirles de que era probable que se encontraran con una nueva clase de problema esperándolos. Si se apresuraba, todavía podría conseguirlo. Por tanto, a solas con sus recuerdos, Mephi comenzó a correr en dirección al clan del Cielo Nocturno, sin volver la vista atrás.

Epílogo



Tajo Infectado se encontraba solo en el cenagal de la Penumbra a orillas del río Tisza. Su hombro izquierdo permanecía inerte allí donde aquel Fenris bastardo lo había aplastado con su martillo. Sentarse lo había cegado con fuegos artificiales de colorido dolor, y ponerse de pie había estado a punto de sumirlo en un frenesí de agonía estática. Mantenía el equilibrio con dificultad mientras supervisaba el campo de batalla, que le decía que todo el dolor había merecido la pena y que era pasajero. Astillahuesos yacía muerto, con la cabeza girada casi del revés, pero el Fenris bastardo estaba tumbado sin vida encima de él, rodeado por la media docena de Perdiciones que se había llevado consigo a la tumba antes de expirar su último aliento. El Fenris yacía en forma homínida, con la espalda desgarrada y humeante a causa del doble zarpazo que le había propinado Tajo Infectado. Su cuerpo era un amasijo desperdigado por el suelo, y su poderoso martillo cuajado de runas tenía la cabeza hundida en el barro. El que el Fenris hubiera logrado empalar a un vociferante Scrag enfurecido en el mango del martillo antes de sucumbir sólo contribuía a aumentar la risa disimulada de Tajo Infectado.

Sin embargo, lo que lo imbuía de auténtico deleite era el estado del campo de batalla en su conjunto. El nuevo y hermoso

espíritu del río Tisza había desaparecido corriente abajo en dirección al Danubio, concluida por fin su misión allí. Donde una brillante hebra de cadenas entrelazadas cruzara antes el río en dirección al túmulo que había sido en su día el hogar de Tajo Infectado, ahora sólo quedaban eslabones fragmentados y diseminados que se enfriaban y humeaban donde habían caído. Mientras se desintegraban, se alzaban nuevas Perdiciones del légamo.

Tajo Infectado no recordaba haber visto antes Perdiciones como aquellas, claro que tampoco era propio de su auspicio estar al corriente de aquellos menesteres. Es más, daba igual la clase de Perdiciones que fuesen. Lo único que importaba era que las cadenas de las que derivaba su substancia se habían roto en el nombre del Padre. Fuera lo que fuese que hubiesen apresado aquellas cadenas, fuera lo que fuese aquel «Hijo Olvidado», como lo había llamado Espina de Alcaudón, ahora se encontraba un paso más cerca de su libertad de lo que había estado desde tiempos inmemoriales.

Tajo Infectado, transportado de gozo, se encaminó hacia el túnel del Wyrn que lo conduciría a casa. Tenía buenas noticias para Arastha y los demás habitantes de la Colmena. Ay de aquellos estúpidos que se dirigieran al sur, donde sin duda la prisión del Hijo Olvidado estaría comenzando a desmoronarse.

